TOMÁS Y JOAQUÍN ARDERÍUS

VIDA Y NARRATIVA

TEXTOS, SELECCIÓN Y NOTAS:
JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ RUBIO

ASOCIACIÓN AMIGOS DE LA CULTURA
COLECCIÓN: HOJAS DE LA QUIMERA

TOMÁS Y JOAQUÍN ARDERÍUS: VIDA Y NARRATIVA

JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ RUBIO
(Estudio, selección y notas)

Asociación Amigos de la Cultura
Colección: Hojas de la Quimera

EDITA:
ASOCIACIÓN AMIGOS DE LA CULTURA

COLECCIÓN:
HOJAS DE LA QUIMERA

DIRECTOR:
PEDRO FELIPE GRANADOS

ESTUDIO, SELECCIÓN Y NOTAS:
JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ RUBIO

TEXTOS NARRATIVOS:
TOMÁS DE AQUINO ARDERÍUS SÁNCHEZ-FORTÚN
Y JOAQUÍN ARDERÍUS SÁNCHEZ-FORTÚN.

TRANSCRIPCIÓN DE LOS TEXTOS DE TOMÁS DE AQUINO ARDERÍUS:
MARÍA DEL CARMEN ARCAS NAVARRO.

FOTOGRAFÍAS:
ARCHIVO MUNICIPAL DE LORCA
y BIBLIOTECA NACIONAL ESPAÑOLA.

IMPRIME:
CAYETANO MÉNDEZ.

I.S.B.N. 978-84-617-8622-3
Dep. Legal: Mu-170 - 2017

A mi hermano José María,
mi compañero de juegos de nuestra infancia

ÍNDICE

Pág.

JUSTIFICACIÓN 11

APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA 13

Contexto familiar y formación académica (1883-1909) 15

Inicios políticos y literarios. La prensa opositora primorriverista (1909-1909) 18

La II República y el fallecimiento de Tomás de Aquino Arderíus (1931-1936) 25

La Guerra Civil y el Socorro Rojo Internacional (1936-1939) 30

Últimos años: exilio y muerte (1939-1969) 43

ESTÉTICAS NARRATIVAS «ARDERUSIANAS» 45

Coordenadas narrativas: de la Crisis del 98 al exilio político (1898-1936/39) 47

Rechazo contra la novela naturalista (1900-h. 1931) 51

Estilística narrativa de Tomás de Aquino Arderíus (1911-1925) 55

Estilística narrativa de Joaquín Arderíus (1915-1934) 62

CONCLUSIONES 67

Con respecto a Tomás de Aquino Arderíus 69

Con respecto a Joaquín Arderíus 70

FUENTES CONSULTADAS 72

NARRATIVA BREVE 75

La camarera de la Virgen 77

En cabeza ajena 101

Como se conforma la historia 113

El milagro de la Alameda 125

Los superdioses y el abúlico 147

El amor 165

Los ruiseñores de Cintra 175

Lumpenproletariado 179

Tomás de Aquino Arderíus Sánchez-Fortún

(1883-1935)

Joaquín de Aquino Arderíus Sánchez-Fortún

(1885-1969)

JUSTIFICACIÓN

Los hermanos Arderíus Sánchez-Fortún son dos de tantos literatos de origen lorquino quienes permanecen en el olvido. En el caso de Tomás de Aquino por su temprana muerte hace ya ochenta y un años, así como por la breve y mediana calidad de sus obras. En cuanto a Joaquín, a causa de su participación en los hechos históricos acontecidos en España desde la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) hasta la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1939), además de por el contenido político y filosófico de su prosa que le convirtió en un escritor prohibido por la censura del Régimen Franquista. Estos argumentos explican que la mayor parte de los lectores lorquinos, y por extensión los de fuera de este municipio, no conozcan a estos autores, ni desde la perspectiva de la historia, ni desde el prisma de las letras.

Sin embargo, he de reconocer que sobre la figura de Joaquín Arderíus ha habido un profundo interés, lo que ha generado un mayor análisis sobre su obra, iniciado desde sus tiempos como novelista y contertuliano hacia mediado de los años veinte[1], fruto de su originalidad y su destacado papel en la literatura actual española. Por el contrario, la imagen

---

[1] BUCKLEY, Ramón y CRISPÍN, John: *Los vanguardistas españoles (1925-1935)*. Alianza. Madrid, 1973. CANSINOS ASSÈNS, Rafael: *La nueva literatura*. Páez. Madrid, 1927. DÍAZ FERNÁNDEZ, José: *Un novelista de la postguerra*. Prólogo a *Los príncipes iguales*, 1928. FUENTES, Víctor: «De la novela expresionista a la revolucionaria: en torno a la narrativa de J. Arderíus», en *Papeles de Sons Armadans*, 1971. GIL CASADO, Pablo: *La novela social española (1920-1970)*. Seis Barral, Barcelona, 1977. NORA, Eugenio de: *La novela española contemporánea (1898-1927)*. Gredos. Madrid, 1962. Así mismo, Esteban José y Gonzalo Santoja se han ocupado de la obra de Joaquín, especialmente el primero, como por ejemplo el *Ayuso de Campesinos* o *Noticia*

de Tomás de Aquino ha sido abordada tan sólo por Ramón Jiménez Madrid[2] y José Luis Molina mediante una breve aproximación a su narrativa[3]. La falta de atención por este escritor quizá se deba al desconocimiento generalizado de su producción, al ser más recordado por su papel político en el primer tercio del siglo XX que por su corta carrera literaria, caracterizada por una fuerte temática localista y regionalista.

La publicación del presente libro, dentro de la colección Hojas de la quimera, tiene la intención de acercar una breve muestra de los textos narrativos de los Arderíus a los lectores de hoy. Al mismo tiempo, se impone el objetivo, que siempre ha pretendido la Asociación de los Amigos de la Cultura, de dar a conocer la tradición literaria y cultural de Lorca. Por último, cómo no, su principal pretensión es que disfruten y conozcan a los autores y los libros que deben conforman nuestra memoria colectiva local.

---

de Joaquín Arderíus en Urogallo. Madrid, 1971. Además del catedrático delegado de la Universidad Menéndez Pelayo, Ángel Madariaga con su *Semblanza de un idealista olvidado*, 5 de mayo de 1984. Y también a María Francisca Vilches de Frutos con su tesis de licenciatura inédita, *Joaquín Arderíus, novelista del Nuevo Romanticismo*, realizada en la Universidad Complutense de Madrid en 1977; una síntesis suya se encuentra *El subjetivismo como constante vital: la evolución literaria de Joaquín Arderíus*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Miguel de Cervantes. Por último, la tesis doctoral de José Mula Acosta, titulada *La narrativa de Joaquín Arderíus: constantes de una evolución del expresionismo al nuevo romanticismo*, realizada en la Universidad de Murcia y dirigida por Victorino Polo García, cuya lectura se realizó en 1990. En 1992 este investigador participó en los *Cuadernos Espín* de la CAM con una conferencia basada en su tesis.

[2]JIMÉNEZ MADRID, *Ramón: Narradores murcianos de antaño (1595-1936)*. Universidad de Murcia, Real Academia de Alfonso X el Sabio y Editora Regional de Murcia. Murcia. 1990; págs. 293-308.

[3]MOLINA MARTÍNEZ, José Luis: *Narrativa de autor lorquino (1884 1991)*. Caja de ahorros de Murcia. Murcia. 1992; págs. 41-45.

APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA

Contexto familiar y formación académica (1883-1909)

El 19 de enero de 1883 tuvo lugar en la parroquia de San Mateo[4] de Lorca el enlace matrimonial entre Julio Augusto Arderíus Vázquez, natural de Sevilla, y María de los Dolores Sánchez-Fortún Pérez, oriunda de Lorca, aunque por línea paterna de la villa de Águilas. El matrimonio se instaló en la calle de La Corredera, núm. 57[5], domicilio de la madre de la contrayente, María de los Dolores Pérez Millana. El fruto de aquella unión fue cinco hijos: Tomás de Aquino, Joaquín, María de la Alegría, Julio y María de los Dolores. El primogénito nació el 14 de noviembre, siendo bautizado en San Mateo[6] con el nombre de su abuelo paterno[7], mientras que su segundo hijo vio la luz del mundo el 5 de mayo de

---

[4]Cfr. Partida de matrimonio de Julio Augusto Arderíus Vázquez con María Dolores Sánchez-Fortún Pérez. *Libro nº 13 de matrimonios de la parroquia de San Mateo de Lorca*. Años 1875-1889; fol. 89 v.

[5]Cfr. AML-Padrón municipal de 1887. Sección San Mateo; fol. 72 v.

[6]Cfr. Partida de bautismo de Tomás de Aquino Eugenio Julio Arderíus Sánchez-Fortún. *Libro nº 29 de bautismos de la parroquia de San Mateo de Lorca*. Años 1881-1886; fol. 115.

[7]Tomás de Aquino Arderíus Martínez, nacido el 7 de marzo de 1820 en Ayamonte, provincia de Huelva. Fue bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de las Angustias (libro 21, fol. 114). Licenciado en medicina y cirugía en Cádiz en 1843 y doctor el 26 de marzo de 1846. Se licenció también en Derecho Civil y Canónico en 1862. Comprometido con la conspiración de 1867 para derribar a Isabel II, emigró a Portugal y a su regreso en octubre de 1868 fue Gobernador Civil de Palencia y después de: León, Almería, Zaragoza, Baleares, Burgos, Albacete y Cádiz. Desempeñó, como Jefe de primera clase de administración civil, los cargos de Oficial mayor y Oficial primero de Secretaría del Ministerio de la Gobernación. Hacia 1850 se casó con María de la Alegría Vázquez Romero, natural de Sevilla. En junio de 1881, tras haber enviudado, contrajo nuevas nupcias con Josefa López del Baño en la iglesia de San Juan de Palma en Sevilla. Su testamente fue otorgado el 4 de julio de 1889 en Madrid (Notario: Luis González Martínez, Tomo 36366, fol. 5804).

1885, recibiendo el primero de los sacramentos en el mismo templo[8] con el nombre de su abuelo materno[9].

Aquella familia de clase media-alta muy acomodada[10] poseía con abundantes propiedades, principalmente por parte materna, e importantes cargos y menciones por vía paterna, pues el cabeza de familia, al margen de contar con la distinción de ser Cabalero de la Real y muy Distinguida Orden de Carlos III, fue jefe honorario de Administración Civil y director del Sindicato de Riegos de Lorca, llegando a ser uno de los firmantes del acta de inauguración de las obras de reconstrucción del Pantano de Puentes en 1884[11]. Sin embargo, el 13 de agosto de 1890 la tragedia sacudió a aquel hogar, cuando, a consecuencia de un infarto al corazón, falleció Julio Augusto[12]. Su viuda e hijos continuaron residiendo con María de los Dolores Pérez, manteniéndose de las renta de sus propiedades.

El final del siglo XIX fue un tiempo de complejidad política, marcado por una alternancia de partidos, provocada por la Restauración Borbónica, hasta que

---

[8]Cfr. Partida de bautismo de Joaquín Pío Ignacio Arderíus Sánchez-Fortún. *Libro nº 29 de bautismos de la parroquia de San Mateo de Lorca.* Años 1881-1886; fol. 191.

[9]Joaquín Sánchez-Fortún López, natural de Águilas.

[10]Atendida por nueve sirvientes en 1887 y en 1900 por una criada, en el caso de María de los Dolores Sánchez-Fortún Pérez y por tres, en cuanto a María de los Dolores Pérez Millana. Según los padrones municipales consultados.

[11]ESPÍN RAEL, Joaquín: *Anales de Lorca.* Ayuntamiento de Lorca y CAM. Lorca, 2004; pág. 270.

[12]Cfr. Partida de función de Julio Arderíus Vázquez. *Libro nº 19 de defunciones de la parroquia de San Mateo de Lorca.* Años 1887-1893; fol. 134 r.

el Partido Liberal ocupó la alcaldía de Lorca[13] y llegó además al Congreso. En aquellos momentos, tras unos años de estancia en Madrid, esta familia residía en su localidad, en el núm. 58[14] de La Corredera, permaneciendo su madre enfrente, en el núm. 57[15]. La viuda de Julio trajo consigo a una institutriz inglesa de mediana edad llamada Shara Heney, quien residía con esta familia desde 1898 aproximadamente, atendiendo a los niños y conversando con ellos en su lengua materna. Por otro lado, los cinco hijos adquirieron sus primeras letras en su localidad. Los varones recibieron formación secundaria privada como alumnos libres[16]. Joaquín, junto a su hermano Julio Augusto, estudió en el Instituto del Cardenal Cisneros en el curso 1986-1897 y a partir del año académico siguiente en el Instituto General y Técnico de Almería. En ambos centros Joaquín mantuvo una calificación media de aprobado, destacando en la asignatura de Retórica y Poética con un notable, mientras que suspendió Psicología, Lógica y Ética y no se presentó a Historia Natural. Durante esta etapa los dos hermanos residieron como internos en el en el Colegio de Nuestra Señora del Carmen de Cuevas del Almanzora[17] en el cual prepararon sus exámenes,

---

[13]El Ayuntamiento de Lorca fue un claro ejemplo de lo complejo de la situación política, pues el sistema impuesto por la Restauración se vio, en ocasiones, alterado por revueltas más bien ruidosas, es decir, protestas de las clases populares que clamaron contra la imposición fiscal que les asfixiaba, las quintas, la corrupción en la administración y la venta agua.

[14]Cfr. AML-Padrón municipal de 1900. Sección San Mateo; fol. s.n.

[15]Idem, fol. s.n.

[16]Es decir, sin asistir a clase

[17]Cfr. AML-Padrón Municipal de Lorca de 1900. Sección San Mateo; fol. s.n.

mientras convivían con los hijos de los ingenieros de minas procedentes de Gran Bretaña. El 15 de mayo de 1902 Joaquín solicitó su traslado al Instituto Provincial de Segunda Enseñanza Alfonso X, donde finalizó sus estudios de bachillerato a mediados de 1903[18].

En cuanto a la preparación universitaria, Tomás de Aquino, residiendo en El Escorial[19], se licenció en Derecho por la Universidad Central de Madrid. Al obtener su título se colegió el 15 de julio de 1909 en el Ilustre Colegio de Abogados de Lorca[20]. Ejerció su profesión en su ciudad natal atendiendo, entre otros, a familias muy desfavorecidas. Joaquín, por su parte, prosiguió su formación académica también en la capital y posteriormente en Lieja, Bélgica, orientándose hacia el campo de la ingeniería. Finalmente, abandonó sus estudios por falta de interés, pues desde muy joven su atención estuvo centrada en la literatura, especialmente en la novela y posteriormente en la realidad social y política de su tiempo.

Inicios políticos y literarios. La prensa opositora primorriverista (1909-1930)

Al tiempo que Tomás de Aquino ejercitaba la abogacía, comenzó, influido por una ideología progresista, a forjarse una carrera política como concejal al final del mandato de Francisco Méndez

[18]Cfr. AGRM-Fondos del Instituto Alfonso X el Sabio. Expediente de bachillerato de Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún; fols. s.n.

[19]Cfr. AML-Padrón Municipal de Lorca de 1900. Sección San Mateo: fol. s.n.

[20]Cfr. Relación de señores letrados pertenecientes al Ilustre colegio de abogados de Lorca desde su fundación en 27 de julio de 1874. Documento perteneciente a la citada institución.

Sánchez. El punto de partida de sus futuros éxitos políticos se produjo cuando el 12 de noviembre de 1909 fue elegido alcalde de Lorca[21]. Ostentó el cargo tan sólo cuatro meses, pues cesó el 11 de marzo de 1910. Durante aquel breve mandato trabajó por mejorar la situación de las carreteras y caminos comarcales, el alumbrado público y la pavimentación de las calles, y propició un nuevo estudio del trasvase de los ríos Castril y Guardal al pantano de Valdeinfierno para hacer frente a la escasez de agua, siendo éste uno de sus principales objetivos como edil. Un año después publicó en Lorca su primera novela, *En tierra seca,* mostrando entre sus páginas la forma de vida de su población, denunciados sus carencias y al caciquismo. Su segunda obra, publicada en 1913 y también en su ciudad, fue *Almas místicas.* Mientras tanto, su hermano también se acercó a la política, pero desde un punto de vista más activo, mediante la perspectiva revolucionaria, como dejó reflejado en su ópera prima, publicada en Madrid en 1915, y titulada *Mis mendigos,* donde se aprecia una miscelánea estética de la prosa de Nietzsche y Dostoievski.

Ese mismo año Tomás de Aquino publicó otro libro, *La tragedia del Fraile* y en 1917 sacó su última obra narrativa, *La joroba de Juan Veintidiez,* en la que recogió siete relatos ambientados en Lorca. En aquel año, fue presidente de la Hermandad de Labradores (Paso Azul), una popular cofradía de la Semana Santa loquina. Pasado un año, en febrero fundó el periódico local *La Victoria,* con el cual respaldó al Bloque Izquierdista Lorquino. Esta firma

[21] CAMPOY GARCÍA, José María: *Alcaldes de Lorca desde las Cortes de Cádiz.* Gráficas Belkrom. Lorca, 1966; págs. 156-157.

fue un excelente portavoz de su campaña, en la que se presentó a Cortes encabezando la lista. Simultáneamente, elaboró artículos para el diario lorquino *La Lluvia*, también de su fundación, donde expuso sus planteamientos políticos. El 14 de enero de 1921 alcanzó la jefatura provincial del Partido Reformista, liderado nacionalmente por Melquíades Álvarez González-Posada, por lo que fue elegido diputado provincial. Un año después, y tras dos intentos frustrados, obtuvo el acta de diputado a Cortes por dicha fuerza política y en mayo de 1923 fue designado secretario primero del Congreso de los Diputados, cuando su jefe y mentor ocupó la presidencia de la Cámara. Desde su cargo favoreció los intereses de su Lorca natal. Así mismo, al igual que su abuelo paterno ostentó distintos cargos públicos: Secretario de Comisiones de Corrección de Estilo, y de Marina y Gobernación.

A principios de la década de los veinte, Joaquín comenzó a aparecer en la escena cultural nacional, principalmente por la colaboración que estaba llevando a cabo en revistas y periódicos: *España, Postguerra, La Libertad y Tensor,* así como por la publicación en Madrid, en 1923, de su segunda novela, *Así me fecundó Zaratustra,* donde narra con gran pesimismo la derrota del superhombre, encarnado por un escritor. Además era conocido por ser integrante de una nueva generación de intelectuales, quienes desde septiembre de aquel año, con la proclamación de la dictadura amparada por la corona, trataron de combatir las injusticias socio-económicas y la imposición de una censura contra las artes y las letras, luchando por conquistar un cambio en las estructuras políticas. Es por ello por lo que hasta el final de aquella década se involucró

en movimientos revolucionarios, siendo encarcelado varias veces, coincidiendo en aquellas celdas con figuras como el maestro y periodista Marcelino Domingo Sanjuán y el escritor Valle-Inclán. Por otro lado, su hermano mayor se enfrentó también contra aquel Régimen desde su posición política y en una vertiente más moderada, a través de los círculos opositores de la capital del reino. A finales de 1923 ya era un asiduo colaborador de los diarios de la época, destacando sus ideas e interpretaciones contrarias al gobierno regentado por Primo de Rivera. Por ello fue encarcelado en la Cárcel del Partido Judicial de Lorca, desde el 23 de octubre hasta el 9 de noviembre, acusado en la causa núm. 146/1923 de desobediencia y estafa, cuyo arresto fue levantado por orden del Delegado del Gobernador Civil, quien previamente ordenó su detención[22].

Del mismo modo, he de señalar que en aquellos años la pluma de Joaquín fue muy prolífera, pues nacieron en Madrid los siguientes títulos: *Yo y mis mujeres* (1924), *Ojo de brasa* (1925) —simultáneamente su hermano compuso su última obra, *La jábega*[23] —, *La duquesa de Nit* (1926), *La espuela* (1927), *Los príncipes iguales* (1928), *El baño de la muerta* (1928), *Los amadores de manqueses* (1929) y *Justo el Evangélico* (1929). En estos libros se encuentran personajes que representan a exhombres poseídos por las más absurdas pasiones, mezcla de

[22]Cfr. AGRM-*Expediente carcelario de Tomás de Aquino Arderíus Sánchez-Fortún,* fol. s.n.

[23]Se trata de una obra teatral protagonizada por unos pescadores aguileños, la cual llegó a estrenarse en el Teatro Guerra.

fantasía y realismo, y de crueldad y ternura, enmarcados en una atmósfera sarcástica de pesadilla.

Su prestigio como literato fue creciendo, por lo que se celebró un banquete con motivo de la publicación de su obra editada en 1926, tal y como recogió el diario *El Sol*[24]:

> «El domingo a mediodía se celebró el ban-quete en honor del joven y notable novelista Joaquín Arderíus, para celebrar el éxito de su última novela, "La duquesa de Nit". Fue un acto de simpatía y de adhesión a un escritor joven, cuya obra literaria destaca cada día con mayores bríos. Entre los asistentes predominaba el elemento juvenil, que dio a la fiesta un elevado tono de efusión y camaradería. Entre otros, recodamos al hermanos del agasajado, el exdiputado por Lorca don Tomás de A. Arderíus, y a los señores Aznar (don Joaquín), Ramírez Ángel, Lezama, Pulido Méndez, Plaza, Clemenson, Martín Cooper, Valentín de Pedro, Galache, Puche, Segura, Díaz Fernández, Isidro Méndez, Hinestal, Pepe Lorenzo, Fernando Blanco, Alfredo Portolés, Manolo Rosón, Rodríguez de León, Ledesma Miranda, Cansinos Assèns, Lázaro, Camín, Montero Alonso, Rivero Gil, Blanco Soria, Aguado de la Loma, Machancoses, Ballesteros de Martos, Pedrosa (Juan), J. Ramón Sender, Casariego, Acevedo, Olmedilla y G. Arias.
>
> A los postres, nuestro compañero Sr. Rodríguez de León, leyó gran número de adhesiones, entre ellas las de Margarita Nelken, Concha Méndez Cuesta, Marcelino

[24] *El Sol*, nº 2.872, 19 de octubre de 1926; pág. 6. Otras firmas se hicieron también eco del tal evento como el periódico *Heraldo de Madrid*, nº 12.704, 19 de octubre de 1926; pág. 2 y la revista gráfica *Nuevo Mundo*, nº 1.709, 22 de octubre de 1926; pág. 32, donde se recoge una fotografía de aquel acto.

Domingo, Luis de Zulueta, Martín de Paúl, Federico Miñana, Enrique Bochs, López del Carrión, Marquina, (D. Rafael), Sampelayo, Téllez Moreno, Viñas (D. Rodolfo), Catalán, Somoza Silva, Ródenas, Castro Tiedra, José Luis Salado, Ruiz de Velasco, Gómez Hidalgo, Jesús Navarro, Paco Vera, José Más, el Presidente de la Asociación de la Prensa de Lisboa, señor Ferreira de Castro, Román Alvarez y Bartolomé Soler. También se adherieron, el diario "La Tarde", de Lorca, y el alcalde, la Cámara de Comercio, Sindicato Agrícola y otras entidades y personalidades de aquella ciudad.

Después se leyó un bellísimo soneto de Eliodoro Puche, que fue muy aplaudido. Antonio Ballesteros de Martos hizo el ofrecimiento del banquete en frases sobrias y justas, y el poeta Ángel Lázaro leyó unos versos, que fueron recibidos con grandes aplausos. Después habló el director de "La Libertad", don Joaquín Aznar que encomió la obra literaria de Arderíus y la emoción liberal de su pluma. Terminó la agradable fiesta con unas con movidas palabras de gratitud de Joaquín Arderíus.»

Del mismo modo, resalto la impresión que tuvo sobre este autor el literato Rafael Cansinos Assèns[25]:

«...es el tipo más interesante de la tertulia. Moreno, peludo, con las cejas espesas y negrísimas, arqueadas, pelo hasta las narices y unos ojos penetrantes y burlones, que a veces, sin embargo, se quedan como embobados, y algo contrahecho en su figura, tiene toda la traza de un arlequín. De una nerviosidad extraordinaria [...], da la impresión de un epileptoide. Es un hombre que apenas duerme y habla por exabruptos, o se sume en un silencio

[25]CANSINOS ASSÈNS, Rafael: *La novela de un literato*, tomo III. Alianza Editorial. Madrid, 1995; págs. 93-94. También aparece referido en otras páginas: 95-99, 101, 105, 220, 280, 282, 292, 328, 383 y 421

> de idiota. [...] se dice descendiente del famoso empresario de los Bufos y perteneciente a una familia de ricos hacendados murcianos, venida a menos por sus prodigalidades. Tiene en Murcia un hermano abogado, hombre serio, que tuvo también sus veleidades literarias y publicó una novela regional, *La seca*[26], pero luego dejó la "vaga y amena literatura" y se consagró al bufete y a la política local. Joaquín Arderíus es la antítesis de su hermano Tomás. Toda su vida fue un excéntrico, un desequi-librado. Vive a la diabla, amancebado con una antigua criada de la casa, de la que tiene una hija... [...] es un admirador entusiasta y exclusivo de Dostoievski, aunque también tiene sus pintas de nietzscheano. En el fondo, es un nihilista, que lo niego todo y de todo se ríe, a veces con verdadera gracia...»

En 1927 Joaquín fundó, junto a Justino de Azcárate, José Antonio Balbontín, Juan Manuel Díaz Caneja, Rafael Giménez Siles y José Díaz Fernández, la editorial Oriente, dedicada principalmente a la traducción de obras de carácter progresista, como introductor de ideas avanzadas procedentes del extranjero. Al año siguiente, Tomás de Aquino, siendo presidente del Sindicato Agrícola, fue elegido como decano del Colegio de Abogados de Lorca.

Durante aquella década de los veinte Joaquín militó en el Partido Radical-Socialista; sin embargo, su actitud crítica ante la realidad política y social le llevó a afiliarse en 1929 al Partido Comunista. En enero del año siguiente Díaz Fernández, Adolfo Salazar y Antonio Espina, fundaron la revista *Nueva España*[27], a cuya dirección se sumó Joaquín poco después, donde escribieron, entre otros, Julián

[26] Se refiere evidentemente a *En tierra seca*.

[27] Apareció en enero de 1930 y, según su manifiesto programático, pretendía servir de «enlace de la generación de 1930 y el más avanzado de las izquierdas

Zugazagoitia, Ramón J. Sender e Isidoro Acevedo. Aquella firma pretendió ser portavoz del progresismo y fustigadora de la dictadura. De hecho, Díaz Fernández llegó a escribir: «...no privar a la política de la magna ayuda de las letras...», vinculando de este modo a la cultura con la lucha revolucionaria, ya que esa publicación aspiró a cubrir «...todo el ala ideológica de las izquierdas...». Ese mismo año, tomó parte en el levantamiento republicano llevado a cabo en Jaca por Fermín Galán y Ángel García Hernández, y publicó en Madrid una nueva obra, *El comedor de la pensión Venecia,* que supuso una evolución de su estética, narrando las desgraciadas vidas de unos personajes, representantes de la pequeña burguesía, alrededor de la mesa de un comedor de una casa de huéspedes, mostrando algunos de ellos ideas sobre la justicia social frente a la realidad del momento.

La II República y el fallecimiento de Tomás de Aquino Arderíus (1931-1936)

Con el advenimiento de la II República, el 14 de abril de 1931, tras el exilio de Alfonso XIII, surgió un Gobierno Provisional en el que se firmó la nueva constitución y se diseñaron las futuras políticas sociales y económicas que pretendieron modernizar al país. Este fue el punto de partida de un primer bienio durante el cual la coalición republicano-

---

españolas». Su tirada inicial fue de 40.000 ejemplares. En sus páginas aparecieron trabajos de Zugazagoitia, Gorkin, Ramón J. Sender, María Zambrano, Azorín, Miguel Ángel Asturias, Mauricio Bacarisse, César Vallejo...; manteniéndose en la vanguardia de la lucha contra la dictadura y abogando por un nuevo republicanismo.

socialista, presidida por Manuel Azaña, llevó a cabo diversas reformas como la agraria, ya que el campo estaba atrasado tecnológicamente y dominado por el caciquismo; y la educativa, en manos del clero desde hacía siglos. La pretensión del nuevo sistema político fue el intento de crear una sociedad más justa e igualitaria, por lo que se comenzó a abolir los privilegios de la Iglesia y de la nobleza terra-teniente. El 15 de abril, en Lorca, el último alcalde monárquico en funciones, José María Carrasco Sánchez-Fortún, firmó el acta de inventario de bienes y fondos municipales, retirándose a su domicilio acompañado amistosamente por Tomás de Aquino, quien había sido su rival político[28].

Sin embargo, Joaquín, quien tanto luchó desde el Partido Radical Socialista para la proclamación del nuevo régimen, continuó con su ardor revolucionario, atacando, desde del Gobierno Provisional[29], el aburguesamiento de los partidos dirigentes, lo que se reflejó en un artículo firmado por Ángel Lázaro y titulado *Los escritores y el Parlamento de la República,* publicado en la revista gráfica *Crónica*[30] donde expuso: «...este Gobierno más que un Gobierno de coalición es un Gobierno homogéneo de reacción...». Al mismo tiempo, publicó en aquel año de 1931, dentro de la colección *La novela roja,*

---

[28]DIMAS BALSALOBRE, Florencio. Guerra Civil en Lorca: Un tema tabú (II) «Rojo, amarillo y morado», en *El Faro,* 7 de octubre de 2001; pág. 16.

[29]Como también hizo el periodista lorquino Juan López Barnés desde su periódico, cuando calificó de «republicano-ciervo-upetistas» al nuevo gobierno municipal de Lorca, por considerarlos continuistas del régimen anterior. Vid. *La Tarde de Lorca,* nº 6.080, 27 de mayo de 1931; pág. 1.

[30]*Crónica,* 28 de junio de 1931; pág. 15.

un relato titulado *Lumpenproletariado,* al que le siguió la novela *Campesinos*, cuyo argumento le integró en el grupo de novelistas sociales de la preguerra entre quienes destacaron: Arconada, Benavides, Carranque de Ríos, Díaz Fernández..., quienes, a su vez, le consideraron como su mentor. Con Díaz Fernández publicó en esta fecha *Vida de Fermín Galán,* exponiendo la biografía de este escritor, capitán republicano y héroe de Jaca muy admirado por la intelectualidad de la época. Por otro lado, fue uno de los promotores de la constitución de la Sección Española de la Unión Internacional de Escritores y Artistas Revolucionarios de Hispanoamérica, dependiente del Socorro Rojo Internacional (SRI). Los ochenta fundadores le eligieron para ostentar su presidencia, junto a Ricardo Baroja, Pedro de Répide y Antonio Espina. En la mencionada Sección Española figuraron nombres como: Arturo Serrano Plaja, César Muñoz Arconada, Emilio Prados y Rafael Alberti, entre otros; quienes crearon la revista *Octubre,* a semejanza de la *Commune* francesa, pero esta organización no pasó de tener un carácter meramente nominal, y fue suprimida un año después por consigna del Partido Comunista de la Unión Soviética. Por ello, sobre 1932, abandonó su militancia en el Partido Comunista, ingresando en Izquierda Republicana donde llegó a ser su presidente en Lorca. El 11 de febrero del año próximo cofundó la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, justo cuando la Derecha sostenía un tono condenatorio en relación a los relatos sobre las conquistas y los problemas del socialismo en la URSS.

Paralelamente, a inicios del primer bienio, Tomás de Aquino continuaba denunciando las injusticias y

los intereses agrícolas de Lorca, así como las necesidades del regadío, resaltando nuevamente la cuestión del trasvase de los cauces del Castril y Guardal, como reseñó en el diario nacional *El Sol*, del cual era asiduo colaborador, y que a nivel local recogió *La Tarde de Lorca*[31]. En 1933, tras el triunfo, como consecuencia de la abstención de los desencantados anarquistas, del Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, apoyado desde el parlamento por la CEDA; abandonó el decanato del Colegio de Abogados y, profesando una ideología republicana liberal democrática, se convirtió en Director General de Registros y del Notariado. Un año después fue nombrado Delegado del Gobierno en el Patronato Administrador de los bienes incautados a la Compañía de Jesús.

Con el triunfo del nuevo gobierno, los avances progresistas del país fueron frenados y, entre otras cuestiones, devolvieron sus privilegios a la iglesia. Por ello, los sectores de la izquierda denominaron a aquel periodo como «Bienio negro», cuyo acontecimiento más grave fue el trato dado a la insurrección anarquista y socialista de Asturias, conocida como la Revolución de 1934, la cual contó con la aprobación intelectual de Joaquín, pero que finalmente fue sofocada por el gobierno con la intervención del ejército. En Lorca, en los alrededores de la Plaza de la República[32] y la calle de El Álamo, se produjo una manifestación popular en solidaridad con los huelguistas asturianos, siendo oprimida por una carga a tiros de la Guardia Civil[33].

---

[31] *La Tarde de Lorca*, nº 6.153, 26 de agosto de 1931; pág. 1.

[32] Actual Plaza de España, donde se encuentra el Ayuntamiento.

[33] DIMAS BALSALOBRE, Florencio (2001): *Art. cit.*, pág. 16.

En aquel año Joaquín publicó nuevamente en Madrid su última novela, *Crimen y Suceso*, repitiendo el clima de *El comedor de la pensión Venecia,* en un complejo entramado escrito en forma de teatro dialogado, en el cual se mezcla el folletín y el reportaje social tras la derrota electoral. Por otro lado, Tomás de Aquino contrajo en abril matrimonio con Pilar Casalduero Martí en la iglesia de San Mateo, trasladando su residencia nuevamente a Madrid. El 15 de marzo de 1935, el dolor golpeó a esta familia, cuando se produjo la muerte de Tomás de Aquino[34], quien dejó tres obras sin publicar: *Entre sol y brumas*, *La realidad es importante* y *Los Noctivagos.* Sus restos mortales fueron trasladados a Lorca y sepultados en el cementerio de San Clemente. Sin embargo, esta no sería la única desgracia acaecida para los Arderíus Sanchez-Fortún, ya que el 5 de enero de 1936 falleció la madre del difunto, María de los Dolores, a consecuencia de un ataque cerebral[35]. El periódico *La Tarde de Lorca* le dedicó unas entrañables letras de luto y una esquela en su portada[36].

El 17 de febrero tuvieron lugar las terceras elecciones generales. Las izquierdas habían dejado a un lado sus diferencias y surgió el Frente Popular. Mientras tanto la CNT predicó a sus seguidores libertad de voto, lo que otorgó el triunfo de nuevo a las Izquierdas y supuso un mal sabor de boca para las

---

[31]En su ciudad natal se le nombró Lorquino Ilustre, incluyéndose su nombre en una de las placas de mármol del Salón de cabildos del Ayuntamiento, tras ser aprobado en una sesión plenaria con fecha de 15 de marzo de 1935. Además, en 1983, a propuesta del Club Liberal de Lorca, se le otorgó su nombre a una calle en el paraje de El Quijero, en la pedanía de Tiata.

[35]Cfr. Partida de defunción de María de los Dolores Sánchez-Fortún Pérez. *Libro nº 26 de defunciones de la parroquia de San Mateo de Lorca.* Años 1935-1946; fol. 6 v.

[36]*La Tarde de Lorca*, nº 7.394, 7 de enero de 1936; págs. 1-2.

Derechas y la Iglesia. Como resultado, se produjo de marzo a julio un periodo de crispación, en el cual las Derechas y el clero comenzaron un entramado para perpetuar su esquema tradicional de dominación, por lo que las Izquierdas se volvieron más agresivas. Como respuesta, la Iglesia azuzó al Gobierno desde los púlpitos y las pastorales por la perdida de sus prerrogativas nuevamente. Dentro del ámbito lorquino:

> «...En las mesas del Casino se habla en voz baja. El Conde de San Julián sienta a su mesa al Comandante Tabuenca, al Capitán de la Benemérita, Pérez Ugena, y a otros oficiales reservistas. Los falangistas, ya en la clandestinidad, enardecidos por su carismático jefe, Desiderio Espinar y protegidos por policías implicados en sus tramas, preparan listas de detenidos. Los caciques de La Paca reclutan sicarios prometiéndoles "una pistola y cinco duros". En la Casa del Pueblo y en los locales anarquistas, los obreros se organizan para hacer frente a un temido golpe de estado. Las escopetas de caza se engrasan cuidadosamente...»[37]

En ese año, Joaquín asistió en París, junto a Valle Inclán, Alberti y su esposa María Teresa León y José Bergamín, al Congreso para la Defensa de la Cultura al ser convocados por la Unión Internacional de Escritores y Artistas Revolucionarios de Hispanoamérica.

La Guerra Civil y el Socorro Rojo Internacional (1936-1939)

En el mes de julio la tensión fue más que palpable en todo el Estado. El día doce un grupo de pistoleros

[37] DIMAS BALSALOBRE, Florencio (2001): *Art. cit.*, pág. 16

falangistas asesinaron al teniente de la Guardia de Asalto y simpatizante socialista José Castillo. En represalia, un día después, cayó el líder de la Derecha, el exministro y diputado a Cortes José Calvo Sotelo. Tras esto, el diario *La Verdad* arengaba a los conspiradores contra el Gobierno[38]:

> «...cuando se trata de la ardua empresa de la Revolución Nacional frente al peligro rojo se trata de dejar a un lado sentimientos y concepciones, ambiciones y directrices; se trata de salvar a España...»

Pasados dos días, la radio informó de movimiento en Marruecos, concretamente en Melilla y Tetuán, la capital del protectorado.

El 18 de julio, Radio Sevilla, bajo control de los rebeldes, confirmó el levantamiento. Las emisoras gubernamentales informaron sobre la cuestión. Los caciques de la diputación lorquina de La Paca, con su párroco, Fulgencio Martínez García, a la cabeza, recorrieron las calles haciendo sonar el claxon de sus automóviles al grito de «¡Viva España» y «¡Viva el ejército!»[39]. Al día siguiente, las primeras planas de la prensa anunciaban el fracaso de la rebelión en Murcia y Cartagena. La guerra comenzó. En aquellos momentos, ya estaban más que claros los dos frentes en Lorca, como en toda España: las Derechas, coordinada con la Falange, la Iglesia y la Guardia Civil; y, por otro lado, las Izquierdas, donde los partidos y sindicatos también habían previsto un golpe de fuerza[40].

---

[38] *La Verdad*, 15 de julio de 1936.

[39] *Nuestra Lucha*, nº 39, 3 de octubre de 1936; pág. 6.

[40] DIMAS BALSALOBRE, Florencio. Guerra Civil en Lorca: Un tema tabú (III). «La Guerra incivil», en *El Faro*, 14 de octubre de 2001; pág. 11.

Durante aquel mes, cientos de obreros armados con escopetas de caza y palos, rodearon el cuartelillo de la calle Fajardo el Bravo con el fin de impedir la salida de los agente del cuerpo. Del 19 de julio hasta el mes de agosto se detuvieron a los dirigentes de la Falange lorquina por parte de militantes socialistas y anarquistas. Igualmente, se arrestaron a los máximos representantes de los partidos de Renovación Española y Acción Popular, además de a los jefes locales del Sindicato Agrario y demás organizaciones y personas simpatizantes o sospechosas de ser sublevados. Pronto la Cárcel del Partido Judicial quedó colapsada. Por ello se habilitó el 5 de agosto otra prisión en el convento de Santa Anta y La Magdalena, en donde se encarcelaron a más partidarios de la Derecha y a sacerdotes[41].

En mitad de todos estos acontecimientos se produjo un descontrol por parte de algunos revolucionarios, quienes operaban a espalda del Frente Popular, entre los que destacaron el socialista de origen aguileño Avelino Navarro Asensio y el fundador de la CNT, Luis Chichoné Mateo, quienes en compañía de otros milicianos se tomaron la justicia por su mano contra la oligarquía local. Es por ello por lo que los partidos y sindicatos de Izquierdas trataron de mantener el orden dentro del caos que generaron en Lorca. Sin embargo, en la tarde del 13 de agosto irrumpieron en la población, llegados desde la catalana población de Molins de Rei, un grupo de milicianos de la FAI liderados por un lorquino emigrado años atrás. Se trató de Manuel Marín Mula, conocido como el «Tigre del Llobregat». Al mediodía siguiente,

[41] Idem. pág. 11.

en el barrio de San Cristóbal, la columna Marín, en unión de algunos milicianos lorquinos, entre los que se encontraba «El Avelino», dio rienda suelta a su exaltación revolucionaria con la destrucción de la iglesia de ese vecindario.

Al acabar allí, la columna Marín partió a la Plaza de la República. En la excolegiata de San Patricio un minero facilitó una almádana con la que rompieron la puerta del lado norte. Desde el carrerón arrojaron por encima del petril a la plaza: bancos, confesionarios, imágenes...; con los que prendieron una hoguera. Al fuego continuaron otros objetos de madera y parte de los libros del coro y papeles parroquiales. Ante aquel caos el alcalde Diego Requena González entregó a unos guardias municipales las llaves de los templos, que les requisó el 26 de julio al Arcipreste, Emilio García Navarro, con la intención de evitar desórdenes públicos. Estos agentes de paisano subieron: uno, a la parte alta de la ciudad, abriendo las iglesias de San Pedro, Santa María, San Juan y el Santuario de la Misericordia de El Calvario; y el otro, los templos de San Mateo, San Francisco y El Carmen. Santo Domingo, por el contrario, fue abierta por un aguador de San Cristóbal con otra almádana.

En medio de aquellos actos se produjo un episodio, en el que intervino Joaquín Arderíus, el cual fue recogido por el cronista, Joaquín Espín Rael, aunque filtrado por su visión de hombre conservador y católico, quien despreciaba la figura y obra del este escritor:

> «...Al entrar aquella abominable tarde en el Ayuntamiento la efigie del Resucitado, desde Sta. María, en brazos de un limpiabotas borrachín que capitaneaba el enjambre de los quemasantos, aplaudido por los mismos

que por el fuego estaban destruyendo las otras imágenes, estaba repleto el edificio de "personajes" marxistas y de jefes de milicianos: unos propusieron debía correr igual suerte que las demás efigies, y ser echada a la hoguera que en la plaza, frente a ellos, ardía con los de San Patricio; otros opinaron se dejase allí. Presente estaba el novelista y republicano de izquierdas, Joaquín Arderíus, que aunque malvado por natural condición, más culto que la restante chusma ignorante, abogó por la salvación de esta imagen y, emocionado y trémulo, huyó ante el espectáculo de las mujerzuelas empeñadas en salvar al Palero por socialista; las mismas que con las otras imágenes habían cargado la hoguera...»[42]

De esta manera se salvó la talla de Roque López, pues tenía el puño izquierdo por donde sujeta un estandarte, levantado hacia arriba como si estuviera saludando; además de que cubría la imagen un paño de pureza de color rojo[43].

---

[42]ESPÍN RAEL, Joaquín: *Una ciudad bajo el marxismo*. Obra inédita. Lorca, 1936-1939; págs. 10-11. Asimismo, aprovecho para señalar la consideración que Joaquín Espín recogió en su texto inédito sobre Joaquín Arderíus: «Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún, lorquino, novelista influido morbosamente por la literatura rusa y la filosofía de nicheziana, ha sido jefe en Lorca del partido de izquierda republicana y del Socorro Rojo Internacional, ha sido el alma conductora de varios asesinatos y expolios. Es un malvado ingénito sin moral ni ética en sus costumbres.».

[43]Francisco Tudela Tudela en *Vecinos*, nº 112; 27 de marzo de 1998; pág. 10, nos relata otra versión en la cual, la imagen de Jesús Resucitado, se salvó por la rápida actuación de un grupo de seis jóvenes devotos: Vicente Ruiz Paredes, Antonio Piernas Moreno, Federico Fábregat Badal, Nicolás Zapata García, Pedro Segura Munuera y Andrés Barnés Moreno, quienes, desde la Alberca, y con dos pistolas (Pedro y Antonio), subieron hasta Santa María y tras enfrentarse a los casi treinta que estaban quemando las imágenes, quienes finalmente huyeron, desatornillaron la escultura de su altar y la bajaron al Ayuntamiento, donde se guardó en el archivo. Mientras la subían a estas dependencias, vieron bajar a los de la CNT por lo que, por accidente, se le rompió un dedo contra la pared por las prisas.

Para la segunda mitad de aquel funesto año de 1936, concretamente entre septiembre y octubre, se produjeron las «sacas y paseos» por parte de aquellos descontrolados que ejercían su «justicia», movidos principalmente por motivos personales y menos por cuestiones políticas o bélicas. Paralelamente a este contexto, desde el principio de la Guerra Joaquín ejerció la presidencia de la Sección Española del Socorro Rojo Internacional[44] siendo un destacado protagonista en las incautaciones y requisas para abastecer a los frentes.

En el mes de diciembre fue elegido como alcalde el socialista Fernando Chuecos Reinaldos. Para entonces en el convento de la Virgen de las Huertas y en el cuartel de la Zona, anexo a la iglesia de San Mateo, se estaban preparando dos columnas de milicianos, una organizada por el PSOE, la columna Medallo de Haro y otra por la CNT, la columna España Libre, las cuales iban a partir hacia los frentes de Pozoblanco, Córdoba, y de Madrid para la defensa del Estado. Mientras en la retaguardia lorquina se produjo un movimiento de solidaridad con los combatientes mediante distintos grupos: la Asociación de Mujeres Antifascistas, los Amigos de la Unión Soviética, el Socorro Rojo Internacional, la FETE, el Ateneo Lorquino, la Casa del Pueblo, las Juventudes Socialistas, el Comité de Refugiados... Todos ellos apoyaron el esfuerzo bélico contra los rebeldes y

[44] Se trató de un servicio social internacional, organizado por la Internacional Comunista en 1922. Creada para que funcionara como una Cruz Roja internacional e independiente de cualquier organización o confesión religiosa. El SRI condujo campañas de apoyo a los prisioneros comunistas y reunió apoyo material y humanitario en situaciones específicas. Estuvo dirigido por Clara Zetkin, Elena Stásova y Tina Modotti. Siendo disuelto en 1942.

acogieron a miles de refugiados que huyeron del avance enemigo hacia las retaguardias fieles a la República[45].

La Guerra continuaba y Joaquín recibió ataques desde el Frente Popular por su gestión sobre las incautaciones dentro del SRI, en especial de su rival político, el socialista José García de las Bayonas Munuera, quién le acusó de cacique y de usar sus presidencias de Izquierda Republicana y del Socorro Rojo Internacional en beneficio propio y no del bien común del pueblo, tal y como reflejó en el siguiente comunicado[46]:

> «Al pueblo: Al rebasar el área de la Organización política y salir a la calle este escandaloso asunto que, por su palpitante interés e importancia, tiene que agitar con honda preocupación a la opinión pública, quiero que llegue a todas partes el exacto relativo de los hechos, como son en sí, única manera de conocer la realidad misma, tan necesaria para enjuiciar bien y arraigar en las conciencias la seguridad de los evidente, por encima de todos los credos y de todas las filiaciones.
>
> Siendo el Pueblo la única fuente de soberanía, pongo en sus manos el documento que acabo de dirigir al Comité Nacional de Izquierda Republicana, contenido en los siguientes términos:
>
> Salud y República, compañeros: Como sabéis, es nuestro Partido la fuerza republicana más importante y mejor organizada del país; por eso, en bien del Régimen y del porvenir nacional, debe interesarnos la eficacia de

---

[45]DIMAS BALSALOBRE, Florencio (2001): *Art. cit.*, pág. 11.

[46]FERNÁNDEZ RUBIO, Juan Antonio: *Fuentes documentales del Partido Comunista en Lorca (1936-1977)*. IU-Verdes. Lorca. (Obra próxima de ser publicada).

su acción política y el proceder de sus hombres representativos, teniendo nuestra Organización, en sus esferas provincial y nacional, la indudable misión de juzgar la conducta de todos los afiliados, muy especialmente de los caudillos, a fin de que puedan ser impuestas las sanciones a que, en justicia, hubiere lugar. Consecuente con tan elemental norma democrática, hoy cumplo el doloroso deber de comunicar al digno Comité Nacional, de modo claro y terminante, el escandaloso caso de Lorca, consignando algunos de sus punibles hechos, para que este documento sea un acta viva de acusación contra la rapacidad...

Repetidas veces fue requerido el Sr. Arderíus por el que suscribe, para que pusiera término a tanto desmán; pero, ya desatada su codicia y con la obsesión de inconfesables provechos, prefirió manchar al Partido en Lorca, bastardeando el entusiasmo y esterilizando nuestro sacrificio. El interés público, tan íntimamente ligado con mi cariño a Izquierda Republicana, me obligó a dirigirle la contundente carta que copio a continuación:

"18 febrero de 1937. —Sr. D. Joaquín Arderíus —Mi querido amigo: Encontrándome de caza en la diputación de Puntarrón, he podido darme cuenta del clamoreo de aquellos vecinos —entre los que se encuentra un crecidísimo número de correligionarios de Izquierda Republicana —con motivo de la escogida de los ganados por el Socorro Rojo, figurando a la cabeza un destacado elemento del Partido. —Fundan este clamoreo en que las reses requisadas son de las llamadas de vientre, que en la actualidad no sirven para la carne, por ir unas en periodo de gestación y otras con las crías recién nacidas, consiguiendo únicamente arruinar la riqueza ganadera de aquellos contornos. —Nada tendría yo que aducir si el hecho hubiese sido realizado por el Socorro Rojo,

solamente; pero, como al frente de estas actuaciones —que pugnan con el ideario del Partido y con mis convicciones —figuran hombres de Izquierda Republicana, y a ella culpan de todo, después de meditarlo mucho, he decidido dirigirme a V. pidiéndole ser dado de baja en la lista de afiliados. —Supongo que no habrá de extrañarle esta actitud mía, conociéndome como me conoce y habiéndome oído hablar, en diferentes ocasiones, sobre estos asuntos. —Fue mi intención, desde un principio, que a la terminación de la guerra, Izquierda Republicana pudiera presentarse a la opinión con una hoja de servicios limpia de incautaciones y requisas; mas, convencido, después de siete meses de sacrificios y de luchas, de que tal pretensión mía no puede llevarse a efecto, quiero recluirme en mi casa donde particularmente tendrá siempre a su buen amigo, J. Bayonas. —Rubricado."

La promesa de proceder distintamente y el hecho de que indemnizara a los dueños de aquellos ganados, hízome desistir entonces de la actitud adoptada, reintegrándome afanosamente al cargo político y continuando, como siempre al servicio del Partido en Lorca. Sin embargo, los abusos se prodigaban y las "garras" seguían hincándose sin descanso. Arderíus, que llevó al Socorro Rojo el lastre de sus incondicionales de Izquierda Republicana, desde ambas presidencias ordenó los actos siguientes: La recogida de un almacén de la calle de Núñez de Arce, de doce mil kilogramos de esencia de romero; siete mil kilogramos de esencia de tomillo; ochocientos kilogramos de esencia de espliego; la totalidad de envases, bombas de trasiego, básculas de precisión, material de ensayo y análisis, valorado todo en más de doscientas cincuenta mil pesetas, con arreglo a los precios entonces existentes.

La requisa en el caserío rural de la Parroquia de esencia de romero y alambiques por valor de cinco mil pesetas.

También percibió diez mil pesetas producto de la venta de alambiques de varias diputaciones.

Recibió, además, sesenta mil pesetas del carbón vegetal que había envasado en el parador del Carmen y en el Afino de la calle de Floridablanca; habiendo sido requisadas, de este último sitio, doce toneladas de madera de pino gruesa, que fue cortada en una aserradora situada en la carretera de Lorca a Granada.

La incautación del aceite andaluz claro, de sus turbios, zafras y bidones, existente en el almacén de la Merced, cuya venta se realizó en seguida y produjo más de treinta mil pesetas.

Asimismo fueron vendidas a fábricas de Alcantarilla setenta mil cajas para envase de frutas que estaban almacenadas en la Merced, las cuales fueron enviadas por ferrocarril, habiéndose hecho en abril la última expedición de dos vagones y estando calculado su valor en cincuenta y una mil quinientas pesetas.

También se efectuó en mil pesetas, la venta de un carruaje con su correspondiente guarnición, procedente del mismo sitio.

Con la incautación de un monte de pinos en Torrealvilla, pendiente de explotación, fue requisado a la vez, el carbón que había elaborado y envasado en la misma finca por valor de quince mil pesetas.

Y para que se vea claramente que Arderíus —capaz de todo— sólo busca su propio provecho al frente del S.R.I, donde está por ser Presidente de Izquierda Republicana, añado este espeluznante dato, verdaderamente increíble: Don Juan Mínguez Sánchez fue "paseado" el

8 de septiembre y su hijo Pedro el 14 del mismo mes; pues, cuatro días después, el 18 era depuesto de su cargo el Juez Municipal D. Maximiliano Periago y se encargaba del Juzgado su buen amigo D. Fernando Lorente Borgoñoz. A los tres días, o sea el 21, el procurador D. José Navarro Pernías, en nombre y representación de D. Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún, presentaba demanda en acto de conciliación a la viuda y herederos del Sr. Mínguez, para que se allanaran a tener por nulos los cuatro contratos de préstamos con garantía hipotecaria sobre una finca de la diputación de Marchena, alegando Arderíus ser el único heredero de su madre doña Dolores Sánchez-Fortún y tener satisfecha cantidad superior a las cincuenta y cinco mil pesetas a que ascendía el principal, por lo que los demandados se obligaban a otorgar escritura de cancelación sin percibir ninguna cantidad, ni por el principal ni por los intereses, sin perjuicio de poder exigir Arderíus otras responsabilidades a tales herederos. Sobrecogidos por el terror, todos se allanaron, y como consecuencia de la conformidad lograda, en los primeros días de marzo y a requerimiento de Arderíus, quedaba firmada la escritura de cancelación ante el Notario de ésta D. Mariano Ribo.

A mayor abundamiento, y como plena confirmación de cuanto antecede, transcribo el interesante documento siguiente: "Por el presente, declaro, yo, Pedro Sánchez Moya-Angeler, que la renuncia que hice en este Juzgado Municipal en el acta de conciliación instado por el procurador José Navarro Pernías, en nombre y representación de don Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún, como padre del menor Evaristo Sánchez Mínguez, nieto del fallecido Juan Mínguez Sánchez, fue, únicamente, sobrecogido por el terror que en aquellos instantes producía la campaña que, con pretexto de depuración social, venían ejerciendo algunos elementos encargados

de la dirección de la retaguardia; pero, que hoy que parece vislumbrarse la Justicia y la seguridad personal, proclamo no ser cierto que mi padre político D. Juan Mínguez Sánchez, haya percibido, ni él ni sus herederos, cantidad alguna para cancelar la obligación de los préstamos hechos a doña Dolores Sánchez-Fortún y, por tanto, a su hijo D. Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún, como tampoco de los diferentes años devengados de intereses y no satisfechos. —Y para que conste así, y pueda acreditarse donde convenga, expido el presente en Lorca a treinta y uno de mayo de mil novecientos treinta y siete. —Pedro Sánchez. —Rubricado."

En el reverso de tal documento se lee lo que sigue: "Vista y legitimada la firma que antecede de Pedro Sánchez Moya-Angeler, por Mariano Ribo Arcillero, Notario de Lorca, perteneciente al Ilustre Colegio Notarial de Albacete, a requerimientos del propio Pedro Sánchez. —Lorca treinta y uno de mayo de mil novecientos treinta y siete." —Hay un signo notarial, sobre el nombre de Mariano Ribo. —rubricado. —También hay un sello en tinta azul que dice: "Notaría de D. Mariano Ribo Arcillero. —Lorca."

Aún podría aportar aquí muchas más pruebas de refinada piratería, a modo de perenne luz ante la que brilla la verdad en la plenitud de su belleza; pero, a fuer de sincero, creo que sólo procede exhortaros a rescatar para la República al Partido en Lorca, librándole del círculo dantesco que lo asfixia y cimentando su acción sobre indestructibles normas de probidad...

Ya sabéis, compañeros, que cuando una amputación es precisa, por dolorosa que sea, a la postre resulta salvadora. ¿Qué menos puede hacerse con quien, deshonrando a la Republica y al Partido ha tratado los bienes y hasta la vida ajena como una materia de especulación?

Pidiendo que, por necesidad de saneamiento e imperativo de la dignidad, apartéis lo podrido, os desea, salud y República, quedando vuestro y de la causa.

***

Como se ve, lorquinos, ante ese negro hecho de Arderíus, no puede permanecer impasible ningún hombre digno, ni debe callar ningún demócrata honrado.

Por una lógica deducción que la experiencia hace tangible, se puede asegurar que la conducta de los caudillos puede en la vida social mucho más que las poleas en la avasalladora mecánica del trabajo. ¿Acaso es así como se ha de servir al Régimen y defender al Pueblo?

El solo hecho de conducirme rectamente ejerciendo la función augusta de fiscalizar a los míos, proclamando la verdad de lo ocurrido ha molestado tanto, que ya dispone su feroz represalia la agresividad de los culpables. Con sequía en la mente y miseria en el corazón, por verse acusados públicamente por mí, lanza —ahora— con el mayor cinismo, la estúpida especia de que seré fascista... Y nadie ignora en Lorca mis luchas junto al pueblo para satisfacer sus ansias de justicia, ni, tampoco desconoce nadie aquí mi anhelo vehemente de que el porvenir de España sea la auténtica expresión del sentir nacional.

J. Bayonas.

Este manifiesto tuvo su respuesta política, como registró Espín Rael, nuevamente desde su enfoque de rechazo a este individuo[47]:

«...El resultado de este elocuentísimo papel, que es un poema del más completo bandidaje, fue que a los

[47]ESPÍN RAEL, Joaquín (1936-1939): *Op. cit.*, pág. 49.

> pocos días de publicado, en un camión, con guardias de seguridad, llevaron a Arderíus a Valencia, por orden del gobierno. Dicen que apoco le dieron una colocación en el negocio de prensa en Barcelona. Bayonas, con los disidentes de Arderíus, se hizo presidente o jefe de una fracción republicana de izquierdas...»

En 1939 el resultado de la contienda estaba muy claro. Madrid hacía frente a los rebeldes, quienes cada vez se hallaban más cerca. Sin embargo, el 29 de marzo cayó la capital y tres días después se escuchó la siguiente alocución emitida desde Burgos[48]:

> «Parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo [...]. En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado...»

Últimos años: exilio y muerte (1939-1969)

A pesar de las palabras emitidas por Radio Burgos el 1 de octubre de 1938: «Nada tema de la Justicia quien no tenga las manos manchadas de sangre», fueron muchos quienes no creyeron en la justicia del nuevo dictador. Desde los inicios del régimen autoritario que se instaló en el país se produjeron detenciones y ejecuciones, con y sin juicios. Por ello muchos optaron por el exilio. Joaquín marchó a Francia en 1939, probablemente desde Barcelona, y hacia el mes de junio, poco antes de los acuerdos de ocupación del III Reich sobre las dos terceras partes del territorio francés. Se embarcó desde el puerto de Burdeos rumbo a México.

---

[48]Transcripción del *Parte oficial de Guerra* leído en Burgos el 1 de abril de 1939, mediante el cual se puso fin a la Guerra Civil Española.

Una vez en tierras americanas, mientras en la Causa general de la provincia de Murcia fue acusado falsamente de algunas muertes[49] y le ubicaba erróneamente en Orán, se convirtió en agregado de prensa en la embajada del Gobierno republicano, presidido por Nicolau d'Oliver, y, posteriormente, en un modesto empleado del Ministerio de Educación Nacional. Durante aquellos treinta años de exilio, en los cuales nunca regresó a España, volvió a retomar la pluma ocasionalmente para colaborar en la prensa, especialmente en los *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura.* Por otro lado, escribió en 1944 una obra de tipo biográfico y divulgativa titulada *Don Juan de Austria. El emperador frustrado,* para Ediciones Nuevas. Tras esta publicación abandonó prácticamente la literatura. Acabó sus días en México Distrito Federal el 20 de enero de 1969.

[49]Entre ellas la de Desiderio Espinar Navarro, fundador de la Falange en Lorca y previamente fundador de la Agrupación Comunista de esa misma ciudad en 1931. Pese a la testificación de la hermana del asesinado, Jacobina Espinar Navarro, recogida en la Causa general de Murcia (dentro de las averiguaciones del Fiscal Instructor sobre los hechos delictivos cometidos en Lorca durante la Guerra Civil, pág. 13), no fue testigo directo del hecho y no hay otras voces, directas o indirectas, que le acusaran de este acto criminal. Era muy común acusar sin pruebas en los sumarios y causas de los tribunales franquistas a los miembros más destacados del Frente Popular, como culpables de todo tipo de hechos sin aportar nada que lo demostrase.

ESTÉTICAS NARRATIVAS «ARDERUSIANAS»

Coordenadas narrativas: de la Crisis del 98 al exilio político (1898-1936/39)

Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX se caracterizaron por una rebelión contra la situación prosaica de la burguesía y por la búsqueda y exploración de mundos estéticos sublimes. Ante la realidad, el grupo modernista se desengañó y trató de refugiarse en el arte. Otros, sin embargo, se comprometieron para cambiar una realidad con la que estaban en flagrante desacuerdo. Se trató de los denominados por Azorín (1913) como la Generación del 98, cuyo punto de partida se localiza en el Grupo de los tres: Pío Baroja, Ramiro de Maeztu y el propio Azorín, quienes difundieron en 1901 un *Manifiesto* en el cual denunciaron la «descomposición» de la «atmósfera moral» y la desorientación de la juventud española con la pretensión de «mejorar la vida de los miserables».

Adentrados en la nueva centuria, encontramos a los Novecentistas, también conocidos como Generación del 14. Estuvo integrada por un grupo de profesores universitarios con una influencia intelectual decisiva en nuestro país durante la preguerra. Todos ellos desarrollaron un pensamiento liberal democrático, el cual trataba de influir en la marcha política y universitaria de una nación que juzgaban atrasada y a la que intentaron europeizar. Su lema fue el de «obra bien hecha» y su trabajo respondió a este principio ejecutando con rigor sus tareas profesionales y literarias. José Ortega y Gasset fue su cabeza visible y su ideólogo más destacado; mientras que Gregorio Marañón, Eugenio D'Ors, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Salvador de Madariaga, Manuel Azaña y Manuel García Morente

fueron sus representantes más cualificados. Pertenecieron también a ese grupo los novelistas Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró y Ramón Gómez de la Serna, entre otros[50]. Es por ello por lo que el movimiento se planteó evitar la ineficacia del grupo del 98, que, tras un diagnóstico pesimista y después de una actuación política fallida o incipiente se refugió en un esteticismo personalista. La vuelta al espiritualismo unamuniano o a los valores estéticos pasados, tan propios de Azorín, fue una de sus vertientes. Otra fue la de un hirsuto y fiero individualismo, cercano al anarquismo de Baroja. La destrucción de un país degradado fue lo que solicitó el último Valle Inclán; Antonio Machado auguró el enfrentamiento, mientras que Ramiro de Maeztu soñaba nietzscheanamente con la personalidad que lograra galvanizar a la abúlica España.

Quisieron regenerar el país y aportaron únicamente como herencia el mito de una España doliente, simbolizada por Castilla. Al final, sólo intentaron salvarse ellos mismos y crearon un clima que hizo posible la eclosión de una nueva generación, la cual siguió planteándose el problema de España y enfilaron metódicamente sus objetivos para solucionarlo, superando el lamento para centrarse en una acción programática. Si el 98 creía que el problema era

[50]Llegada la Guerra Civil, marcharon al exilio Ortega y Madariaga, Castro y Albornoz, Pérez de Ayala, Marañón y Gómez de la Serna, todos ellos defensores de la República desde el espectro liberal en un principio, pero algunos de ellos desengañados de su evolución posterior. Es por ello por lo que Ortega, Pérez de Ayala, Marañón, Gómez de la Serna y García Morente de decantaron, ya en el exilio, por la España franquista, y hasta tuvieron los dos primeros algún hijo luchando en con los rebeldes sublevados. Ortega volvió a España, aunque no se le permitió regresar a su cátedra. Por otro lado, en la zona ocupada por los rebeldes quedaron Eugenio D'Ors y Manuel Machado, cuyo hermano, Antonio, falleció en Francia en el exilio.

cuestión de personas y de voluntad, sus sucesores pensaron que el verdadero problema era de ideas y de acercamiento a Europa. Aquella nueva generación se impuso como obligación levantar la política al nivel más elevado y cerca estuvieron de conseguirlo. Ya dijo Manuel Azaña que el 98 transformó los valores literarios; todo lo demás estaba como ella se lo encontró. La nueva generación practicaba el ensayo, que dejó de ser impresionista para alcanzar el rigor científico, cada uno en su materia, hasta lograr la obra bien hecha a que aspiraba Eugenio D'Ors. La novela, así mismo, tomó rumbos próximos al ensayo con Pérez de Ayala o a la experimentación vanguardista con Gómez de la Serna. Mientras que la lírica inició un giro copernicano con la poesía desnuda de Juan Ramón Jiménez. Por otro lado, Ortega declaró: «...o se hace literatura, o se hace precisión, o se cala uno...».

Para actuar eficazmente se sirvieron de editoriales, revistas y periódicos que ampliaron su cobertura hasta llegar a todas las clases cultas. *España* fue la revista paradigmática de la generación. *El Sol* el periódico que aglutinó a la clase política e intelectual más valiosa, entre ellos a Tomás de Aquino Arderíus. *La Revista de Occidente*[51] y su editorial homónima elevó el nivel filosófico de la nación, tradujo y divulgó a las mejores obras europeas y dio entrada, entre otras revistas, a la juventud y a las vanguardias. Es por ello por lo que Ortega se constituyó en su digno mentor intelectual. Si los noventayochistas fueron lectores autodidactas, éstos se formaron en las me-

[51] Dirigida por Ortega, donde cobijó el trabajo literario e intelectual de la época, tratando de actualizar a España e insertarla en Europa, acogiendo con amplitud de espíritu las nuevas tendencias.

jores universidades europeas, estando al día sobre cuestiones ideológicas o literarias y muchos de ellos ejercieron su magisterio en la Universidad, a la cual dieron una altura desconocida desde el siglo XVI. Hay que subrayar además el carácter interdisciplinar de aquella generación: médicos, historiadores, filósofos, ensayistas, novelistas y poetas. Ortega, cómo no, propuso como tarea fundamental la de «rehacer la historia de España hasta en sus primeros postulados». Estuvieron a punto de lograr el éxito en la aventura del hacer de la nación un país plenamente europeo, por medio de un trabajo contumaz y el predominio de la obra bien hecha. Evidentemente, no fue culpa suya que la Guerra Civil los aventara en todas direcciones, ya que fueron una víctima más de un enfrentamiento que les desbordó.

En cuanto al ámbito de las Vanguardias, la novela del 27 fue la propiamente vanguardista en nuestro país. De hecho, la mayoría de los autores: Ramón J. Sender, Joaquín Arderíus, Max Aub, Rosa Chacel...; fueron incluidos en la novela posterior a la Guerra Civil y entre los autores del exilio. No obstante, a finales de los años veinte comenzaron a publicarse las obras influidas por la actitud de las Vanguardias. Por ejemplo, de Gómez de la Serna y, en especial, por el magisterio incontestado de Ortega, tanto en *La deshumanización del arte* (1925), como en sus *Ideas sobre la novela* (1925). Por ello Max Aub estimó que Ortega fue «...el gran responsable de la falta de novelistas en España entre los años veinte y cuarenta y cinco...», y le acusó además de influencia nefasta entre los narradores. Por otro lado, en *Ideas sobre la novela,* presumió Ortega que el género parecía agotado por la penuria de temas que debía compensarse por otro tipo de ingredientes: observación, morosidad

en la introspección y en la atmósfera interior, atención al detalle y a la ampliación del ámbito de la novela para que cupiese todo tipo de ingredientes: ciencia, religión o sociología, aunque disueltos en la atmósfera de la novela. La densidad humana del personaje debía primar sobre sus peripecias, y el autor tenía que cultivar un cierto hermetismo que atrajera al lector hacia ese cosmos cerrado e imaginario pero autónomo, cuyos avatares no debían ser reales sino verosímiles.

Hacia 1930 surgió un modelo literario orientado a un compromiso político-social, donde los escritores perfilaron su actitud ante la confrontación que se avecinaba. Rafael Alberti, Emilio Prados, Joaquín Arderíus y Miguel Hernández tomaron claro partido por la República, desde el Partido Comunista. Otros, en cambio, como Antonio Machado, Federico García Lorca, Luis Cernuda y Vicente Alexandre, desde la independencia, aunque Antonio Machado recibió el carné del Partido Comunista nos meses antes de morir. Por el contrario, Pedro Salinas y Jorge Guillén se exiliaron y con ellos casi la totalidad de su generación. Quedaron en España Gerardo Diego, José María Pemán, Miguel Mihura y buena parte de la nueva generación, que se dio a conocer a partir de 1936, es decir: Camilo José Cela, Gonzalo Torrente Ballester, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y Leopoldo Panero.

Rechazo contra la novela naturalista (1900-h. 1931)

«A toda acción se le opone una reacción contraria». Este principio filosófico es la justificación que ha marcado el paso de un movimiento artístico-literario a otro a lo largo de la historia. Atendiendo a esta idea, el Romanticismo fue sustituido por el

Modernismo, en el género poético, y por el Naturalismo y Realismo, en los géneros narrativo y dramatúrgico. Es por ello por lo que durante los primeros años del siglo XX surgió una reacción contra el Naturalismo por medio de tres subgéneros narrativos: La novela tradicional, la novela humorística y la novela regionalista.

La primera de las tendencias, también nominada como «novela espiritualista», se enfrentó directamente al Naturalismo, intentando una novela de cierto contenido moral y temática realista, la cual, en ocasiones, fue una burda imitación anacrónica, no exenta de virtuosismo, de la escritura del Siglo de Oro. La formación ortodoxa de quienes la practicaron les apartó de la concepción noventayochista, pero con un fondo pesimista, marcado por una conciencia de fracaso ante la vida, la cual se achacó a la sociedad y al carácter abúlico de sus personajes, identificados parcialmente con el grupo al que generacionalmente pertenecían. Uno de sus principales representantes fue Ricardo León y Román, un escritor pleno de colorismo y sonoridad en su lenguaje, pero cuya perseverante imitación de los clásicos le aportó una nota de impostada presunción, casi de falsedad. Su defensa de la tradición cristiana e histórica de la nación hizo que el escritor se convirtiera en *una rara avis* en su época, sólo posteriormente acompañado por la figura de Ramiro de Maeztu. Sus obras más significativas son: *Europa trágica* (1917-1919), sobre la Primera Guerra Mundial, *Casta de hidalgos* (1908) y *El amor de los amores* (1910). *Bajo el yugo de los bárbaros* (1932). Con esta última inicia una trilogía sobre la vida española en la época de la República, continuada con *Roja y gualda* (1934) y *Cristo en los*

infiernos (1940), relatos ceñidos y violentos sin la prosa hinchada propia de su estética[52].

En cuanto al segundo de estos subgéneros, la crítica se ha puesto de acuerdo en aceptar la denominación de novela humorística. Los representantes de esta nómina opinaban que el humor aparece en la literatura y en la vida como signo de madurez de las naciones y de los individuos. Por tanto, distinguirla de la sátira no fue siempre fácil, pero parece que ese humor se caracterizó por la sonrisa bondadosa que se compadeció de los personajes y por la risa hiriente que los estiliza para mejor agredirlos. Un claro ejemplo de lo expuesto fue, sin duda alguna, Wenceslao Fernández Flórez, autor, entre otros títulos, de *El bosque imaginario* (1943). Se trata de una de las mejores novelas de aquel momento, de lirismo intenso y amable, unido a la observación de la vida social y con un profundo sentimiento de arraigo en la naturaleza y de piedad con auténtico amor por los fracasos que pulularon por la Fraga gallega, verdadera protagonista de una obra en donde vegetales y animales humanizados conviven con personas quienes atraviesan o se esconden en la Fraga. Otras obras de este autor alcanzaron un éxito fácil de público por el humor cercano al absurdo, pero no integraron el sutil sentimiento de su obra maestra, aunque su pesimismo vital esconde dentro del humor un agudo escepticismo. *El malvado Carabel* (1931), que no consigue alcanzar la talla exigible de malicia a pesar de sus intentos, es obra estimable. El escritor no cuidaba en exceso la estructura y sus obras adolecen

[52]Sin embargo, cuesta imaginar en la actualidad la innegable popularidad del autor en el segundo y tercer decenio del siglo, que le aseguró multitud de lectores y repetidas ediciones de sus obras como campeón en la novela católica.

de una construcción endeble o se limitan a pergeñar una serie de cuadros o escenas con mínima trabazón, con personajes de escasa humanidad, ridiculizados por el propio autor, que vierte en ellos su visión pesimista y desolada en ocasiones. *Volvoreta* (1917) es el retrato de una muchacha seductora por su propia inconsciencia, pero su carencia de principios le lleva a la degradación. Sin embargo, *El secreto de Barba Azul* (1923) y *Las siete columnas* (1926) son también apreciables[53].

Otro ejemplo evidente fue Enrique Jardiel Poncela quien poseía, como novelista, el mismo ingenio, dominio del lenguaje e inventiva que como comediógrafo. La acumulación de absurdos e incoherencias terminaba por agotar al lector que podía no soportar la hilaridad a cualquier precio. *Amor se escribe sin hache* (1929), *¡Espérame en Siberia, vida mía!* (1930), *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* (1931) y *La tournée de Dios* (1932) son sus novelas más conocidas. Las tres primeras componen un conjunto de misceláneas más o menos graciosas sobre las difíciles relaciones amorosas entre mujer y hombre. A veces su ingenio alcanza cotas insuperables, especialmente en *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?*, sátira de la religiosidad excesiva, con momentos desternillantes.

La tercera y última de estas tendencias estuvo ampliamente representada por Concha Espina, cultivadora de un tipo de novela regionalista, quien se dio a conocer con *La niña de Luzmela* (1909), llena de intimidad y gracia poética. Otro de sus títulos es

[53] Actualmente sus obras se leen con distanciamiento a excepción de *El bosque animado*, la cual conserva su frescura.

La esfinge maragata (1913), una obra ya plena de sabiduría, con un rico lenguaje expresivo de la realidad ambiental y humana de una zona perdida en el páramo leonés. *En Altar mayor* (1926) nos cuenta una trama de amor y celos con el santuario de Covadonga como fondo. Y en *El metal de los muertos* (1920) recoge una denuncia de la injusticia social que tiene por escenario las minas de Riotinto, convertida en un ataque a la línea de flotación del capitalismo sin entrañas, cercana en este sentido a las tesis socialistas en torno a un protagonista colectivo: la población minera de Riotinto. La abundancia y propiedad de su vocabulario, la descripción del ambiente, el paisaje que enmarca sus relatos, la emoción que transmiten sus personajes, especialmente los femeninos, y la atmósfera nostálgica de melancolía y tristeza que impregna sus obras; hacen de esta escritora una de las grandes novelistas del siglo XX, cuyo eclipse carece de explicación objetiva. Publicó además una selección de cartas de Antonio Machado a Guiomar, aunque sin revelar la identidad de Pilar Valderrama. Paralelamente, también merece ser citado el novelista Alejandro Pérez Lugín, escritor un tanto intrascendente pero agradable. Su obra más destacable es *La casa de la Troya* (1915), basada en un idilio tierno y sencillo entre un estudiante y una bella joven. Otro de sus títulos es *Currito de la Cruz* (1921), combinación de tristeza y alegría, así como de éxitos y fracasos. Se trata de una novela de carácter realista sobre el mundo de los toros.

Estilística narrativa de Tomás de Aquino Arderíus (1911-1925)

La producción prosaica de este escritor está integrada por dos obras largas y otras dos cortas. Su

ópera prima fue *En tierra seca*[54], publicada en Lorca, a través de la imprenta de Emilio Ruiz Noriega, en 1911. Compuesta por un primer tomo, de 302 páginas, y un segundo, de 268. Su coordenada temporal es coetánea a su redacción, mientras que la espacial está centrada en Lorca, bajo la nomenclatura de Guadalora, como hizo Leopoldo Alas «Clarín» con Vetusta (Oviedo) en *La Regenta* (1884-1885), siendo identificada por alusiones localistas: la Semana Santa, la plaza del Ayuntamiento, la Colegiata, el Pósito, el Río Guadalentín, el barrio de San Cristóbal... Como lector de los noventayochistas y seguidor del regeneracionismo, describe a aquella población como hueca, vacía y muerta. Su acción argumental es decimonónica, por tanto, su planteamiento y contenidos corresponden más al pasado, expresados mediante un retoricismo ya caduco. Así pues, recurre a una narración en estilo directo a través de sus personajes. Todos ellos pertenecen a distintos estamentos sociales, desde la nobleza y la burguesía, quienes se muestran en tertulias, casinos, palacios...; y un proletariado, marcado por los sueños políticos de uno de sus protagonistas, Clemente Leiva. Otro aspecto a destacar, y que repetirá en otros Libros, es la cuestión lingüística, en especial el léxico, donde encontramos términos como: *ortivas, rusiente, ustible, concinando, ablaqueación, omniscio, malvezada, voltegeó, mascugeó, tumbagas, estantio, añusgando, diasirmo, ganzuesco...;* los cuales muestran la ignorancia de los personajes de este desfavorecido estamento social.

---

[54]En ella se indicó que tenía preparada otro título: *La resurrección de la carne.* Además, estaba organizando otras novelas: *Entre sol y brumas, La realidad se impone y Los noctivagos,* que no llegaron a ser publicadas.

Como desenlace encontramos el triunfo del amor sobre las castas sociales y el triunfo del pensamiento de las ideas liberales sobre la corrupción, el conformismo y el desinterés social de las clases privilegiadas.

La segunda de sus novelas fue *Almas místicas*, nuevamente publicada en Lorca en 1913. Cuenta con 280 páginas, en las cuales su coordenada temporal sigue siendo su presente, mientras que la espacial cambia a la ciudad de Murcia. El ambiente de esta población vuelve a ser objeto de observación en su narrativa. Los personajes fueron analizados por su autor desde una perspectiva técnica realista-naturalista, pese al rechazo de aquellas escuelas a principios de aquel siglo. Es por ello por lo que la influencia de Pérez Galdós y Vicente Blasco Ibáñez es apreciable en numerosos aspectos; sin descartar, claro está, al Clarín de la Vetusta provinciana. Por otro lado, según Jiménez Madrid:

> «Frente al criterio exclusivamente localista que le asignaba su sobrino-nieto Carlos Clementson, hay que decir que Tomás de Aquino conoce las características peculiares de una Murcia pequeña, reducida, en donde se intercambian chismes, se propagan rumores y en la que la iglesia ocupaba poder ostensible.»[55]

En cuanto a sus personajes, al igual que su hermano Joaquín, se preocupó de señalar lo sórdido de la condición humana. También es próximo a Zola, ya que no desdeñó pasajes de naturaleza expresionista. Junto a los tonos naturalistas, encontramos rasgos propios del Romanticismo y del melodrama, los cuales no embellecen su discurso, repleto de incorrecciones, transgresiones gramaticales y semánticas.

---

[55]JIMÉNEZ MADRID, Ramón: (1990): *Op. cit.*, pág. 297.

Un estilo que desea romper el tono mesocrático y la naturalidad de la estética realista. Por otro lado, Tomás de Aquino, de tradición liberal, critica la falta de religiosidad en un individuo de temperamento sanguíneo que se había impuesto una obstinada represión de su naturaleza sensual, que, como la murciana, desea manifestarse en plenitud. Su naturaleza extremosa recuerda la del Polo galdosiano de *Tormento* (1884), con el que le unen vínculos temperamentales.

Su tercera novela, *La Tragedia del Fraile*, se publicó en 1915 dentro de la colección *La novela de bolsillo*. Su ambientación se centra en el entorno lorquino, enclave cargado de desolación, miseria y hambre. Todo ello fue un campo propicio para la rapiña y las injusticias sociales. Destaca un narrador omnisciente quien va presentando tanto al usurero y propietario Tomás Tudela, pintado con todos los resortes negativos del antagonismo y claro precedente de los pequeños dictadores, como a la saga apodada los Frailes. La degeneración de la familia, a través de sucesivas promociones es contada por medio de un narrador que usa la analepsis, pese a la brevedad de la obra, la cual llega a presentar cuadros de naturaleza tremendista. El mismo aire de violencia, odio y fatalidad que existe en las obras de José Luis Castillo Puche, tiene su antecedente en estas obras duras, que tienen la virtud de presentar al pobre, es decir al Fraile, en manos del cruel terrateniente y usurero Tudela. En otro orden de cosas, no faltan los elementos melodramáticos de la angustia y hambre de los Frailes, acosados por la hambruna, y la habilidad del rico don Diego para despojar a la prole numerosa hasta de los últimos suspiros, si fuera necesario. No

faltan la muerte de algunos hijos del campesino, el consabido embargo y el destrozo de la casa por una ventolera.

Su último libro publicado, *La joroba de Juan Veintidiez*[56], se editó en Lorca, nuevamente mediante la imprenta de Emilio Ruiz Noriega, en 1917. Fue el resultado de la composición de siete narraciones, entre la novela corta y el relato, distribuidos en sus 235 páginas. Este autor reservó para esta publicación algunos títulos que fueron anunciados con antelación y que, con ligera variación de la denominación, pasaron a engrosar la labor literaria de un escritor que fue capaz de ocuparse desde el problema nacional a la anécdota local en pocas páginas. Esta colección textual se inicia con la composición que da título a la antología. Destaca por ser la novela corla más larga del libro (60 págs.), a través de veinticinco secuencias tan diversas como breves, las cuales nos va dando cuenta de personajes ascéticos como: Fermín, saludador, milagrero y taumaturgo; Celestino, contrahecho y mezquino; Juan Veintidiez; mujeres estériles como su hija Genoveva; maridos celosos e ignorantes como Pedro, esposo de Genoveva y yerno del jorobado. Con estos personajes tan dispares configuró una historia trágica y violenta, donde habita el sino trágico, el amor, la infidelidad, el castigo moral, el asesinato y toda una caterva de frustraciones físicas, espirituales y sexuales, sin excluir los presagios ni premoniciones a la manera clásica. Con todo ello, no hay que olvidar su condición de autor liberal, por lo que introdujo en su argumento cuestiones de

[56]En ella anunció que tenía una novela próxima a publicarse: *La Fiesta de los Inocentes*.

crítica social contra el caciquismo, entre muchos aspectos.

Otro título de la obra fue la novela corta *La camarera de la Virgen* (30 págs.), que parece estar extraída del profundo conocimiento que el autor tenía de su tierra natal. Una tierra en la cual da rienda suelta a la exaltación religiosa por parte de una población que vive de mantera tan especial sus fiestas, como la Semana Santa. Su acción argumental es una denuncia a la corrupción, la hipocresía y la maldad de una sensual Nicolasa, su protagonista, quien, con la convivencia de una beata, Elvira, y un cura, don Calixto, han despojado a la antigua camarera de la Virgen de tal condición en virtud de su pobreza. A través de esta estampa de aparente carácter local, Tomás de Aquino se mostró más duro y satírico que de ordinario con una iglesia amiga de las riquezas y del lujo. Mediante este cuadro salen a relucir viejas hipocresías, la falta de fe y la religión exterior y aparatosa. Paralelamente, la soledad y la angustia trágica de la derrota quedan simbolizadas perfectamente en este drama íntimo y en la metáfora de la puerta cerrada, cuando pasa la procesión de la Virgen con su manto nuevo. Es por ello por lo que un ángulo más anticlerical que teológico predomina en este relato propio de quien desea la purificación de las costumbres.

El siguiente título, *La perrera* (32 págs.), nos pone nuevamente en contacto con las fuerzas primitivas y telúricas de la naturaleza. Una Margarita rodeada de una caterva de perros hambrientos nos hunde en un mundo de odios y rencores contra una humanidad irredenta. Una mujer solitaria y hechicera despliega, junto con manifestaciones propias de una jerga gitana,

unos extraordinarios poderes para conseguir que se cumplan sus maldiciones, incluida la muerte del Chinco, hijo del tío Roando, quien antes que huir a los maleficios desea vengarse, dando muerte a la interfecta, la cual, de manera harto expresionista, fue encontrada muerta, devorada por sus propios perros. Por otro lado, matices esperpénticos se cruzan con las historias de poderes sobrenaturales y la sociedad se juega una carta con los odios desaforados en un cuadro bronco, fuerte, de gran vigor expresivo en algunos momentos. Por el contrario, *En cabeza ajena* (18 págs.), se repiten los mismos espacios rudos, la idéntica atención hacia los marginados de la fortuna y hacia los entes de ficción condenados a la miseria: la pobreza, el dolor, la miseria y la dura condición existencial de los niños, que se apoderan nuevamente del relato.

Navideña (26 págs.) es una anécdota culinaria que tiene lugar en una Navidad entre dos hombres, amo y criado, que acaban comiendo hasta la saturación y bebiendo hasta emborracharse. Los escrúpulos iniciales de don Desiderio, pues estaban en vigilia, son vencidos por un criado, Antón Paco, quien le persuade para iniciar una batalla materialista que termina con la hipocresía de un sacerdote que desea disimular lo acontecido. Esta anécdota de la gula anuló el talante anticlerical de un Tomás de Aquino que insistió en la convivencia de la iglesia con la riqueza y mostró una graciosa anécdota. En otro orden de cosas, el penúltimo título, *Como se forma la historia* (18 págs.), está relacionado con la instalación de la luz eléctrica en una población, siendo ésta una de las mejoras que realizó en su breve mandato como alcalde. Su punto de partida es un sacerdote que manipula a un grupo de feligreses para que

destruyan, mediante vandalismo, aquel alumbrado, como si se tratase de un símbolo satánico. Sin embargo, los efectos lumínicos proporcionan un falso milagro que conduce desde la euforia a la decepción, aunque la historia traza una curva final que distorsiona, como el fenómeno visual, la realidad.

La narración que cierra al libro es la nominada como *El milagro de la Alameda* (29 págs.), en la cual realiza una nueva crítica contra la fe, en señal de ignorancia como rasgo común de un pueblo analfabeto. Su argumento cuenta como su protagonista, Mariano Quesada, se pierde en sus pensamientos, sentado en un banco de la Alameda hasta que empieza a llover y se refugia bajo un olmo, adonde llegó un labrador, Rosendo Perán, con quien entabla una conversación. En ella el campesino le cuenta la historia de Fray Diego José de Cádiz y el señorito se muestra incrédulo, mofándose de sus palabras. El labriego al marcharse es alcanzado por un rayo y cuando los vecinos acuden, Mariano explica lo acontecido, incluyendo el diálogo que mantuvo con el muerto. Una vecina interpretó que Dios le premió por su defensa de la fe y un día después se comentaba en el pueblo que fallecido tras un debate con Satanás.

Estilística narrativa de Joaquín Arderíus (1915-1934)

Al margen de la división en dos etapas estilísticas sobre su obra, llevada a cabo por Víctor Fuentes, donde la primera estaría marcada por un fuerte aspecto expresionista y la segunda por un tipo de narración de corte proletario. Ramón Jiménez Madrid[57] incorporó una tercera fase intermedia.

[57] JIMÉNEZ MADRID, Ramón: (1990): *Op. cit.*, pág. 279.

La primera época abarca desde 1915 hasta 1926, en la cual encontramos los siguientes títulos: *Mis mendigos* (1915), *Así me fecundó Zaratrusta* (1923), *Yo y mis mujeres* (1924) y *Ojo de brasa* (1925). En estos libros impera un gran subjetivismo. Se sitúan en abstractos espacios y no mantienen una estructura lineal. El discurso de la conciencia mental se hace en una segunda persona autorreflexiva o en una primera persona gramatical que refuerza el tono egoísta. Un discurso abierto, sin trama ni acción propiamente dicha, en el que el tono quejumbroso y apocalíptico se impone: sueños, visiones, doctrina de Nietzsche y otras cuestiones se juntan en una muy individualizada escritura. Por otro lado, esta fase supone un manifiesto de desprecio a los valores tradicionales en cuanto a estructuras, disposición, acción e incluso tono. Junto a los deseos de buscar el «hombre nuevo», concretamente al superhombre que derribe los cimientos de una sociedad anquilosada a través de una purificación de las costumbres; Joaquín Arderíus se lanzó a encontrar la virtud en la prostitución, es decir, las flores en el estercolero de la vida en forma de símil, como le gustaba utilizar. Se alude a nociones levantinas, paisajes y descripciones meridionales centradas en Águilas y Lorca; sin embargo, su universo no fue su tierra natal, como ocurrió con su hermano. Su temporalidad no fue la de los días, sino la de su conciencia marcada por la culpa o la expiación. En cuanto a su lenguaje narrativo, destaca el uso de apostrofes, interrogaciones, admiraciones y exlamaciones. Estos recursos lingüísticos permanecieron idénticos hasta el final de su producción, pues apreciamos un estilo único y que su amigo, el escritor José Díaz Fernández, llamó: «condensación expresiva».

Su segunda etapa comprende de 1926 a 1930, donde hallamos obras como: *La duquesa de Nit* (1926), *Los príncipes iguales* (1928), *Justo el evangélico* (1929), *El comedor de la pensión Venecia* (1930) y las novelas cortas como *El baño de la muerta* (1928) y *Los amantes de Manqueses* (1929). En estos títulos el autor entremezcla los mismos elementos subjetivos anteriores, e idénticos materiales vanguardistas y retóricos; en cambio, van acompañados de ingredientes de carácter religioso-político-social y hasta sentimental. Paralelamente, se mantiene en su narrativa una pequeña trama, una mínima acción y despuntan los temas eróticos, es decir, relaciones amorosas con la faceta social expuesta anteriormente.

En cuanto a la fase intermedia tuvo, se localiza en su novela *La espuela* (1927), siendo la obra que mejor refleja la referida transición de la primera etapa a la segunda. La bifurcación entre ceñirse a los aspectos personales o sentimentales y la actitud de servicio a la causa revolucionaria, marcó la transición de una novela en donde narraba la historia personal de su amigo Díaz Fernández, como uno de los escritores más representativos del compromiso político. En esta etapa su narrativa gana en amplitud, olvidando el estilo directo, a excepción de *Los príncipes iguales* por ser la continuación de *Yo y mis mujeres,* y en especial dieron entrada a un mayor número de personajes por lo que se aproxima a la novela colectiva. Persisten motivos como los del escritor y la prostituta, el sentido del superhombre, hay un evidente intento anticlerical en *Justo el evangélico* o un afán por humillar a las clases aristocráticas en *La duquesa de Nit.* En otro orden de cosas, el poeta Luis Morata, protagonista de *La Espuela,* puede simbolizar este cambio cuando en un momento de la novela ha de

elegir entre la creación de una sociedad nueva a imagen de la Rusia soviética o sucumbir a la actitud burguesa del enamoramiento. Quedan, por tanto, no pocos requisitos de la época anterior que se reflejan en esta estructura arbitraria, así como en las visiones e imágenes extrañas. Los elementos objetivos superan a los subjetivos. La técnica en estilo indirecto, los espacios concretos, las referencias cronológicas y temporales y los ataques a la plutocracia, acaban por hacer menos irreales sus construcciones, ya en sintonía con una España agitada por la fiebre política. Por aquellas fechas, como hemos visto, Luis Morata lucha entre dedicarse por entero a la tarea estética o entregarse a la revolución y a la transformación de la sociedad, desde presupuestos marxistas.

Esta decisión la tomó con *Campesinos* (1931), a la cual siguió *Lumpenproletariado* (1931), publicada dentro de la colección *La novela roja,* y terminó con su última novela *Crimen y Suceso* (1934). Sin dudas ni vacilaciones se lanzó al combate y a la lucha de clases desde su posición literaria. El espíritu anárquico e inquieto que siempre le acosó, apunta ahora contra la iglesia (el sacerdote amancebado de *Crimen y Suceso* es un claro ejemplo), contra el estamento militar (los soldados que apalean a los obreros en *Campesinos*) y contra el capitalismo y el caciquismo en general. El autor llegó a posiciones maniqueas y no se distancia de cuanto escribe. El hambre en irredentos campos, al miseria de los humildes, el paro, la enfermedad, el dolor y la muerte es cuanto nos deparan estos libros cargados de compasión hacia los afligidos de la fortuna y de ira contra los ricos. Los ideales revolucionarios se integran en estas novelas que no conceden tregua a los intereses bur-

gueses. Como dijo el propio autor, en una entrevista publicada en 1931:

> «...nada de literatura pequeño-burguesa. La novela revolucionaria no puede ser ya otra que la proletaria. Es ya el momento que los escritores que sientan la conciencia de clases empiecen a escribir en forma y defensa proletaria...»[58]

El paso no le costó mucho, pues siempre había preferido a los marginados de la fortuna, a los mendigos, a las prostitutas, a los abandonados desde la perspectiva social o moral. Finalmente, los eligió desde el lado político. Es por ello por lo que en estas obras finales, los campesinos se convierten en héroes y recoge, como hizo su hermano, su habla coloquial, cruda en muchos casos. Olvidando los soliloquios y narrando la epopeya proletaria. Condena, por otro lado, la república burguesa y moderada, sin dudar en abortar las reivindicaciones comunistas. Por ello planeta en *Crimen y Suceso* la posibilidad, siguiendo los principios leninistas de la ingeniería social, de matar para cambiar estructuras de la sociedad.

---

58 TRAPIELLO, Andrés: *Las armas y las letras, literatura y Guerra Civil (1936-1939)*. Editorial Planeta. Barcelona. 1994: pág. 179.

CONCLUSIONES

Con respecto a Tomás de Aquino Arderíus

Se trata del escritor murciano más cercano a la tendencia realista-naturalista, pese al rechazo general de la narrativa española del momento. Destaca por temas tremenditas, bruscos y aspectos terruños. Estuvo cercano al espíritu combativo de Blasco Ibáñez y a las construcciones galdosianas del paisaje.

Su estética narrativa es fruto del realismo tradicional de la literatura española con tendencia hacia lo tremendista, incluso al esperpento. Mientras su hermano estuvo en contactos con los movimientos vanguardistas, Tomás de Aquino se mostró partidario de la tradición, la cual le llevó a contar una historia determinada, en un espacio y un tiempo concreto, siendo un narrador autodiegético, quien atiende a las descripciones y con destacadas pausas narrativas. Todo ello encerrado en una naturaleza de corte expresionista, donde, antes que su hermano, se adscribió a la denuncia social contra la precariedad y las injusticias morales y económicas de la sociedad de su entorno.

En cuanto a su incidencia en la religión, se centró más en el anticlericalismo naturalista, que en cuestiones vanguardistas. Es decir, mientras que Joaquín buscaba nuevas estéticas e ideas, principalmente de Nietzsche, Tomás de Aquino componía su narrativa en base a la estética de autores de la centuria anterior: Galdós, Clarín... Es por ello por lo que se hace evidente la existencia de una permanente tensión de índole religiosa en su producción, en la cual, por una lado, parece respetar los dogmas generales, sin atacar los aspectos teológicos o esenciales; mientras que por otro, siempre estuvo enfrentándose en sus textos a la Iglesia y a los temas relacionados con la religión,

a los que les imprimió un sello especial, denunciando sus injusticias y su manipulación social. Por todo ello cabe inscribirle dentro de los antecedentes de ese realismo social que más tarde imperó en nuestra literatura.

Para finalizar, he de destacar que este literato, en caso de haber continuado[59] escribiendo paralelamente a su carrera política, probablemente hubiese evolucionado hacia posturas más experimentales, cercanas al canon estético de su tiempo.

CON RESPECTO A JOAQUÍN ARDERÍUS

En un principio se centró en una estética nietzscheana, en especial a través de la teoría del superhombre, la crítica a la burguesía, los ataques a la religión, la voluntad y las pasiones, la glorificación del egoísmo y la anarquía intelectual. Además, estuvo vinculado al Romanticismo, a través del culto al yo y a determinados símbolos como la noche, la luna, los ambientes desolados, los paisajes, la exaltación y la exageración, así como a una fantasía mágica. Su narrativa está contagiada por Shopenhauer y Bergson, y en contacto con el psicoanálisis de Freud, mediante un mundo cercano a la destrucción. Todo ello en un grito de desesperación vinculado al expresionismo alemán. Destaca también en su producción un sarcasmo de irónica tragedia. Asimismo, su visión grotesca sobre la sociedad se halla próxima al esperpento.

En otro orden de cosas sus libros cuentan con una carga de inverosimilitud, incluso en su producción última, cuando estuvo más comprometido con la

[59]Respetando, por supuesto, el principio filosófico de que no existe la hipótesis histórica.

causa revolucionaria. Por otro lado, converge en su narrativa una fascinación por lo anormal con las inquietudes de su tiempo. Su pluma, entre la vanguardia y el expresionismo, se ciñe al simbolismo y lo moral, adentrándose paralelamente en lo onírico, tanto en imágenes como en la trama de sus escritos. A diferencia de su hermano no pretendió captar en sus argumentos el mundo de una manera real. Por último, sus obras finales no andan lejos de la búsqueda de un hombre nuevo, del «superhombre», para lograr una sociedad nueva, constituyendo un «leitmotiv» en su producción literaria.

FUENTES CONSULTADAS

ABELLÁN GARCÍA-GONZÁLEZ, José Luis: *El exilio español de 1939,* Tomo IV. Taurus. Madrid, 1976.

ARDERÍUS SÁNCHEZ-FORTÚN, Tomás: *La joroba de Juan Veintidiez.* Imp. Ruiz Noriega. Lorca, 1917.

CAMPOY GARCÍA, José María: *Alcaldes de Lorca desde las Cortes de Cádiz.* Gráficas Belkrom. Lorca, 1966.

CANSINOS ASSÈNS, Rafael: *La novela de un literato,* tomo III. Alianza Editorial. Madrid, 1995.

DÍEZ DE REVENGA TORRES, Francisco Javier y PACO DE MOYA, Mariano de: *Historia de la literatura murciana.* Universidad de Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio y Editora Regional de Murcia. Murcia, 1989.

DOMINGO, José: *La novela española del siglo XX. De la generación del 98 a la Guerra Civil.* Labor. Barcelona, 1973.

ESPÍN RAEL, Joaquín: *Anales de Lorca.* Ayuntamiento de Lorca y CAM. Lorca, 2004.

_____: *Una ciudad bajo el marxismo.* Obra inédita. Lorca, 1936-1939.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, *Demétrio: Diccionario de términos literarios.* Alianza Editorial. Madrid, 2008.

FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis: *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República.* Gredos. Madrid, 1982.

FERNÁNDEZ RUBIO, Juan Antonio: *Fuentes documentales del Partido Comunista en Lorca (1936-1977).* IU-Verdes. Lorca. «Obra próxima a ser publicada».

GARCÍA DE NORA, Eugenio: *La novela española contemporánea (1898-1967),* Tomo III. Grecia. Madrid, 1958-1970.

JIMÉNEZ MADRID, Ramón: *Narradores murcianos de antaño (1595-1936).* Universidad de Murcia, Academia Alfonso X el Sabio y Editora Regional de Murcia. Murcia, 1990.

MAINER, José Carlos: *La Edad de Plata (1902-1939).* Cátedra. Madrid, 1986.

MOLINA MARTÍNEZ, José Luis: *Narrativa de autor lorquino (1884-1991).* Caja de ahorros de Murcia. Murcia, 1992.

SHAW, Donald: *La Generación del 98.* Cátedra. Madrid, 1978.

TRAPIELLO, Andrés: *Las armas y las letras, literatura y Guerra Civil (1936-1939).* Editorial Planeta. Barcelona, 1994.

VV. AA.: *Gran enciclopedia de la Región de Murcia,* Tomo II. Ayalga ediciones. Murcia, 1991.

_____: *Historia de la Literatura española, Tomo II.* Cátedra. Madrid,

- DOCUMENTOS DE ARCHIVO:

AGRM-Causa general de Murcia.

AGRM-Expediente carcelario de Tomás de Aquino Arderíus Sánchez-Fortún.

AGRM-Fondos del Instituto Alfonso X el Sabio.

AML-Padrón municipal de 1887. Sección San Mateo.

AML-Padrón municipal de 1900. Sección San Mateo.

APSM-*Libro nº 29 de bautismos de la parroquia de San Mateo de Lorca.* Años 1881-1886.

APSM-*Libro nº 19 de defunciones de la parroquia de San Mateo de Lorca.* Años 1887-1893.

APSM-*Libro nº 26 de defunciones de la parroquia de San Mateo de Lorca.* Años 1935-1946.

APSM-*Libro nº 13 de matrimonios de la parroquia de San Mateo de Lorca.* Años 1875-1889.

- HEMEROGRAFÍA:

Crónica, 28 de junio de 1931.

El Faro, 7 de octubre de 2001.

El Faro, 14 de octubre de 2001.

Heraldo de Madrid, nº 12.704, 19 de octubre de 1926.

Nuestra Lucha, nº 39, 3 de octubre de 1936.

Nuevo Mundo, nº 1.709, 22 de octubre de 1926.

Ondas, nº 188, 19 de septiembre de 1929.

El Sol, nº 2.872, 19 de octubre de 1926.

La Tarde de Lorca, nº 6.080, 27 de mayo de 1931.

La Tarde de Lorca, nº 6.153, 26 de agosto de 1931.

La Tarde de Lorca, nº 7.394, 7 de enero de 1936.

Vecinos, nº 112, 27 de marzo de 1998.

La Verdad, 15 de julio de 1936.

NARRATIVA BREVE

La camarera de la Virgen

Tomás de Aquino Arderíus Sánchez-Fortún

Para *D. José M. Carrasco S.-Fortún*

I

El balcón tenía las hojas entreabiertas, los visillos y las persianas bajas.

Permanecía la estancia en una penumbra intensa, casi obscuridad, que contrarrestaba un tanto con el calor tropical de aquella tarde del mes de julio.

En el pavimento de la losa bermeja, bruñido como una plancha de acero, reflejábanse confusamente los muebles quintañones, igual que se miran los árboles centenarios en los lagos sombríos.

De una de las toquillas verdes del alto techo, péndula de rígido alambre, columpiábase una canariera esparciendo, cual incensario el humo aromático, los trinos penetrantes y dialogados de los inquietos pájaros que albergaba.

Sobre el papel atirelado de las paredes, en marcos de cañas doradas, campeaban unas estampas de santos tétricos con mitras, con cerquillos y hopas.

Entre dos puertas de cristales, estaban colocadas las piezas más respetables del estrado: un sofá como un lecho y dos poltronas, tapizados los tres muebles de rojo damasco y cuya data se perdía en los albores del reinado de Fernando VII.

Charlaban en aquella habitación legendaria, dos damas que contaría cada una de ellas más de la mitad de los años que los muebles, si no eran engañosas las apariencias.

La dueña de la casa, doña Elvira García de Piñero, ocupaba un extremo del sofá. Esta señora era un tipo muy extraño: Ni obesa ni flaca; no porque su configuración fuese regular, formada por miembros proporcionados y llenos, bordeando los límites de la gordura, sino por todo lo contrario. Doña Elvira era ventrona, tenía sotabarba abultada, orlando la parte inferior de su faz, y enseñaba unas muñecas recias, armonizando con los tobillos no ocultos del todo por la falda de linón negro y por los zapatos de paño, también del mismo luctuoso color. Pero su rostro, de mandíbulas desarrolladas, iba adelgazando con el cráneo, vestido de escaso cabello blanco, hasta rematar en punta, pues no otra cosa resultaba el moño o rodete postizo, de pelo castaño, que guarnecía su coronilla. Un verdadero cono parecía aquella cabeza.

Lo demás del cuerpo, ofrecía, así mismo, mucha semejanza con la expresada figura geométrica, más o menos truncada: la cintura enorme, los hombros estrechísimos y el tórax completamente liso, sin rastro alguno de pecheras.

Los ojos de doña Elvira, minúsculos, mortecinos, de amarillentas escleróticas y grises iris, parecían la superficie de unos charcos de agua turbia, fangosa, en la que no se refleja el sol, eran tan inexpresivos como su boca, cuyo labio superior, velloso, plegado en perpendiculares arrugas, casi ocultaba la lista roja de su borde, bajo la helgada encía. Lo contrario ocurría al labio inferior, que colgaba inerte, como una piltrafa, apetecida por la corva nariz, más bien ávido pico de águila gallinera.

Todo lo cual, con las cejas unidas y oblicuas y la morena tez del rostro avellanado, presentaba a doña

Elvira con las apariencias de un ídolo grotesco.

El indumento y adornos colgados del deforme cuerpo de doña Elvira, contribuían también a que esta señora, no solamente en la penumbra en que a la sazón se hallaba la estancia, sino en plena luz, pareciera un fetiche fabricado a navaja, en una tortuosa rama de encina.

Grandes arracadas de oro, con gruesos topacios, pendían de sus desprendidas orejas.

El vestido concluía a mitad de los antebrazos en anchas bocamangas orladas de puntillas negras, y con lo mismo se adornaba el cuello, muy descotado y prendido con un alfiler de idéntico estilo y preciosidad que las arracadas y la pulsera que oprimía la muñeca izquierda de doña Elvira. Tres joyas que formaban uno de esos aderezos familiares que antes constituían el supremo lujo de las damas puebleñas y que hoy son el adorno genuino de muchas vírgenes de altar.

Sin ser de altar —aunque parecía serlo de andas o de palanquín— doña Elvira era virgen; virgen incorrupta, no solamente celibatona, que son cosas distintas. Doña Elvira no conoció varón alguno, ni aun de concepto; hasta en sus tiempos juveniles rehusó la parla de los hombres, aunque fuese inocente.

No así su visita de aquella tarde, doña Nicolasa Fernández.

II

Dicha doña Nicolasa, casada con don Diego Espeleta, antiguo militar de la clase de tropa, era una verdadera poliandra. Habituóse incontinentemente al trato de los hombres, durante las ausencias bélicas de su marido, mientras don Diego defendía la libertad

en la guerra del Norte y derramaba su sangre, por retener nuestro imperio colonial, en la trágica isla de Cuba.

Luego, cuando el señor Espeleta pidió el retiro con el grado de capitán y se recluyó para toda la vida en el pueblo de su nacimiento, doña Nicolasa no modificó sus costumbres relajadas, ignorándose si con el beneplácito o con la resignación de su marido. Es lo cierto que los gachos bigotes y la calidad de hombre armado del capitán, no arredraron a doña Nicolasa, robusta y frescachona hembra, sino que a la señora parecía que daba garantías para pecar, la presencia de su legítimo compañero de tálamo.

Don Diego, por ser un filósofo convencido o por efecto de su mansedumbre religiosa —baste decir que la a sazón era un conspicuo de la Adoración nocturna— vivía en completa paz, al lado de su esposa. Y no es que la gozadora se proporcionase los placeres con gran sigilo y moderación, pues al ser así, nada hubiese tenido de extraño la tranquilidad del marido; ponía en práctica para el logro de sus fines libidinosos, todos ardides imaginables, y además era su prurito entendérsela con muchos buenos mozos. Por cierto que en sus tiempos floridos, a poquísimos de los que echaba la pupila, llegó a desear por largo plazo. Cuando la prudencia era un obstáculo para la consecución de sus insaciables ambiciones, decía como Mahoma: «Si la montaña no viene a mí, iré yo a la montaña». Y ella iba sin escrúpulo alguno. Por tanto, lo único que podía creerse, según las apariencias, respecto a Espeleta, es que éste era un bienaventurado, un manso cordero del Señor.

Y por suerte de doña Nicolasa, igual que el marido no tenía en consideración sus procederes, la sociedad también disculpaba las flaquezas de la señora.

El escándalo que pudiera ocasionar a sus convecinos tal sensualismo, era mitigado y hasta puede decirse que sofocado en absoluto, por su ejemplaridad religiosa. La capitana era una católica sin par. Lo fue desde su niñez. No faltaba ni una mañana a misa de ocho; iba a confesar y hacía la comunión todos los domingos y fiestas de precepto.

Por esa razón, a pesar de sus faltas, tenía acceso franco a la casa de doña Elvira García de Piñero, como a todas las mansiones principales y linajuadas de aquel pueblo. Era una mujer muy cristiana, perteneciente a cofradías y asociaciones santas; su competencia en santoral y ceremonias, no podía igualarse. Ayudaba a los Sacerdotes en mil faenas eclesiásticas. ¿Sus pecados femeniles? Debilidades humanas. «¿Quién está libre de ellas?» —decían muchas señoras y clérigos. «La cuestión es que cumple con la Iglesia», aseguraban otras veces.

Y esa inclinación a la Iglesia y el amor que la Iglesia le profesaba, fueron por cierto para doña Nicolasa, el principal consuelo de su existencia cuando su juventud, algo prolongada, comenzó a morir lentamente como las tardes del verano.

Entonces, con la huída de los seglares, puso su vista en la recatada clerecía. Ya, antes, cuando estaba en edad de elegir, también tuvo sus más y sus menos con predicadores forasteros e indígenas, que merecían la pena. Pero eso era en los tiempos en que decía, con razón, para sus adentros: «Lo mejor, me lo como yo».

En la decadencia, coqueteó con coadjutores y simples presbíteros de misa y olla, con los soldados rasos del clero, hombres de pocas exigencias estéticas, a quienes seducía la fama de persona muy atendida

por la buena gente y el pasado esplendor de doña Nicolasa. Siempre atrae lo histórico y lo que se llama de buen tono, y más a las personas que no saben apreciar bien lo uno y se encuentran muy distantes de lo otro.

En esa época crepuscular, excusado es decir que doña Nicolasa comenzó a hacer, en absoluto, vida de Iglesia, y especialmente de sacristía. Existencia proseguida hasta su vejez y en la que, naturalmente, persistía, saboreándola como una panacea milagrosa, aunque a la sazón compartiendo sus goces, con delicados oficios terceriles, entre personas dignas.

¡Ah, doña Nicolasa! Los años no le apagaron el fuego de la combusta hoguera de su ser. Pero, claro, a medida que le era más difícil saciar los ardores de su naturaleza, sus aspiraciones iban descendiendo con la degeneración del linaje de aquellos que se hallaban dispuestos a satisfacerla.

Al presente, constituía la señora de Espeleta, un serio peligro para la inocencia y debida compostura, de los monacillos y acólitos intensos.

Verdaderamente, ya no estaba doña Nicolasa para ciertas cosas. Su figura, servía de obstáculo a la satisfacción de sus ansias, aunque la adolescencia se ciega con la carne, por más que ésta sea flácida a fuerza de las maceraciones de los años. Con mucha cordura hubiese obrado resignándose a quedar reducida a discreta intermediaria. ¿Pero tenía ella dominio para calmar su sed por sí sola?

Estaba muy deforme la señora de Espeleta. Bien podía verse así aquella tarde, cuando permanecía junto a doña Elvira, con su humanidad aprisionada entre los brazos y el respaldo de una de las poltronas

de damasco rojo. Al observarla, no podía dudarse, cual acontecía con doña Elvira, de si era obesa o flaca. Todo en ella, era para decir al verla: Es gorda.

Pero la gordura de la beata, era de lo más antiestético que puede encontrarse en figura femenil, con existir de ese sexo y a ciertas edades, ejemplares verdaderamente admirables por lo grotescos.

La faz de doña Nicolasa era redonda y blanca, de una blancura monjil, realzada por el bermellón de sus gruesos labios, por el viso rosado de la nariz chata, aunque carnosa, y por la negrura de los ojos pequeños, inquietos y brillantes, reveladores de perpetua juventud interna, siempre concupiscente.

Hombros anchos, molludos; senos cabríos, flácidos, colganderos, descansando sobre el vientre opulento, y espalda muy cheposa, semejante a un túrgido pecho invertido, completaban el busto de doña Nicolasa y de él partían, cual dos muslos de niña precoz, sus brazos cortos rematados en unas manos casi redondas.

La parte inferior de aquel cuerpo, era digna de la que ya queda descrita; en ella dominaba la panza que, cubierta con la falda negra y destacándose del damasco carmesí, parecía un túmulo real, alzado sobre emblemática base de púrpura.

Unos rizos de pelo amarillento que, a simple vista, denotaban ser obra de no muy refinada peluquería casera, caíanle sobre la frente.

Negro y tupido manto, cobijaba la testa de la señora de Espeleta. Capa de oveja vestida por el lobo. ¡Y qué ovejita era la tal doña Nicolasa Fernández!

Allí estaba entreteniendo a doña Elvira con sus balidos que a cosas y asuntos de la Iglesia se referían.

«Don Calixto ha hecho muy bien. ¿No te parece a ti lo mismo, Elvirita?»

Doña Elvira agitó su abanico sin proferir palabra, sin alterar su gesto impasible de ídolo.

Doña Nicolasa, conocedora de la muda elocuencia de la niña de Piñero, prosiguió reforzando sus palabras anteriores:

«Porque es lo que yo digo: A las imágenes las hace el esplendor con que se presentan. La Virgen del Carmen con su traje viejo, con ese escapulario que se ha puesto ya pajizo y el manto arrugado como un guiñapo, no puede inspirar devoción a nadie. ¿No te parece a ti lo mismo, Elvirita?»

Doña Elvira replicó en igual forma que antes; con lentos aleteos de su pericón.

«Pero tú no sabes lo que ha habido que hacer para echar a esa... Hay cosas que indignan, Elvirita. Hay cosas que, verdaderamente, no sé cómo pueden pasar, tratándose de la Virgen Santísima. La Virgen es de todos y la debe cuidar el que más tenga. ¿No te parece a ti lo mismo, Elvirita? Y si no ahí está don Calixto que es incapaz de hacer una cosa mal hecha».
—Don Calixto; don Calixto ¡qué buena persona! ¡Qué santo hombre! observó por fin doña Elvira, con voz reposada, de timbre varonil, haciendo pausas, como si quisiera contar las palabras que iba pronunciando a la vez que agitaba su abanico y movía acompasadamente la cabeza.

—Bueno, pues ya ves tú: don Calixto lo ha hecho todo; nada más que don Calixto. Y aún hay gente que critica, Elvira...

III

Alguien que andaba con pesado y rítmico paso, aproximóse a la estancia.

Doña Nicolasa suspendió su charla para observar. Después de un instante de silencio acechador, dijo:

«Aquí tenemos a don Adrián».

Y don Adrián Moldononado, traspasó los umbrales, con el sombrero de teja en la diestra, sujetando con la mano izquierda el manteo terciado, y ofreciendo su cuerpo de gansasón, torcido hacia delante.

Sotanas y manteo de alpaca, de corte deplorable, vestía don Adrián.

«En esta sombrica se puede vivir. No habrá que preguntarlo: Está usted bien; desde esta mañana, está usted bien; no hay que preguntarlo, mi señora doña Elvira, y por mucho tiempo en la compañía del Señor», dijo el sacerdote dejando el sombrero y el manteo sobre una silla que había junto a la puerta.

Seguidamente sacó de las reconditeces de su profunda faltriquera, un burdo pañuelo repulgado y secóse con él la frente, la coronilla y el cogote que manaban sudor copioso. Luego lo introdujo entre la almidonada y no impoluta tirilla y el mojado cuello, exhaló un suspiro y se dirigió casi tanteándose con los pies, pues su vista no dominaba en aquella penumbra, a la poltrona que hacía pareja con la ocupada por la Espeleta. Allí se desplomó con voluptuosidad el eclesiástico.

—¡Vaya, vaya, vaya! Qué bien se está aquí. Esto es el limbo. Que sí, que sí, que sí —dio el Presbítero arrellanándose en su asiento. Después se llevó las manos a los ojos, para restregarlos con fuerza y miró

con cierto pánico a doña Nicolasa a la vez que decía:

—¡Ah! ¿Está usted aquí, mi respetable señora?

—Aquí me tiene usted ¡Ay, don Adrián! Esto es la gloria. Esto no es el limbo. Esto es el Paraíso Terrenal. Tan a gusto como se está aquí. Y con la presencia de usted, ha venido lo que nos faltaba —manifestó doña Nicolasa, estremeciéndose nerviosamente en la butaca y mirando al clérigo con languidez de amor.

El sacerdote enfocó sus ojos al suelo, fingiendo no notar los sentimientos y manifestaciones de que era objeto. Aplicóse el moquero a su nariz abatatada y se sonó con estrépito, más tiempo del que regularmente es necesario para extraer las mucosidades nasales.

Como si el plegado del pañuelo fuese obra que requiriera gran cuidado y fija atención, doblólo don Adrián sobre sus rodillas, muy lenta y esmeradamente, con la vista puesta en la obra que realizaba. Después, sin mirar a doña Nicolasa y dirigiéndose a doña Elvira que continuaba impasible como un inanimado Buda de madera, dijo el sacerdote:

—Esta tarde verá usted, doña Elvira, el manto nuevo de la Virgen. Ayer estuve en la Iglesia mientras la vistieron ¡Qué bordados!

—De eso le hablaba yo a Elvirita, cuando usted llegó —observó doña Nicolasa, apagando algo la llama de sus ojos.

—¡Qué discusiones! ¡Qué polvareda! ¡Cuántos disgustos! Que sí, que sí, que sí. ¡Qué tira afloja se ha necesitado para conseguir el cambio de camarera! A don Calixto, a don Calixto se le debe todo. ¡Qué energía de hombre para defender los intereses y aumentar el brillo de nuestra santa religión!

—¡Ah! Es que a mucha gente, la ciega el orgullo y la vanidad. Queremos estar siempre en candelero, sin hacernos cargo de las circunstancias —opinó insinuadamente la señora de Espeleta.

—Todo sea por Dios. Debemos condescendencia a nuestro semejantes —aconsejó don Adrián.

—¡Ay! Demasiado se perdona suspiró transigente la señora de Espeleta.

—Lo que ocurría a la pobre doña Asunción Velasco, podemos llamarlo casi natural. Toda su vida siendo camarera de la Santísima Virgen del Carmen... ¡Toma! Desde que murió su madre, doña Concha, hace cincuenta años. Porque, mucho tiempo, pero mucho, vienen siendo camareras del Carmen las señoras de la familia de doña Asunción.

—Es verdad; es verdad —afirmó solemnemente doña Elvira, quebrantando otra vez su silencio de efigie.

—Sí, sí. Antes muy bien que fuese ella porque asistía a la imagen con el lujo que corresponde a nuestra santa religión; pero hoy está hecha una pobretona. Gracias que para comer... ¡Quizá le quiten la casa cualquier día! —declaró doña Nicolasa.

—Eso dice don Calixto. A la Virgen deben vestirla, según las circunstancias, unas veces unos y otras veces otros —discurrió el sacerdote.

—Para el culto hace falta dinero. Acuérdese usted el año pasado qué funciones tan pobres y qué procesión; mientras este año...

—Que sí, que sí, que sí, mi querida doña Nicolasa. ¡Qué funciones! ¿Se ha fijado usted qué funciones? Demos gracias a Dios que este año ha dado para todos...

IV

Una marcha de procesión, lenta, se oyó en la estancia; acordes distantes que llegaban atenuados por la lejanía y por los obstáculos, como un himno misterioso de arcaico y melancólico sonar.

—¿Oye usted, doña Elvira? Ya sale la procesión del templo— observó el presbítero, oído alerta.

—No lo puedo remediar. Derramo lágrimas. La religión es mi consuelo —suspiró doña Nicolasa, muy emocionada, llevándose el pañuelo a los ojos.

Doña Elvira y don Adrián, también quedaron abstraídos, al arrullo de aquellas notas místicas que acariciaban sus oídos, hasta que una voz varonil y joven los despertó a la realidad, con estas palabras:

«¿Quién hay por aquí? No se ven las paredes. ¿Voy bien o llevo camino de estrellarme contra una mesa?»

Y el que esto decía, avanzando a tientas por el umbrío salón, era un joven alto, fornido que podía tener unos treinta años.

«Pero si ya está cayendo la tarde ¿para qué esta oscuridad?», preguntó alegremente el recién llegado».

Don Adrián incorporóse con mucho respeto al verle, y se fue a su encuentro diciendo:

—Tenga usted cuidado, don Antonio, no vaya usted a tropezar. Se comprende que no ve usted nada en la sala. Igual me pasó a mí. Que sí, que sí, que sí. Naturalmente, viene uno de esa chillona luz de la calle... Verá usted; en seguida se le acostumbrarán los ojos a la obscuridad.

—¿Es don Adrián quien me habla?

—Sí señor, el mismo.

—No se moleste usted, que ya voy viendo. Que sí, que sí, que sí —dijo el llamado don Antonio, acompañando sus palabras con grandes carcajadas, al remedar el estribillo característico del sacerdote.

—Siempre igual. Este hombre no cambia, doña Elvira —dijo indulgente don Adrián a la impasible dueña de la casa.

—¿Hay algo nuevo, tía Elvirita? ¿Qué ha ocurrido por aquí durante mi viaje? Nada, nada. ¿Verdad? Más vale así. Esta tarde estaréis de enhorabuena; procesión, y procesión solemne. Gran día para ustedes los curas, don Adrián ¿Y cómo no está usted ya, a estas horas, con roquete, por esas calles?

Ya sabe usted que tengo que venir por la tarde a saludar a doña Elvira.

—Sí, sí. Es verdad. Ya le conozco a usted, gran padre. Doña Elvira es una incomparable hija espiritual —afirmó en tono alegre don Antonio, tirando familiarmente de una de las atezadas orejas del clérigo.

Doña Elvira, santiguóse, escandalizada, pero sin alterar su semblante, sin decir palabra, a vista de la irreverencia de su sobrino. Este abrazó a su tía, gozándose de la actitud de la señora.

Luego tendió la diestra a doña Nicolasa, y la beata la estrechó lamentando no ser ya bella, para poner los tantos al joven, con seguro éxito. Sin embargo, no pudo contenerse, y poniendo muy melosa la mirada, dijo a don Antonio:

—La verdad es que se volverán por usted locas las mujeres. ¡Ay! ¡La juventud! No sabe usted, Antonio, lo que es la juventud. Ruegue usted a Dios para que se la conserve mucho tiempo.

—Como a usted que no la pierde nunca. Está usted igual que hace veinte años. ¿Verdad que sí, don Adrián preguntó el joven, sabiendo el efecto que sus palabras habían de producir en el clérigo.

Don Adrián, poniéndose como una guinda, contestó:

—No sé, don Antonio. No obstante, doña Nicolasa, tiene ya hartos años, para considerarse joven. Me parece a mí.

—No tantos, don Adrián, no tantos —replicó ofendida doña Nicolasa. —Por más que da lo mismo tener pocos o muchos. La cuestión es disfrutar de la gracia divina... y yo...

Doña Elvira, sin hacer manifestación alguna, a intervalos regulares, se aireaba con su pericón.

—¿Y desde cuándo le tenemos a usted por aquí? —preguntó el sacerdote queriendo cambiar de materia.

—Desde esta mañana —contestó don Antonio

—Ya se acerca la procesión, si le parece a la señora, saldremos a verla dijo a doña Elvira, don Adrián, queriendo animar a los concurrentes para que saliesen al balcón.

V

La música se oía en la casa de doña Elvira, con mucha más intensidad que antes, pero igualmente lenta, ceremoniosa y litúrgica.

Don Antonio adelantóse y abrió de par en par las maderas del balcón que daba a la calle. Luego levantó la persiana y después de mirar al espacio, dirigióse a doña Elvira:

«Creo que entra por la calle. Los balcones están atestados de gente y en las baldosas no cabe un alfiler».

Doña Elvira miró con impaciencia a la puerta de la escalera, anhelando algo.

Como si obedecieran a las ansiosas miradas de la señora, acudieron a la estancia dos criados con unas telas dobladas en las manos; las colgaduras que reclamaba doña Elvira, y con presteza cubrieron con una de ellas, la baranda del balcón de aquel aposento, para después hacer lo propio en todos los huecos exteriores de la casa.

«¿Nos asomamos ya?» —preguntó la Espeleta a doña Elvira.

La dueña de la casa, contestó levantándose.

Imitáronla el sacerdote y doña Nicolasa y los tres se dirigieron al balcón.

Doña Elvira avanzó con el cuello erguido, abanicándose y arrastrando su falda amplísima; falda que reclamaba un miriñaque.

La siguió doña Nicolasa, ofreciendo el contorno grotesco de su decadente figura. De pie era la señora de Espeleta, digna de estudio; la chepa de su espalda era más abultada que el pecho, y el vientre más voluminoso que el trasero, pues éste apenas se dejaba notar bajo los pliegues de la falda. Y como doña Nicolasa llevaba en la cabeza un velo negro, cayéndole por detrás, sobre los hombros, y las protuberancias, todas las protuberancias de su cuerpo, parecían invertidas, semejaba la buena señora una tapada que, por capricho, anduviese de espaldas, hacia atrás, expuesta a tropezar con las paredes y los muebles.

Al verla de esa forma, sonrió don Antonio, recordando, que por esa extraña disposición de sus miembros, en el pueblo llamaban a doña Nicolasa, la mujer al revés.

A la zaga de ésta, marchó don Adrián, también muy despacio cabeceando como un jamelgo de carromato.

«Ya asoma el guión» observó don Antonio mirando a uno de los extremos de la calle. «¿Qué ocurre para que la casa de doña Asunción no tenga colgaduras, cuando va a pasar la procesión de su Virgen?», preguntó inmediatamente el joven, indicando con los ojos un vetusto y destartalado palaciote situado en la acera opuesta.

—El orgullo que cierra las casas como cierra los sentidos —apresuróse a contestar doña Nicolasa.

Abrió don Antonio los ojos con expresión de asombro, e hizo una mueca de extrañeza, que revelaba lo incongruentes que le parecían aquellas palabras, refiriéndose a doña Asunción, señora modestísima.

—Es que doña Asunción Velasco no es ya la camarera de la Virgen —exclamó el presbítero.

—¡Cómo! ¿No es ya camarera del Carmen...? preguntó extrañado don Antonio.

—Este año no afirmó don Adrián, mirando a doña Nicolasa.

—¿Y quién la sustituye? —interrogó nuevamente el joven.

A las miradas de don Antonio, don Adrián comenzó a relatar el proceso que se había seguido para lograr el cambio a que se estaban refiriendo.

Mientras escuchaba, don Antonio retorcíase con ambas manos las guías de su bigote rubio, y sus ojos azules fijábanse con vaga mirada en diferentes puntos de la calle, por la que pasaba, con su andar de ceremonia, la procesión del día.

Todos los balcones estaban adornados con paños de colores, azules, amarillos, verdes, blancos y morados y rojos, tras los cuales agitábanse endomingadas figuras de hombres y mujeres, empuñando sombrillas abiertas, también polícromas y pintorescas, para preservar sus rostros de los rayos del sol declinante, que se tendían cruzándose de un lado a otro de la calle, como un tolde de luz.

VI

En las baldosas, los servidores de las casas del tránsito ocupaban filas de sillas que habían colocado a hilo de los muros.

Los espectadores circulantes, que no tenían más sitios para ver la comitiva que las bocacalles, estrujabánse ante los caballos que abrían la marcha. Estos iban montados por carabineros que horas antes regresaron del campo, después de pasar la noche, persiguiendo contrabandistas.

A los gallardos animales del despejo, seguía el guión; guión de blanco tisú de oro, empuñado por un anciano de cabeza rapada y gris, vestido de negro.

Luego iba un confaloniero, enarbolando un estandarte, entre dos portafaroles que sostenían sus correspondientes varas en la entrepierna y mirando los globos de luz, con fijeza de malabarista que realiza un juego de equilibrio.

La tarde iba quedando abandonada del sol. El cielo estaba azul y las golondrinas agitábanse en el espacio,

en densas bandadas, parecidas a puñados de aleluyas negras, cayendo de lo alto.

La procesión se detenía a cada veinte pasos. El cruceiro d'Sul, de Portingnan, solemniza su lento andar.

Dos filas de devotos, niños de las escuelas, huertanos con traza de legos y ancianos del asilo, formaban el primer tramo de relleno que concluía en unas andas sencillas, sobre cuyo trono vibraba una imagen de Santa Teresa de Jesús, la Carmelita Reformadora. La «Virgen de Ávila», seductora aun en sus representaciones iconográficas más ínfimas, por el influjo novelesco de la poesía y del misticismo pasional que caracterizan su existencia y hacen imperecedera su memoria, ofrecíase con su birrete de Doctora, la paloma del Espíritu Santo al oído y un libro en la mano, que indudablemente aludía al «Camino de perfección» que trazó la Santa gentil para hacerse inmortal.

A continuación formaban otras dos ringleras paralelas de devotos más aristocráticos, y por último presentóse en la calle la excelsa Señora de Carmelo, en su trono ostentoso, flanqueado con lucientes juegos de bombas cristalinas.

Un estremecimiento de devota expectación, notóse en el gentío que ocupaba los balcones y las baldosas.

Llevaba la Virgen el manto que había costeado su nueva camarera, Remedios Téllez, y a presencia de esta novedad, el público prorrumpió en comentarios.

Por en medio del murmullo callejero, la Virgen avanzaba impasible, en hombros de ocho artesanos que torcían sus cabezas hacia afuera, como mulos de yunta.

Arremolinábanse las señoras en los balcones y de esto llovían sobre la imagen, pétalos de rosas, suspiros, oraciones y lágrimas.

Pero en la vivienda de Remedios Téllez, se hicieron alardosos extremos de devoción. De sus balcones, no se lanzaban pétalos, arrojábanse cestas de flores y gritos de entusiasmo. Una veintena de hembras, bien ataviadas, muchas de ellas hermosas y frescas como las flores que caían de sus manos, ayudaba a la dueña de la casa a realizar su obra de lujo piadoso.

Los conductores de la imagen afianzaron los banzos de las andas en sus horquillas, e hicieron alto para que la Camarera y sus visitas colmaran de flores el dorado trono.

En el balcón de doña Elvira, el joven miraba al Párroco don Calixto que también iba en la procesión, detrás de la Virgen, ante el palio, luciendo una fastuosa capa pluvial, sobre sus hombros de sacerdote esbelto, ocupando puesto preferente entre los dos diáconos y envuelto en el aromático humo que unos monaguillos despedían de sus incensarios oscilantes.

Permanecía don Calixto sonriente, mirando a Remedios, a través de los diáfanos y gruesos cristales de sus áureas gafas.

«Ha sido providencial el nombramiento de Remedios», exclamó doña Nicolasa, en un arranque de entusiasmo, a la vez que saludaba con su más amable sonrisa a la de Téllez, que en aquel instante, después de cambiar insinuantes miradas con el Párroco y luego de haber arrojado un diluvio de flores sobre la imagen, miraba hacia el balcón de doña Elvira.

También saludó la de Espeleta, con una mueca cariñosa, al seductor don Calixto, que la miró a ella,

siguiendo el rumbo de los ojos de su predilecta feligresa Remedios.

VII

A la orden de un criado de la camarera, que formaba en la procesión cuidando de la efigie, los horquilleros, considerándose avisados, dieron simultáneamente, cada uno de ellos, un golpe en el banzo que había de cargarse sobre el hombro. Las andas reanudaron el avance procesional, con la Virgen, temblorosa en su plataforma, descollando entre racimos de tulipas que hacían sonoras los radiosos prismas de cristal transparente.

Los músicos, marcando el paso, se cernían inconscientemente, con las gorras a la espalda, pendiendo de los barbiquejos colgados sobre las movibles gargantas. A fuerza de pulmón, con las caras enrojecidas y los ojos inyectados, sacaban de sus pitos notas cadenciosas y solemnes

Sobre las techumbres de las casas, el cielo iba tornándose violado, al paso del crepúsculo que andaba tan lentamente como la procesión.

Doña Elvira seguía con la vista la divina Virgen del Carmen, sin reflejar en su semblante emoción ni sentimiento alguno, aunque sus labios se movían en convulsiones de oración.

Doña Nicolasa gemía, poniendo los ojos en blanco, al ver que se marchaba de su lado la madre de Dios.

Don Adrián proseguía, cerca del joven, insistiendo en el relato del entonces frecuentado tema de la Camarera de la Virgen. El presbítero hacíase lenguas repitiendo por décima vez los argumentos que ya había aducido para justificar el cambio.

¡Todo por el prestigio de la religión!

«Habrá sido necesario arrancar de su camarería a doña Asunción, como se arrancan las lapas de las piedras», manifestó el joven distraído en mirar al balcón de enfrente.

—No había nadie que lo consiguiese; se obstinaba en que aquello le venía de herencia... ¡Pobrecilla! —lamentó don Adrián.

—Ya ve usted, de herencia una cosa de Dios... Cuando perdemos el sentido de la realidad... —intervino diciendo doña Nicolasa.

—Que sí, que sí, que sí. Al principio era yo partidario de Asunción, pero me convenció don Calixto de que debía de hacer lo contrario. Me daba lástima de la pobre, créalo usted, don Antonio, me daba lástima de la pobre...

—Era una obstinación insoportable —dijo doña Nicolasa, interrumpiendo al sacerdote, para intervenir otra vez en el coloquio.

VIII

Don Antonio comenzó a prestar más atención a esa parte de la epopeya mística de la señora de Velasco. Notó que no le narraban un vulgar chisme de sacristía, sino escenas intensas de una tragedia espiritual en la que se sometía al sacrificio, con desprecio, a un alma pura, como se tiran los huesos inservibles de una bestia, cuando se les ha despojado de la carne que nutre.

«Le digo a usted que se iba poniendo antipática», insistió doña Nicolasa, enardeciéndose con los recuerdos.

—¿Cómo se ha prestado Remedios?... —dijo don

Antonio, siguiendo mentalmente sus juicios, sin atender a las palabras de doña Nicolasa. Pero recordando las miradas que, un momento antes, había visto cruzar entre sí a la de Téllez, y al Párroco. Exclamó: —Yo lo comprendo todo.

La de Espeleta, aunque notó que el joven había penetrado en la oculta entraña del asunto, no aparentó darse por enterada de ello y fiel a su propósito y no desmintiendo que era mediadora discreta, sabedora que el exceso del celo es, en muchos casos, el arma que más daño puede producir a una causa que se quiere defender, y lo que más descubre un delito que se trata de ocultar, continuó hablando del asunto, en el tono que lo había hecho hasta entonces. No obstante acentuó la rudeza de sus razonamientos al referirse a doña Asunción y, aludiendo a lo que ella consideraba sensiblería de la pobre, señora, marcó un gesto de desprecio, tan insolente, que hizo decir al propio don Adrián, compadecido de la víctima:

—Hemos de ser tolerantes... Aunque estaba muy terca y muy obstinada...

—Y tan terca. Allí de rodillas delante de la Virgen, desde por la mañana a la noche. Hasta que la echaba el Sacristán a la calle para cerrar la iglesia. Repugnaba verla... —observó la católica doña Nicolasa.

—¡Todo sea por Dios! Que sí, que sí, que sí. Nada, nada, nada, a don Calixto se le debe todo, a don Calixto se le debe todo. Hay que obrar con violencia en algunos casos; a don Calixto, a don Calixto se le debe todo. No le parece a usted, don Antonio —afirmó don Adrián entre dolorido y triunfante, queriendo hacer notar a don Antonio, con una sola frase, todo el valimiento de aquel sacerdote omnipotente.

—Sí, sí; convencido. Remedios, apoyada por don Calixto, ha derrotado a doña Asunción, que lo esperaba todo el milagro. Don Calixto que ha triunfado de la Virgen del Carmen. ¿No es esto? —replicó don Antonio.

Doña Elvira se santiguó otra vez, al escuchar las palabras de su sobrino. Doña Nicolasa hizo un gesto de horror, don Adrián llevóse las manos a la frente y movió la cabeza como diciendo que no daba la blasfemia de don Antonio el enlace que podría concedérsele.

En aquel momento, la Virgen pasó por delante de la casa de doña Asunción sin detenerse, como si allí viviera una desconocida.

Uno de los balcones de la vieja morada, ofrecíase entreabierto, enseñando una lista de sombra; nada animado notábase en aquella obscuridad que parecía la helada negrura de un sepulcro. Pero don Antonio percibió estremecerse la escuálida silueta de doña Asunción, con la angustia trágica y secreta del enterrado aún vivo, agitándose en la abandonada soledad de una tumba[60].

[60] *La joroba de Juan Veintidiez* (1917), págs. 77-108.

EN CABEZA AJENA

Tomás de Aquino Arderíus Sánchez-Fortún
Para *D. Evaristo Romero*

I

Salvadora, con unas raíces de caña, atizó la lumbre del hornillo mugriento en que descansaba una cazuela de lamidos bordes.

El combustible no produjo llama y la boca del hornillo despidió una humareda parduzca y densa.

Luego, aplicando el morro a guisa de fuello, sopló fuertemente, con la diestra sobre las cejas para preservar del humo sus entornados ojos.

Tales esfuerzos pulmonares sólo sirvieron para cargar más la zorrera. Un nubarrón, como los que anuncian en el estío exhalaciones y granizo, abrumó la estancia, envolviéndolo todo con su gasa barcina.

La defraudada hembra se levantó iracunda de la silla baja de enea y, restregándose los párpados con su burdo delantal atirelado, salió a la puerta.

En la placeta revolcábase un travieso rapaz, descalzo y churretoso.

—¡Le *paece* a *usté* el granuja, tan *descansao!*

¿Ha cogío mucha *guierba?* ¡Si no se te *pué* quitar el ojo de encima! ¡Ladrón!; ¡que no sirves más que *pa enritarme!* ¡Y la china sin *ná!; ¡miala* como gruñe!

Al concluir esas exclamaciones, la desaforada Salvadora, con los dedos encorvados como garras ávidas, arrojóse sobre su hijo, sañosamente, para descargarle, igual que un arriero en su asno, su inculta cólera de mujer desheredada y agresiva.

Pero el muchacho no se dio a partido. Al ser razonado por la mano materna, hurtó rápidamente el cuerpo, tomando soleta por en medio de los bancales.

Salvadora consideró inútil perseguirlo y, parándose en jarras, siguióle con la vista, sintiendo en todo su cuerpo comezón de estrujarle.

Al considerarse en terreno seguro, se detuvo el zagalillo, acuclillándose en un caballón para observar los movimientos de su madre.

Esta, dejando su postura de orza, hirmóse en el retorcido tronco de la parra que cobijaba la placeta con sus pámpanos y sus hojas verdes. En su nueva postura, suavizósele un tanto el avejentado y sucio rostro; cambio fingido para confiar a su desmandado retoño.

Murmuraba la hembra: «Vaya una herencia que me dejó tu padre... ¡Granuja!; ¡qué vas a ser mi cordel!»

La aparente bondad de Salvadora no tranquilizó al chico que saltó como un chotacabras, a otro ribazo más lejano.

El desarrapado muchacho tendría cinco años, no cumplidos.

Su faz mofletuda y su greña hirsuta, que le tapaba la frente hasta un centímetro más arriba de las cejas, cual una peluda gorra de esquimal, ofrecían un caso terminante de tozudez y rusticidad.

Otra vez adoptó el muchacho su abandonada postura de hombre primitivo, siempre en acecho del enemigo amenazante.

Entonces la madre comenzó a llamarle con estas

agudas y penetrantes voces: «¡Juanico! ¡Juanicoooo!» Y aquella reclamación ancestral corrió la llanura con vibraciones de atavismo, poniendo alerta a toda la pillería huertana que circulaba por las acequias y las veredas, apacentando cerdos y recogiendo estiércol.

«Juanico» «Juanicoooo», repetía Salvadora. Y para adornar de cariño su insistente requerimiento, prosiguió así: «Ven, hermoso, que no te pego. Anda, ven, Juanico, que te llama la china. ¿No la oyes que *aflegía* se pone?»

En efecto: una puerca huesuda que pisoteaba el fangoso estercolero, manteniendo en tensión la soga nudosa que la tenía prisionera a una estaca, lanzó discordantes gruñidos, que más enternecieron a Juanico que los potentes gritos de su madre.

El rapaz, muy desconfiado, avanzó algunos pasos por la margen de una acequia, hasta detenerse en las lindes de su tierra.

En aquellos bancales, dejados de eriazo por falta de recursos, en los que vegetaban biznagas y pinillos, parecía más abrasador el sol estival del medio día, que madura las frutas y adelanta los maizales.

Por el abierto calzoncillo de Juanico asomaba el faldón trasero de su camisa, como un símbolo elocuente del infantil miedo que le estremecía.

Por fin, atendiendo a los gruñidos de la cerda, acudió Juanico a la placeta, con paso lento y la cabeza baja.

Abalanzóse Salvadora sobre él y, a pescozones y puntapiés, empujóle hacia la entrada de la casa, de pobre y miserable menaje; cuatro sillas de destrozado asiento y de barramento enmugrecido, una tinaja

desportillada, una jarra de quebrados picos y la hornilla portátil en que descansaba la cazuela.

—Como salgas de aquí te hago *piazos*. Estáte a la mira del guisao, entranimientras que no güervo yo; no se lo vaya comer el gato. Voy a buscar broza pa la lumbre. Y, al mismo tiempo que hacía esas recomendaciones, golpeaba sin piedad a su hijo. «¡Mia si el lancero!», terminó diciendo y pronunciando ese sustantivo militar con tono insultante, como el vocablo más denostador con que se puede ofender a un perdido irredeto.

II

El muchacho quedó solo en la habitación, sin preocuparse de vigilar al gato; un gato famélico que, a pesar de su hambre, miraba la cazuela despreciativamente, sin dignarse destaparla para meter sus cerdosos bigotes en el aguachirle que contenía.

Sentóse Juanico en el sueño para hurgarse la planta de un pie, en que se había clavado una espina de cardo borriquero. Utilizando sus rapadas uñas a guisa de pinzas, logró arrancarse el cuerpo pinchador que le torturaba la carne. Libre de molestia, comenzó a recorrer el cuarto a pedicoj, con un ladrillo sobre la cabeza y los brazos abiertos.

Cansado de hacer títeres y aprovechando el retraso de su madre, salió de nuevo a la placeta.

La cerda gruñía, dirigiéndose con la boca abierta y los ojos desencajados hacia el zagal, como si buscase la cercanía de un compañero de escasez.

Miró Juanillo al hambriento animal, con gran conmiseración y ternura, igualmente que si fuera un hermano suyo, aún más desdichado que él, al que no podía aliviar en las penalidades que lloraba.

Pero ya que le era imposible socorrer con alimento a la desesperada puerca, el muchacho, enternecido, casi con lágrimas en los ojos, fuése a ella y, arrodillándose a su lado, la abrazó morrillo y papada, con más efusión que si estrechase el cuello de su madre, como Sancho al rucio.

En esa postura de Rómulo emporcado, miró Juan a la higuera que ensombrecía el estercolero, bajo la que él y su cerduno amor se cobijaban, y la añoranza de las pasadas brevas afligió su alma, como un recuerdo de dichas perdidas, difícilmente renovables. Algunos días antes, encaramado en las torcidas ramas de aquel árbol y entre las anchas hojas, como en el seno de un cielo verde, permanecía las horas atiborrándose del dulce fruto y arrojando abundosa ración a la insaciable puerca que aguardaba las brevas con la boca abierta para recogerlas en el aire.

En aquel tiempo dichoso ni Juanico ni la marrana pasaban faltas: el azucarado manjar ofrecíaseles gratuitamente, cual los imponderables comestibles de Jáuja.

Y la memoración de la perdida abundancia, hizo notar al muchacho, que al presente tenía el estómago vacío, que necesitaba saciar su hambre.

Su humano egoísmo le hizo olvidar los padecimientos de la cochina, para concentrarse en sus propias penalidades.

Corrió el rapaz a la entrada de su casa y comenzó a dar vueltas concupiscentes en torno de la pobre cazuela que, bajo su cobertura mellada, encerraba el guiso frugal e insípido, con que aquel día iban a alimentarse él y su madre. Y sintió voraz deseo de que volviera ésta al cortijo, aunque antes de recibir la hogaza repelara bofetones y gritos.

III

La tía Josefa la Turra, vecina de Salvadora, y, como ésta, lejos de la mano de Dios, era una hembra encartonada, de achocolatado semblante, con más bigotes que muchos varones peludos.

Esta mujer tenía un hijo mozo, una bala perdida, el que nunca fue hombre para dar un céntimo a su madre. Pocas veces estaba en su casa el condenado joven. En unas ocasiones fingía marcharse a la *Raya de Francia,* a pisar uva y en otras aparentaba dirigirse a Sevilla para recoger algunos jornales en la corta de Tablada. Pero, en realidad, esas excursiones de aparente honradez, eran la pantalla con que se cubría Pepe el Turro para ocultar la causa de sus continuas correrías.

Verdaderamente, Pepe se dedicaba a recorrer las ferias y romerías de toda España y de gran parte de Francia, sirviendo de aguilucho y aliviador, en partidas o cofradías de aprovechados mercaderes.

Cuando regresaba el Turro a su casa materna lo hacía sin previo aviso, como una golondrina que retorna a un lugar conocido, segura de encontrar su nido de barro.

El gerifalte, entre sus conocidos y camaradas de la niñez, dábase gran importancia de hombre trabajador y decente que sabe ganarse la pitanza y algunos duros para el lujo y regodeo de su persona. Siempre se ofrecía bien vestido y luciendo cadena de reloj y alguna que otra sortija en sus dedos morenos y ágiles. También afectaba socorrer a su madre haciendo ostentación de que la vieja vivía por él.

Sabían los vecinos a qué atenerse, con respeto a los alardes de amor filiar y a las excursiones jornaleras

de que se garbeaba Pepe. Mas, aunque eran sabedores de lo cierto y lo tenían en entre dicho, nadie desdeñaba su trato y sus obsequios.

Pepe se constituía en un ventorrillo del camino y, copa va, copa viene, convidaba a veinte personas todos los días. Y, como si quisiera evitar la ocasión de compartir sus abundancias con la tía Josefa, jamás comía en el mísero albergue de ésta.

Aquel día, quebrantando su costumbre, no salió el Turro de su cuarto, a pesar de que la noche antes habíase despedido en la taberna, diciendo que se marchaba a Orán.

La tía Josefa tuvo, por tanto, que preparar la comida a su hijo y, como no disponía de nada que cocer en el puchero o freír en la sartén, dirigióse a casa de su vecina Salvadora, a fin de comprar a ésta, si por casualidad tenía, un par de huevos y algunos tomates.

La Turra se presentó en el portal de Salvadora cuando Juanico, movido de cruel impaciencia, iba a destapar la cazuela para regalarse por adelantado con el olor del guiso.

«¿Y tu madre, nene?», preguntó la mujer.

El muchacho, sin ocurrírsele qué contestar, fijó con recelo la vida en la recién llegada.

—¿No sabes dónde está tu madre? —insistió Josefa.

—No, tía Turra: se ha *ío* —contestó el rapaz.

—¿Y, no sabes a ande?

—Yo, no...

—¿Sabes si *golverá* pronto, nene?

—Yo, no...

Y las negociaciones de Juanico obligaron a la Turra

a salir a la puerta para enterarse por propia observación de si regresaría pronto Salvadora.

Por la vereda avanzaba la esperada mujer, con un haz de cañas y brozas a las espaldas, denotando mucho cansancio, no obstante lo liviano que era el peso de su carga.

«Ya viene cerca», dijo la Turra.

Juanico al oír eso se apresuró a colocarse en cuclillas, junto a la cazuela que habían encomendado a su custodia y, destapándola, fijó sus ojos en el contenido, como si afectase hacer con la vista lo que antes no pudo conseguir su madre por falta de fuego: acabar el guisado.

La cara del muchacho se reprodujo claramente, cual en un espejo, en el líquido de la cazuela, y Juanico, con la boca hecha agua y los ojos ansiosos, miró su estampa como si fuese un comestible destinado a consolar su estómago que ya no podía resistir más abstinencia.

Entró Salvadora y, por no perder la costumbre, obedeciendo a sus impulsos de fiera exasperada por la miseria, luego de dejar su carga, arreó cuatro bofetadas a su hijo so pretexto de que no había salido a la placeta para aliviarla del peso de las cañas.

Pero Juanico, que tenía los mofletes encallecidos, no se hizo entonces el sensible y continuó deleitándose en sus instintos canibalescos, que en aquel instante tenían por objeto de ansías a su propia persona.

—¿Puedes venderme dos *güevos,* Salvadora? Hoy no ha salío *Pepe* de la casa y le tengo que hacer la comida.

—No, tía Turra. Mis dos gallinas no *quién* poner, paece que están

—Yo quería hacerle a Pepe unas sopas en gato y un *regüertillo* de tomates con *güevos;* pero si no encuentro *güevos* haré una *fritaica* de calabazas. —Y ya que había revelado lo que ella iba a cocinar, como todas las comadres amigas de enterarse de lo que en la casa ajena se come, preguntó a Salvadora: —¿Y tú, qué estás guisando hoy?

Antes de que contestara la interrogada, Juanico que estaba contemplando codiciosamente su estampa en el calducho de la cazuela, se apresuró a responder por su madre, con oficiosidad de hambriento que tiene ocasión de hablar de comida:

—Caldo con nene, tía Turra. —Y, al decir esto, abrió sus ojos y su boca como un antropófago que aguarda el instante propicio para devorar su prensa blanca.

Josefa rió la ocurrencia del rapaz; pero Salvadora que siempre hallaba motivo para descargar su ira en el hijo, lanzóse sobre éste y le golpeó gritando así:

—¡Habrá *lancero!* Y *¿entabía* viene con ese sacamiento de burla, dimpués de que su madre se mata *pa* que coma?

—No le pegues más, que el *probetico* lo ha dicho con *tó* su *ese...* Cuando una *presona* tiene hambre es muy escapaz de comerse a sí *mesma.* Déjalo, y no lo aburras, que a fuerza de guantazos y *patás* es fácil que alguna vez reviente por lo malo.

—*Usté* no conoce a este demonio; *tié* peores ideas que un caballo. Si no se le corta el revesino, alguna vez *quedrá* avasallarme. Tiene los mesmos entresijos de su padre.

Y secundó esas palabras agarrando a Juanico por un brazo para sacudirle el polvo de nuevo.

El chiquillo, pugnando por huir, daba gritos desgarradores y la tía Turra terció de esta forma en la refriega familiar.

—No lo martirices. *Mia* que cuando pueda te se va a escapar por esos mundos como un pajarico. Lo *mesmico* hacía yo con mi Pepe y *afíjate;* se fue de mi *lao* y, cuando lo veo me da miedo *e* verlo; y... estoy temiendo que se me pierda *pa* siempre... Yo no sé lo que me *ice* el corazón...

IV

El alboroto de muchas voces confundidas cortó el habla a la tía Josefa. Esta, después de tener el oído atento algunos instantes, preguntó a Salvadora: «¿Qué será eso? ¿No oyes?»

—Cosas de zagales. Algún húngaro de esos que han *venío* con los monos.

Y las dos mujeres, seguidas de Juanico, salieron a la puerta.

Por la vereda bardada de granados venía mucho gentío, casi compuesto de chiquillos que gritaban desaforadamente, mezclando palabras insultantes, entre sus aullidos selváticos.

Salvadora y la tía Josefa, en un principio, no se dieron cuenta de las causas de aquel escándalo, pero cuando la turba vocinglera avanzó algún trayecto, pudieron ver que entre la muchedumbre desordenada iba un joven alto, maniatado, al que custodiaban dos Guardias civiles.

«¡Ladrón! ¡Criminal!», decían los muchachos, dirigiéndose al preso.

A la Turra se le «movió la sangre» y su maternidad dióse por avisada de algún gran peligro. «Echando el alma por la boca», de un salto, colocóse al borde de la vereda para aguardar a la inquita comparsa.

«¡Ladrón! ¡Criminal!», continuaba vociferando la granujería.

Varios chicuelos se mofaban con gestos y ademanes burlescos de Pepe el Turro, pues éste era quien se ofrecía entre los dos Guardias.

«Ya es hora, gandul, de que las pagues todas juntas», decían al preso algunos hombres desde los portales de sus casas.

Y con esas o parecidas palabras saludaban al Turro, los que un día antes bebieron en el ventorrillo las copas que él pagó.

Los miserable esclavos de la azada vengábanse de esa manera ruín y primitiva de las arrogancias de aquel mal sujeto que, sin haber trabajado en su vida, tenía más dinero que ellos.

Pepe el Turro caminaba muy serio, sin inmutarse de los denuestos que le dirigían, pero mirando con expresión de reto a los insolentes. Parecía pensar: «El día que salga de la cárcel se verán estos las caras conmigo».

La tía Josefa no pudo contenerse y, con los brazos abiertos y dando gritos de dolor, arrojóse sobre el hijo preso y lo estrechó en sus brazos.

«¡Hijo de mi *arma!* Si te icía yo que ibas a caer en *er* copo», exclamó la Turra besando a su Pepe.

—*¡Éjeme usté, güena* mujer!; que voy a mi camino—, dijo Pepe despectivamente, como si se dirigiese a una extraña, avergonzado de que los Guardias se

enterasen de que aquella zarrapastrosa le había dado el ser.

—¡Bésala! ¡Que es tu madre! ¡Descastao! —dijeron increpando a Pepe varias mujeres que se habían arremolinado alrededor de la tía Josefa y de su desnaturalizado hijo.

—¡Ladrón! ¡Criminal! —repetían los chiquillos, con más fuerza que antes, envalentonados por la actitud de las mujeres.

Juanico quiso escapar del lado de su madre para incorporarse a la turba infantil que escarnecía al preso, pero Salvadora, que por ese hecho hubiese azotado a su hijo un minuto antes, tomó al chico en sus brazos y le estrechó amorosamente contra el pecho, besándolo, como arrepentida de los malos tratos que le dio antes, dispuesta a prodigarle en lo sucesivo todo el cariño y la dulzura de que fuese capaz su alma, a vista de la perversión de Pepe el Turro.

Los Guardias empujaron a la tía Josefa y siguieron custodiando a Pepe, camino adelante.

Las mujeres se quedaron acompañando a la madre afligida. Salvadora continuó con su hijo en los brazos, cual si quisiera preservarlo de los peligros del porvenir. En su ignorancia discurría la pobre mujer, mientras contemplaba alejarse a Pepe: «Los palos son *pa* las bestias, que no *tien* sentimientos y hay que *dominarlas* por la fuerza; *pa* las *creaturas* el halago y el cariñoque guarda una en los pliegues del alma; porque *pa* eso son *creaturas*».[61]

[61] *La joroba de Juan Veintidiez* (1917), págs. 145-160.

COMO SE FORMA LA HISTORIA

Tomás de Aquino Arderíus Sánchez-Fortún

Para *D. Francisco Arderíus*

I

En una Muy Noble y Muy Leal Ciudad habían instalado la clara luz eléctrica, para el servicio público en sustitución de los faroles de petróleo que, desde mediados del siglo diez y nueve, simulaban alumbrar las plazas más céntricas y las calles más urbanizadas.

Tan progresiva y ornamental reforma fue recibida con formidables expansiones de regocijo, por el honrado vecindario, no todo vulgo ni «muy espeso» en aquella época, por la copiosa emigración que lo zaleaba. Ponderóse también la singular mejora por las autoridades del pueblo, cumplidoras en todo caso de sus deberes ciudadanos, y por la prensa local, siempre propicia a conceder realce a las cosas meritorias, como dispuesta a corregir lo censurable.

Aseguraban los periódicos que con la luz eléctrica era la ciudad una verdadera urbe europea. Uno de los diarios publicó cierto artículo, titulado: «De Marruecos a Francia», en el que se decía: «En veinticuatro horas hemos salvado el Estrecho y los Pirineos; es decir, en veinticuatro horas se ha trasplantado un pueblo de África a Europa. Hace un día, nuestro pueblo era comparable con Marrakes o con otro obscuro rincón seriffiano; hoy se aproxima, por no decir se iguala, a la gran villa luminosa, al propio París, emporio de todo adelanto; la Alejandría moderna. ¡Lo que es la luz!...»

Toda la opinión pública comulgaba en ese parecer optimista.

No obstante discrepaban de tal criterio unos cuantos, pocos, obscurantistas que insistían en afirmar que la dicha luz era por parte mala, contraria a la ley natural y fruto de la soberbia y atrevimiento de los hombres dispuestos ya a corregir la planta al mismísimo Supremo Hacedor.

De Patricio Menchirón, sujeto piadoso e incorruptible, predicaba la guerra santa contra los filamentos incandescentes y dirigía anatemas a los enemigos de la religión y de la paz, considerando como tales a cuantos individuos y corporaciones contribuyeron, más o menos directamente, a montar la flamante fábrica de fluido eléctrico.

Menchirón no solamente combatía de palabra a sus odiosos enemigos; atacábalos también por medio de los hechos: oponiéndose a que instalaran la luz eléctrica en su casa, gestionando cerca de sus amigos para que estos continuaran usando el petróleo o el sano y natural aceite de oliva, y por medio de una porción de extremos, todos encaminados a robustecer y secundar su firme actitud protestativa.

Sin embargo, vióse forzado don Patricio a recorrer algunas calles bajo las enrojecidas peras de cristal. En modo alguno podía evitar el penoso tránsito, permaneciendo en casa sin salir de noche; se trataba de una promesa: cuando su hija padeció la difteria hizo voto de, si sanaba, no mudarse más de calcetines y de ir todas las noches, a las diez, a las escalinatas del Carmen, para orar prosternado ante aquella iglesia, arca sacrosanta de sus amores místicos y de sus devociones. Como curó la chica, cumplía su voto, el que no osaba quebrantar.

No había ruta alguna que condujese al señor de Menchirón desde su domicilio al templo, por la que

se pudiera librar de ser escarnecido de la nueva luz; todas las recorrió mentalmente antes de lanzarse a la primera salida. Hizo cuantos zigzás daba de sí el complicado plano de la urbe, que colocó a su vista, sobre una mesa, e interpuso todo su valimiento, que era mucho, y el de sus amigos, para conseguir que el Alcalde dejase a obscuras un corto y estrecho callejón que desde su cochera conducía a la iglesia. Todo en vano. Hubo, por tanto, don Patricio de resignarse, no sin mascar su santa ira, que le sabía a retama y no sin requerir la cólera de Dios contra los impíos.

II

Como en nuestra región levantina el estío se adelanta con todos sus síntomas, especialmente produciendo calor, en el mes de Abril, aquellos honrados vecinos dejaron sus refugios y escondites invernales, sacudiendo el quietismo que los sujetaba a las enervantes y discretas mesas de camilla o a los frecuentados veladores de los cafés, para pasearse con mesurada actividad, desde la caída de la tarde, por las calles más amplias y por las frondosas alamedas, el más subido timbre de gloria de que blasona la ciudad, a pesar de ser tantos y tan altos los méritos de que, en justicia, puede enorgullecerse.

La calle de los Cenetes, muy asendereada por aquellos vespertinos y nocturnos paseantes, es una espléndida avenida provista de ambos flancos de apretados liños de corpulentas acacias; su pavimento es un firme de grava, cubierto de arena y muy dado de rulo. En ella se levanta la iglesia del Carmen, de pobre fachada renacimiento, de tres puertas, a las que dan acceso sendas escalinatas que ha lustrado el uso.

Precisamente fue un una noche abrileña cuando don Patricio Menchirón hizo su primera salida por

la oculta calleja de su cochera. Cruzó la calle de los Cenetes vestido de negro, como solía, muy hosca la faz, sin saludar ni mirar a nadie, cual si de ese modo hurtara su presencia a las gentes y, también, evitando fijarse en las bombillas que le amenazaban un cataclismo. No dudaba Menchirón de que Dios había de enseñar por algún sitio su poderosa mano, para que escarmentasen los hombres.

El buen señor prosternóse en la dura baldosa, ante la puerta central del Carmen; persignóse y, acto seguido, comenzó a aporrecearse el pecho con la diestra, como si las costillas estuviesen más obligadas que otros huesos de su mísero cuerpo, a soportar maceraciones.

En su afán de no ser advertido por los paseantes, se acurrucó todo lo que pudo, hasta transformarse en un ovillo, y, en tan recatada posición, se dispuso a permanecer un cuarto de hora mascullando padresnuestros y otros fervorines y jaculatorias. Ni más ni menos que cuando la calle se hallaba semiaobscuras.

Transcurridos los minutos correspondientes a su votiva ocupación, don Patricio, enderezando un tanto el cuerpo, se puso de pie para marcharse. Antes de comenzar el retorno a su casa quiso dirigir a los cielos una postrer oración, con la vista fija en la puerta del templo, como si quisiera penetrarla. Aquel rezo era fuerza de cuenta, iba encaminado a pedir justicia al Altísimo.

Clavó Menchirón sus ojos impetradores en las silenciosas y cerradas maderas y, antes de que su memoria recordara las oraciones que había de decir, se movieron sus labios para pronunciar, con exclamatoria entonación, esta palabra: «¡Milagro!»

«¡Milagro!; ¡milagro!; ¡milagro!», repitió con voz cada vez más extentórea, mientras que se doblaban sus piernas y se extendían hacia adelante sus brazos.

Don Patricio había visto una cruz de sombras en el medio de la puerta central del Carmen; una cruz perfecta, pero con los contornos difusos, como se ofrecen, según los enterados, las apariciones milagrosas.

Cerró los ojos el sobrecogido Menchirón y llamó a recogimiento a su alma, y con los ojos cerrados veía la cruz.

A pesar del sobresalto que embargaba su espíritu, pensó don Patricio con inefable regocijo místico: «Ya está aquí la mano de Dios... ¡Y, a mí me eliges, Señor, para que enseñe tu emblema a los hombres!». Y, halagado en su fe de cristiano y satisfecha su justa vanidad de creyente, no despegaba los párpados, temiendo hallar desvanecida la visión al abrir los ojos.

Acudió la gente a las voces del elegido y le rodeó creyéndole loco.

«¡Don Patricio! ¡Don Patricio! ¿Qué hace usted, don Patricio?», le dijo un curioso de los que a él se habían aproximado, dándole golpecitos en un hombro, cual si quisiera despertarlo.

Entonces Menchirón, sin deponer su actitud de arrobado, manifestó con voz cavernosa que parecía salir de un sarcófago:

«Mirad, mirad la cruz; que ella conteste».

Miraron en torno los congregados, y el que más y el que menos de ellos prorrumpió en idéntica forma que don Patricio, puesto que la cruz no se ocultaba a nadie.

Las mujeres echáronse el moquero sobre la cabeza, en señal de acatamiento y sumisión, y los varones se descubrieron con religioso respeto.

III

Al día siguiente no se hablaba en la ciudad más que de la cruz aparecida. Los que no la habían visto llamaban supersticiosos y visionarios a los que la contemplaron en la noche anterior. Entabláronse disputas en los centros y en las tertulias, y el nombre de don Patricio estaba en todos los labios, como el del personaje de actualidad.

«Ese hombre es un embaucador que ha ilusionado a medio pueblo», afirmaban unos.

—Ese hombre es un santo; ese hombre es un elegido. ¿Nos vais a negar que la cruz se apareció a él, antes que a nadie y que después la vimos nosotros? —decían aquellos.

—Pero si lo de la cruz es una filfa.

—¡La cruz la vimos nosotros! ¡Lo de la cruz es verdad!... ¡No faltaba otra cosa que, después de verla con nuestros propios ojos, quisierais desmentirnos.

—Esta noche se comprobará el engaño.

—Esta noche resplandecerá la verdad... Aunque puede ser que hoy no se aparezca...

—Ya andáis con distingos.

Y los que afirmaban, enardecidos por la fe, últimamente, se comprometían a emplazarse por la noche, en la puerta del Carmen, con sus amigos incrédulos, muy seguros de confundirlos a presencia del milagro infalible.

Muchas apuestas quedaron concertadas para la noche, y, así fue que, cuando empezó a lobreguecer, la hermosa calle de los Cenetes se hallaba más concurrida y bulliciosa que en hora de verbena.

Toda la concurrencia aguardaba la luz como al santo advenimiento y la luz de hizo, por fin, cuando dominaban más las sombras de la noche que el claror del día.

La muchedumbre agolpada a las puertas del Carmen fue viendo que, a medida que las tinieblas avanzaban, adquiría intensidad la cruz de sombras.

El milagro era manifiesto. ¿Quién podía dudar ya?

Se prosternaron todos los concurrentes y la greguería de sus rezos subió a los cielos.

Cuanto más fervor denotaban las gentes, a la hora de costumbre, presentóse don Patricio con aire de santo y miradas de protección e indulgencia. Le abrieron paso, admirándole, y tomó puesto en primera fila. Después alzó la voz, para dirigir a los fieles en el rezo del *Yo pecador*. ¿Quién más autorizado para ello que él?; ¿quién con más prestigios podía poner en comunicación con Dios a aquella grey humillada y contrita?

Pasado el cuarto de hora que empleaba cotidianamente en cumplir su promesa, don Patricio se incorporó, más no solo. Todo cuantos le rodeaban le imitaron y, en manifestación silenciosa, acompañáronle, como a un apóstol, hasta su domicilio, desde cuyo portal fueron despedidos por él, con frases de lástima para los *innovadores,* para los *progresivos,* ¡herejes! Y con palabras de aliento para los *creyentes tradicionalistas evangélicos,* que coronó con un: «¡Adiós, hermanos en Jesucristo!»

IV

Desde esa histórica noche, nadie osó dudar ni mofarse del ofrecimiento nocturno de la cruz de sombras. Por lo contrario, se convirtió la privilegiada puerta del Carmen, en meta y pináculo de fervorosas peregrinaciones, las que se integraban, no sólo de elementos de la ciudad y sus alrededores, sino también de gentes de los confines más remotos del término y con personas llegadas a otros pueblos, pues tanto y tan rápidamente se extendieron la fama de la aparición y los rumores, aunque no concretados todavía en hechos precisos, de estupendos milagros que creían sin vacilar los más fanáticos.

En quince días llegó a tal extremo la concurrencia al santuario, que las autoridades locales, y el mismo Gobernador civil de la provincia, hubieron de preocuparse de imponer orden a aquella constante romería y de estatuir un turno riguroso y pacífico entre los que iban a besar la obscura insignia de la Redención, que eran todos los peregrinos.

El Alcalde que a la sazón administraba el Municipio y ejercía gobierno en el pueblo, hombre de celo en el cumplimiento de sus deberes ciudadanos y, sobre todo, velador escrupuloso de la salud pública, dio acertadas disposiciones para higienizar el santo sitio en que se estampaban los humedecedores ósculos de la exaltada feligresía. Por virtud de los alcaldiles mandatos, dos guardias de orden público, el uno con un barreño rebosante de agua y el otro con una gran esponja, eran los encargados de hacer un somero lavote en la madera hociqueada, cada vez que, a su común y prudente arbitrio, lo había ella de menester.

La prensa, ante los hechos, dejó de lanzar los himnos de progreso que con tanta altivez entonara,

para confundir a los tenidos por valla de la cultura, y, batiéndose en retirada, no tuvo inconveniente de conceder importancia al milagro que, en su concepto, para prevenir a los explotadores del pueblo, y no para condenar la luz eléctrica, habíase operado. ¡Progreso y Fe cabían juntos en los mismos pechos! ¿Qué daño proporcionaban al Señor los filamentos incandescentes?

Don Patricio y los de su bando triunfaban; el pueblo dirigía miradas recelosas a las destellantes bombillas de cristal, y las autoridades convencíanse de que algún acontecimiento estupendo iba a descargar sobre el orden público, siniestramente.

V

Así las cosas, cuando se imponía adoptar alguna medida rápida y firme para poner coto a la difícil situación creada, una calmosa noche de Junio, de esas que obligan a los cristianos a salir de sus casas a buscar refrigerio en el aire libre, en que la muchedumbre de penitentes en la puerta del Carmen, era superior a la que de ordinario solía concurrir, un hecho tan emocionante como inesperado dio gran relieve al popular milagro de la cruz.

Fue el caso que, cuando más acérrimamente oraban aquellos romeros y se molían los pechos a golpes de mano, ofrecióse sobre la cruz el Nazareno, también de sombras, como el instrumento de su martirio.

«¡Jesús! ¡Jesús mío! ten piedad de nostros», prorrumpieron varias voces a una.

—¡A las bombillas! ¡A destrozar las bombillas que nos van a traer la perdición! ¡Dios no las quiere! ¡A ellas! —exclamaron muchos exaltados.

—¡A ellas! —rugió la multitud, extremeciéndose.

Y ya se habían puesto en pie los más ágiles, para comenzar a bastonazos con las condenadas peras de luz, cumpliendo los mudos designios de don Patricio, allí presente, cuando al cuerpo del Enclavado adhirióse, de súbito, una línea de sombra, que no otra cosa semejaba que la deicida lanza con que el perverso y execrable Longinos desgarrada cobardemente el divino costado de Jesús.

Don Patrocinio, suponiendo que el caro líquido redentor iba a brotar del espectro, como manó de la carne martirizada del *Ecce-Homo,* gritó sobreponiéndose con su potente voz al supersticioso clamoreo que estremecía la calle y deteniendo a los que enarbolaban los garrotes:

«¡Señor!, rocíanos con tu preciosa sangre!»

Pero, en medio del general sobrecogimiento, simultáneamente a la acción del lanzazo y haciendo dúo a la súplica de don Patricio, oyóse la voz de un niño que, llorando, decía:

«Déjeme usted; déjeme usted, que ya no lo haré más».

Y a la vez de esto, las piernas del crucificado de sombras, se movieron como en suprema agitación de agonía.

Fue enorme el desconcierto que se produjo en la concurrencia, y, por unos segundos, nadie pudo dar justificación al doble fenómeno acústico y visual, que se percibía.

Más otra voz potente y airada que dijo: «Baja de ahí, granuja, que te voy a matar», descifró el enigm.

A cuantos volvieron la cabeza hacia el sitio de donde partía la amenaza, les fue dado ver y oír a un guardia municipal, enfurecido, recriminando a un travieso chico que, encaramado en la rama de un árbol, afectaba, con su violenta postura, sufrir horrorosa crucifixión y agitarse en las postreras convulsiones de la vida. ¡Tan inquieto estaba el rapaz, por obra y gracia de los fuertes golpes que, con una vara de fresno, le infería el despiadado guindilla!

«¡Que ya no lo haré más! ¡Que ya no lo haré más! Déjeme usted bajar, señor guardia; déjeme usted bajar», repetía y suplicaba el apaleado muchacho.

Y a cada garrotazo que descargaba el municipal sobre su víctima, en la puerta del Carmen, proyectábase la sombra del arma ofensiva, simulando otros tantos lanzazos dados al Cristo, que se retorcía violentamente, como si desclavarse quisiera.

Un verdadero escándalo de risotadas y de chistes, de todos los gustos y linajes sucedió al silencio religiosos a que estaba entregado el gentío. Muchas personas de buen humor se arremolinaron en torno del zagal ocurrente que, ya en el suelo, seguía recibiendo duro escarmiento de la mano incansable del guardia.

Por fin, fue liberado, como una víctima de sus verdugo, el impío muchacho, de las codiciosas y agresivas garras del municipio, y, cual un torero ovante, en hombros de la multitud, recorrió la calle de los Cenetes escuchando aplausos y recibiendo alguno que otro pellizco en las partes más blandas de su cuerpo, a los que se revolvía iracundo, lo mismo que perro hostigado, amenazando con la mirada y con los puños, a los que él suponía traicioneros propinantes del doloroso pellizqueo.

Mientras la gregueréía y el palmoteo atronaban la calle, don Patricio, congestionado por la desazón que el inaudito acontecimiento le produjo, dirigióse a las pocas personas que habían quedado en derredor suyo, para hacerles observar que, si el enclavado despareció como por encanto, mostrábase la cruz inmutable y fija en la cerrada puerta del templo.

Los que escuchaban a Menchirón, que eran precisamente los elegidos, de espíritu purificado en el alambique de la fe, aunque el acontecimiento del muchacho les desconcertó e infundióles dudas acerca de lo sobrenatural de aquella aparición, y hasta llegaron a suponer que la cruz ofrecida a sus ojos no era otra cosa que la sombra proyectada por un poste del alumbrado y el brazo horizontal de una acacia, manifestaban al oír las explicativas y aclaradoras frases de don Patricio, se convencieron nuevamente de la divinidad del signo redentor que se les ofrecía, dando otra vez por indiscutible el milagro.

También varios periódicos, con razonados y fundamentales artículos, llevaron al ánimo de mucha gente que la chiquillada del rapaz había sido un ardid de los impíos para desvirtuar una obra del Cielo.

***

Hace algunos años que tuvieron lugar los narrados hechos y todavía se habla allí del milagro, como de cosa cierta e indiscutible, y el cronista de la ciudad lo tiene consignado en diez folios de sus anales.

Pasados los siglos, quién sabe si llegará a declararse día de fiesta el que corresponda a la tibia noche vernal en que... apareció la cruz de sombras.

¡Así se forma la historia![62]

---

[62] *La joroba de Juan Veintidiez* (1917), págs. 189-204.

El milagro de la Alameda

Tomás de Aquino Arderíus Sánchez-Fortún

Para *D. Cristóbal de Castro*

I

Los centenarios olmos de la alameda lucían ya sus pompas vernales, sobre troncos retorcidos y nudosos —muchos casi huecos, semejando cavernas y cubiles— troncos enormes, inabarcables con los brazos extendidos de tres personas formando corro .

Aquellos liños paralelos de árboles ancianos, con verdes y tupidas copas, ofrecíansele a Mariano como una solemne procesión de hombres decrépitos que sonreían infantilmente, al contemplarse ornados con abundantes cabelleras juveniles.

Mariano Quesada, sentado en un banco de mármol, con respaldo de hierro, en el que campeaba el noble escudo de la ciudad de Lorca, (una torre, en cuya plataforma se yergue el real cuerpo del Sabio Alfonso deceno, que mantiene enarboladas una espada en la diestra y una llave en la mano izquierda) leía un libro de consejas lorquinas, a la sombra de los ramajes reverdecidos.

Mariano era joven aún. Su porte revelaba ese cosmopolitismo elegante y sencillo, exótico en los pueblos.

Mariano Quesada había regresado a su tierra natal, muy pocos días antes, después de varios años de ausencia, invertidos en afanosos viajes por todo el mundo, en pos de fortuna y para satisfacer las ansias de su espíritu, siempre ávido de emociones, insaciable de novedades y anheloso de cosas extrañas.

Con los restos de su hacienda familiar, opulenta en sus abuelos, mezquina al llegar a sus manos, huérfano y sin afectos, desde su mayoría de edad robada por el orbe.

Al retornar a España, luego de larga y accidentada emigración, decidióse a permanecer en Lorca una semana y pasaba allí el tiempo con la misma curiosidad que si se tratase de un país ignoto para él.

Todo le parecía desconocido y raro; el cielo, los hombres, el pasaje, la literatura local, le eran chocantes.

Además, en aquel ambiente quieto y diáfano, olfateaba indecisos efluvios de misterio.

Pero todo le hablaba de paz y de monotonía. Nada le prevenía contra un hecho insólito o un accidente imprevisto. Y esa tranquilidad ofrecíale una fase de vida, también disfrutable. La quietud era para él una novedad y la gozaba.

En aquellos instantes, sobre el asiento de mármol, fruía relatos de episodios galantes, hazañas marciales y milagros, con la delicia del que ocupa las horas de sosiego meridional, en una obra discreta y amena, y Mariano, entregado a aquel plácido sedentarismo, considerábase uno de aquellos insignes perezosos que gozaron la más dulce de las ociosidades en los salones de la Alambra y en los jardines cordobeses, yaciendo en alcatifas de Damasco o en el fresco césped, recitando aliates del Corán u oyendo narraciones fantásticas, mientras, en torno, gemían las guzlas y las guitarras y cantaban los atanores y las fuentes; en dúo servador al arrullo de las palomas dándose el pico en el ajimez de la estancia y al trinar de los ruiseñores embriagados con el aroma de los

cidros, los limoneros y los naranjos, de pálidos azahares abiertos.

Eran las doce del día; de un día espléndido, de esplendidez levantina. La luz y el calor que fecundan la tierra, cuando el agua les precede, y agostan los huertos, cuando manda la sequedad, tenían cerrados los picos de los pájaros que, ocultos en la fronda umbría, aguardaban los refrigerios de la prima tarde para cantar.

Quesada, solamente oía, de vez en cuando, la loca música de unas *agujas,* semejante al sonido metálico, intermitente e isócrono que produce una tijera, manejada por la mano experta y ágil de un peluquero.

Cuando Mariano necesitaba volver las hojas del libro, suspendía un instante la lectura, para escuchar la penetrante voz de aquellas aves aposentadas en las próximas arboledas de frutales, cercanas a expirar de sed. Y, al alzar los ojos del volumen legendario, se fijaba también en los escasos transeúntes, que discurrían por el paseo, casi todos huertanos, más mujeres que hombres, y, la mayor parte de ellos, en dirección opuesta a la ciudad.

Seguía distraídamente el tránsito de los pasajeros y, durante aquellos rápidos devaneos mentales, también pasaba la vista a lo largo de la alameda, cuyo piso, a trechos dorado por el sol y a trechos obscurecido por la sombra de los árboles, ofrecíase a su vaga atención como un mosaico oriental de plomo y oro.

Por primera vez en su vida se le ocurrió pensar a Mariano, que el paseo debió ser, en tiempos muy lejanos, una rambla, por la que se precipitaron los tumultuosos aluviones, formados en las vertientes del monte, allá por las épocas en que eran abundosas, allí, las aguas del cielo.

Quesada siempre lo había conocido, como a la sazón, alameda de olmos más que quitañones, en cuyos troncos, según relatos que él aprendió en la infancia, arrendáronse los bélicos caballos de Napoleón el de las Pirámides.

Y el repatriado iba recorriendo con la vista la longitud de aquella lujuriante alameda que finaba en el pretil del río canalizado, pero sin caudal, y nacía en una calle con piso de guijarros, prolongada en declive áspero, hasta la plaza de la Constitución, en donde está el Ayuntamiento.

II

Cuando con más vivo interés estaba enfrascado en el relato de una leyenda trágica, tejida sobre cierto torneo en que un caballero cristiano derribó de su corcel a un apuesto moro, a presencia de una dama granadina, cortejo de ambos, —la rivalidad amorosa de musulmanes y nazarenos, que fue copioso e iridiscente manantial de romances— al llegar al momento en que el semita, abatido en tierra, prometía vengarse, el pitazo acuático de un ruiseñor hizo a Mariano alzar la vista hacia las copas verdes.

A través de las hojas de aquellos árboles remozados, con fuerza todavía para defendele a él del sol, vió el cielo azulísimo, sin una mancha.

Mariano consideró que el contraste de la sequía absoluta y de las frondas ubérrimas, sólo se daba en aquella tierra de pródigas entrañas, que despide por las finas coyunturas de su piel, aunque no la fecunde el agua, borbotones de la vida fértil que quiere despedir del seno.

El ruiseñor siguió silbando, haciendo gorjeos, deleitándose en la modulación de trinos inimitables

y Quesada, pendiente de aquella música, acechaba con la vista y con el oído la umbrática oquedad de verdura, de donde brotaba el dulce canto.

El observador vióse privado, súbitamente, de la preciosa melodía: el pájaro había enmudecido, las agujas acababan de suspender su tijereteo peluqueril. También notó que, con simultaneidad al silencio de las aves, ocultóse el sol; una nubecilla blanca, cual el anillo de un recental, lo cubría.

A Mariano interesó aquel fenómeno atmosférico y permaneció con la vista en el espacio, avizorando.

Con rapidez, el níveo vellón, como aquellos ovillos de lana de las brujas, fue convirtiéndose, a los ojos de Quesada, en formidable monstruo y, en poco más de dos minutos, tapó el espacio con una nubarrada cenizosa.

Hacía mucho tiempo que no se nublaba aquel cielo, con un toldo semejante. Sabía Mariano, por referencia de los sedientos labradores, que la seca iba siendo allí permanente; la lluvia un fenómeno extraño.

Pensó que la atmósfera se preparaba para dar en breve una rica ablución a los campos. Retornaba con buen pie a su pueblo; si los campesinos se enterasen de esa circunstancia quizá hicieran reliquias de él. Y, riendo la ocurrencia que le sugería la superstición de sus paisanos, cerró el libro, incorpórase y emprendió el retorno a la ciudad, para evitar bañarse vestidol.

El cielo, de cenizoso, tornábase pardo, como una estameña; anunciaba la caída de un recio turbión.

III

Aún no había salido Mariano de la alameda, cuando comenzaron a caer unas grandes gotas calientes, que, al estrellarse en el suelo, formaban roldes obscuros, del tamaño de las monedas de cinco céntimos.

Apretó el paso huyendo de la lluvia, mas fue vano su propósito. Un verdadero torrente que agobiaba, que impedía avanzar, descargó su furia, como si el cielo, cansado de requerimientos insistentes, lanzara a la tierra el agua que pedía, pero de mala gana, de una vez, sin piedad, como diciéndole: «No me molestes más, ya me tienes harto, toma y ahógate»; igual que un iracundo, irritado del pordioseo, mete un mendrugo, a viva fuerza, para que calle y le deje en paz, en la boca del mendigo suplicante.

IV

Como Luis XIV que, para librarse de un chubasco, guarecióse bajo un frondoso árbol de Fontainebleau, Mariano se cobijó junto al tronco de un olmo gigantesco, pero en lugar de hallarse al lado de una Luisa de La Valliere, como el galante rey de Francia, permaneció en compañía de un labriego, refugiado en la misma amposta que él.

Llevaba el hombre, al brazo, un canastillo de mimbre, cargado de flores.

Era simpático y decidor el jardinero. Los años no lo habían puesto adusto y taciturno.

Llegó al amparo, pocos instantes después que Mariano, chorreando agua de pies a cabeza, como si saliese de un estanque. Se quitó el sombrero y lo sacudió contra el tronco del árbol.

«*¡Contre!* He *pensao* ahogarme. Quería llegar a

casa de mi ama, *¡contre!,* sin hacer caso del agua, pero no he *tenío* más remedio, *¡contre!,* que de meterme aquí. ¡Qué *desajeración!*» fue lo primero que dijo aquel sujeto al acercarse a Quesada. Inmediatamente, sin pedirle explicaciones, le puso en conocimiento del destino que iba a tener la carga del canasto. Aquellas flores las llevaba a casa de su señora, una conspicua dama de la ciudad, cuyo nombre no fue desconocido a Mariano. Luego que las reconociese el ama llevaríalas, por mandato de ésta, a la Iglesia de San Francisco, para ofrendarlas a María, en aquella tarde de su mes de fiestas diarias.

«Yo me llamo Rosendo Perán, para servir a Dios y a usted», prosiguió diciendo el huertano, a la vez que dirigía a Quesada una mirada interrogadora, como si le exigiese que, en reciprocidad, él dijera también su «gracia».

A Mariano inspiró curiosidad aquel hombre sencillo y sin contestar a su tácita pregunta, en silencio, le observó atentamente.

Vestía Rosendo su menudo cuerpo con un traje gris, de algodón, ligerísimo, y sus pies, desprovistos de calcetines, los calzaba con alpargatas de cara abierta. A pesar de su equipo tan veraniego, oprimíale la cintura una faja negra y anudaba a su cabeza, canosa, un pañuelo, bajo el sombrero de ancha ala, también negro con la faja y el pañuelo.

Tenía la faz rasurada, con hondos surcos en las mejillas, y de color de avellana; las manos grandes, morenas y con uñas muy fuertes; manos herramientas, más agrícolas que las azadas y que las rejas de los arados.

Con frecuencia inexplicable, mientras hablaba,

restregábase los labios con la mano derecha, como si su boca necesitase de continua limpieza.

Ante el mutismo de Quesada, sin atreverse a insistir con la vista ni con la palabra en su pregunta de los antecedentes personales del señorito, pero sin resignarse a guardar silencio mucho tiempo, observó Perán, sobándose los labios y mirando al ramaje, del que caía un chorreo continuo:

«*¡Contre!* Con razón se *ice* «que cuando llueve tos nos mojamos». «También aquí cae el agua *¡contre!* Pero, del mal el menos».

—Estará usted contento con este llovido. Ya hacía falta algo así—, observó Mariano, para corresponder un tanto a la franca e inocente locuacidad de Rosendo.

—*¡Contre!* Algo es algo. Más vale esto que una ventanea. *¡Contre!* Pero ya llega tarde *pa* los simentericos. Como luego *icen:* «Tan tarde viene el *olio...*» Estamos *dejaos* de la mano de Dios.

Rosendo, que había sido prudente un instante, no pudo contener su curiosidad por más tiempo y preguntó a Mariano:

«¿Y el señorito es *farastero...*?»

Mariano satisfizo al labrador. Este, al saber con quien hablaba, se descubrió respetuosamente y dio detalles de los ascendientes de Quesada, denotando sus conocimientos con el señorío de la ciudad.

Un relámpago pavoroso cortó el diálogo, iluminando el cielo y la tierra, con siniestra luz, y un trueno aterrador, prolongase durante algunos instantes, con estrépito de carro homérico.

Mariano, a pesar de ser hombre acostumbrado a resistir emociones violentas, se inmutó. El hombre

que le acompañaba, dobló sus rodillas y exclamó conmovido, como un pecador que se encuentra en los umbrales de la muerte, a la inmediata presencia de Dios:

«Adán con Adán, Dominé con Dominé ¡Dominé! Jesucristo de la misa, Jesucristo, váleme.

Andad, enemigos malos, no tened parte de mí; ni de ninguna criatura de las que estamos aquí».

Signóse y santiguase, con unción de cristiano ejemplar, y después de golpearse el pecho varias veces barbotado el «yo pecador», dirigióse a Quesada para que dijese con él esta jaculatoria primitiva, que él recitó como un sacristán que dirige a los fieles en una novena:

«Cuando San Bartolomé se levantó
y por la calle abajo se encaminó,
nuestro Señor Jesucristo le mandó:
Vuélvete a tu posada o a tu mesón
que yo te mandaré un precioso don
que nunca concedí a ningún varón:

En el sitio que te mentaren no caerá rayo ni centella, ni morirá ninguna mujer de parto, que irá con los dones del Espíritu Santo. ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Bartolomé! ¡Bartolomé! Bartolomé! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Dios de los ejércitos! ¡Dios que estás en los Cielos y en la Tierra, ten piedad y misericordia de nosotros!»

Repitió Mariano las palabras del devoto y, mientras las pronunciaba, tenía la vista fija en el canastillo rebosante de lirios cárdenos, de rosas de Borneo y de Alejandría, de azucenas encarnadas y blancas, y de toda suerte de flores místicas que eran familiares de las que cubren las aras de las cruces de Mayo y

ornan los bustos y las cabezas de las hortelanas, en las fiestas de Pentecostés.

«¿Ha visto usted qué exhalación, señorito? Y ha caído cerca. ¡Contre! ¡Dios nos libre!», exclamó el rústico incorporándose.

Sacudióse las rodillas con el pañuelo y sonrió de un modo enigmático. Después prosiguió:

«Pero a mi lado, *¡contre!* Puede usted estar tranquilo, porque la mujer de mi casa habrá *encendío* un *cabico* de vela del Santísimo». Y continuó sonriendo, con aspecto triunfante de justo previsor que conoce los secretos que revela la gracia a los elegidos, para preservarlos de la funesta acción de todos los enemigos de la tierra.

—Menos mal que junto a usted estoy seguro de que no me matará una centella—, dijo Quesada para halagarlo en sus convicciones.

—¡Ah! ya lo creo—, afirmó él con sincera firmeza.

—Si no fuese así no las tendría todas conmigo, porque la nube no cede.

Instintivamente miró Mariano a lo alto, y, a través de las hojas del árbol en que se cobijaba, contempló el cielo, tanto tiempo risueño, llorar derritiéndose en lágrimas.

V

El hombre las flores, viendo la importancia concedida por Mariano a sus oraciones y prácticas piadosas, como antes, al hablar de los Quesada, manifestase competente en genealogías locales, denotaba ahora su sapiencia en otro linaje de conocimientos: sabía en qué forma habíase de rezar a cada santo y las ceremonias que era preciso poner en práctica,

para conseguir sus decisivos beneficios y protección, en cada momento de la vida.

Cuando Rosendo citaba el nombre de algún canonizado, a continuación de exponer su especialidad milagrosa, hacía una historia legendaria, a veces cantada en romance y otras en prosa arcaica y campesina, poniendo de manifiesto lo rutinario y tradicional de aquella erudición.

Tal charlatanería, que en un principio distrajo a Mariano por lo pintoresca y por lo ingenua que era, acabó haciéndosele monótona e insoportable.

Su ánimo y sus nervios estaban impacientes, quizá por el estado de la atmósfera. No se avenía a permanecer pendiendo de un solo asunto.

Mientras hablaba el labriego, dos ruiseñores, enardecidos por la penumbra de crepúsculo que envolvía el espacio, imponíanse con sus cantos alternos y silbadores, al fuerte murmullo de la lluvia estrellándose contra el suelo y azotando las hojas de los árboles.

Mariano comparaba el canto de aquellos pájaros con la conversación del rústico. Hombres y aves, e expresaban instintivamente lanzando al espacio los sonidos y los giros de la voz, que aprendieron de los ascendientes de su especie. El uno salmodiaba halagando su corazón de milagrero. Los otros hacían trinos deleitándose el oído; ni más ni menos que los pastores y los caminantes, cuando atraviesan las fragosas soledades de las sierras.

Por la calle enguijarrada en que tenía comienzo la alameda, bajaba, como un torrente de agua turbia, el recio aluvión formado por los escurrideros de otras

vía trasversales y de los declives y barrancos del monte, en que reposa la ciudad.

La corriente, al llegar al paseo, bifurcábase, para seguir discurriendo, hasta el río, por hondas cunetas o canales de mampostería, abiertos a ambos lados de la alameda, de las que se alzaban las hileras de olmos.

Fijándose en aquella avalancha impetuosa, que bajaba ondulante, calle abajo, y procurando que el labriego cambiase de tema, dijo Mariano:

«Mire usted; mire usted qué chorro. Y cuando viene por aquí tanta agua, ¿qué será por las ramblas y por el río? Porque esto es general. Ya verá usted como se llena el pantano y se acaban las penas».

El hombre rural, hizo un gesto de desdén al escuchar esas palabras y se expresó de esta forma:

—*¡Contre!* No espero *na* bueno, señorito. ¿Usted cree que esta agua viene con gracia? *Ca,* no señor. *Nusotros,* los hombres de hoy, *¡contre!* No merecemos más que «cólera de Dios», como el otro día *pedricaba* el padre Antonino. Ya *semos muncho* pocos los que cumplimos con la Iglesia. Antes, las primeras hortalizas que producía la tierra eran *pa* la Iglesia. Antes, las primeras hortalizas que producía la tierra eran *pa* la Iglesia. Contaba mi madre que el primer *güevo* que ponían cada mañana las gallinas de mi *agüela,* era *pa* los frailes de la *Mercé.* Y quien dice de hortalizas y *güevos* dice de trigo, de *cebá, d'azaite,* de vino, de vino, de *to* lo *nacío.* ¿Qué *quié* decir de *to?* De *to,* de *to,* de *to,* con *to* el *cararte* de *to. ¡Contre!* Cuando yo era zagal, me acuerdo que en la epóca de la *recolección* se juntaban en el corral del convento unos jabardos de hombres y de animales, y también de

carros, *cargaos* con los diezmos, que daban *enchizo.* Eso lo he visto yo. Entonces *¡contre!* Había *güeñas* cosechas, *¡contre!* Pero hoy que *to* se *quié pa* gastarlo en *banidaes...*

No pudo Quesada reprimir una sonrisa, que por cierto no reflejaba ningún sentimiento hostil ni aprobatorio a las palabras escuchadas; efecto solamente de la sorpresa regocijante que le producían tan peregrinas y arraigadas opiniones.

El huertano atribuyó esa actitud a impiedad, a irreverencia o a duda de la eficacia que aquellos donativos espléndidos, de las pasadas generaciones al clero, produjera en la soberana voluntad de Dios, para influir en la prosperidad del género humano, y exclamó con unción de convencido que dispone de argumentos para aplastar al execrable precito.

«¡No se ría *usté!* Si hoy fuéramos los hombres como eran los de antes *¡contre!* Tendríamos años de gracia, como otras veces. ¡Dios concede ciento por uno! Mi *agüela* le daba un *güevo* a los frailes y sus gallinas ponían docenas. Y ¿hoy, qué? Miseria por *toas* partes. No damos *na* a la Iglesia y menos *nus* viene. ¡Si *tos fuean* como yo! Pero uno solo...»

VI

Perán se detuvo vacilante y Mariano no hizo ni la más pequeña objeción a sus palabras. Consideró que aquel hombre era la encarnación de una época expirante, el arquetipo de los puros labriegos, ya muy escasos, de su país y lo admiró.

Pero Rosendo, como buen creyente, en su afán de confundir y humillar al que consideraba un hereje, cual San Miguel sojuzgara el dragón bajo sus plantas arcangelinas, prosiguió:

«Sí, señor: antes nos tenía Dios a su derecha. A Lorca ¡*contre*!, le daba de *tó*. ¿Qué dirá usted que pasó una vez, cuando estos campos, a fuerza de años buenos, abundantes en aguas, se iban quedando *esainaos* y sin *melis* de tanto rendir cosechas? Pues mire usted, ¡*contre*! Dios mandó a ellos una legía que les duró más de cien años. ¡Vaya un milagro! ¡*Contre*! Y lo mejor es que cualquiera se atreve a negarlo... La cosa, aunque pareció de los hombres, fue de Dios... Y no hace mucho tiempo. *Pos miste*, cuando estuvo en Lorca Fray Diego de Cádiz...»

La conversión del labriego cautivaba de nuevo a su oyente. Dióle a éste curiosidad de conocer aquel milagro que fecundó las tierras esquilmadas.

Como antecedente al hecho portentoso que iba a referir y haciendo un alarde de su conocimiento del santoral —aunque no dejó de manifestar que el extraordinario fraile aún no estaba canonizado— hizo, a su modo, una curiosidad biográfica de Fray Diego José de Cádiz: Su toma de hábito y su ordenación de misa, sus triunfos apostólicos, su sabiduría, los honores que le dispensaron en todas partes, las persecuciones de que le hicieron objeto los envidiosos, su muerte en Ronda, donde lo enterraron en olor de santidad, en una tumba cerrada con cinco llaves, para que no rebosen tan milagroso cuerpo... Todo un panegírico, aprendido en el hogar y en el templo, con otros relatos tradicionales de misticismo y brujería.

«¡*Contre*!» Creo que el beato Fray Diego de Cádiz ha sido el hombre de mejor *embocación* de cuantos han *movio* los labios delante de la gente. ¡Como que con su palabra hablaba el *mesmo* Dios Nuestro Señor a los hombres! ¿Es verdad *usté*, señorito?

Pero, antes de que Mariano se mostrase conforme con su creencia, continuó:

—Según dicen, ¡*contre*!, ese santo varón recorría los pueblos *pedricando*. Los mismo que los tíos que van *agora* chillando en los mítines, como esos que estuvieron aquí el otro día en el *treatro* que abogaban por la *isipación* de las *concencias* ¡*contre*! ¡Qué barbaridad! ¿No los oyó *usté*? ¡*Contre*! Uno de ellos, mayormente, parecía su boca un *escurpión*. Que si el clero es nuestra ruina; que si la religión es cosa *pa* las viejas y beatas. ¡*Contre*!,y, ¿querrá usted creer que lo aplaudía la gente? ¡*Contre*!, yo tenía la sangre más negra que el carbón mientras hablaba aquel hombre. Dios lo perdone... ¡*Contre*! Yo entré *equivocao*, como otros buenos hombres de la huerta; allí no había más que zapateros y gentuza de la ciudad... Diego que fue lo mismo que cuando habló aquí Fray Diego de Cádiz. ¡*Contre*!, se *espoblaron tos* los campos, *cortijás* pueblos en cuarenta leguas a la redonda, *pa* oírle, ¡*Contre*!

Y el huertano sonrió triunfalmente al comparar la mezquina concurrencia que había asistido al mitin, con el gentío inmenso que rodeaba la cátedra del beato Cádiz.

VII

Quesada estaba verdaderamente intrigado por conocer el prodigio del capuchino, pero la seguridad tenida de que el hortelano abocaría cuanto se propuso decir, aun a trueque de interrupciones y preguntas, se contuvo en el silencio y aguardó, sin despegar los labios, a que su interlocutor se vaciase motu proprio.

¡*Contre*! No cabía la gente en la calle. Parecía este pueblo un campamento. La noche antes del sermón

durmieron miles de *presonas* en los portales y en las plazas. ¡*Contre*! No vaya usted a creerse que *pedricó* en la iglesia. ¡*Ca*!, no señor. *Pedricó* desde un balcón del Ayuntamiento y dos días antes estaba la plaza *ocupá*, pero llena, de bote en bote, por los *madrugaores* que habían *tomao* vez ¡*Contre*!, y figúrese usted si habría allí gente esperando, sin moverse de su sitio, que por esta misma calle, que *agora* viene llena de agua, bajaba un chorro de *meaos*, con perdón, como el cuerpo de un buey.

Mariano no pudo contener la risa que le produjo el conocimiento de aquel inusitado sueco.

«¿Es que no se lo cree usted? ¡*Contre*!» —exclamó casi ofendido el labriego. «Pues eso pasó, como haber Dios. Eso es tan verdad como que ahora está lloviendo a mares. Y, eso fue *ná*; lo más gordo vino *dimpués* mientras *pedricaba* Fray Diego».

Y, como si él hubiese sido testigo presencial del estupendo acontecimiento, relató todo lo sucedido en aquel memorable día: Una muchedumbre inmensa de hombres apretados unos con otros, «como sardinas en bota», ocupaba los tejados de la colegiata, del Ayuntamiento y de todas las casas de la plaza Mayor; en el suelo y en los balcones es vano decir que no cabía ni un alfiler.

Y no solamente en la plaza oprimíase el gentío; todas las calles próximas, rebosaban oyentes. Porque Fray Diego de Cádiz, según el informador, tenía el don de dejarse oír por todo aquel que se lo propusiera, aunque estuviese a un kilómetro de distancia, siempre que la lejanía la motivara la falta de sitio más cercano al púlpito o tribuna del prodigioso apóstol.

La oración de aquel verbo de Dios duró catorce horas, durante las cuales nadie osaba toser ni respirar, ni tampoco moverse; sólo la voz divina se estremecía en el espacio.

¡*Contre*! ¿Qué tío de mitin, de esos que ofenden a Dios, consigue tener a miles de almas, sin rechistar ni estremecerse, más de *medo* día? Ninguno. Porque no *tien* fe en ellos. Por más que hoy no se *tié* fe *na*. Si viniera ahora, a Lorca, Fray Diego de Cádiz, no podría hablar más de dos horas, porque si se pasaba lo dejaría solo la gente. ¡*Contre*! Quizá se aburrieran más de su sermón que de los *berríos* que dan los enemigos de la religión. Por eso estamos, como estamos, pasando miserias; *dejaos* de la mano de Dios. ¡*Contre*! ¿Sabe usted con qué pagó el cielo la mansedumbre y paciencia de los cristianos que escucharon a Fray Diego? Mandando un riego de orines que ennobleció la huerta. ¡Sí, señor! Cuando se asomó al balcón del Ayuntamiento, Fray Diego de Cádiz se arrodilló para pedir al Altísimo que concediera a sus oyentes, la gracia que más necesitaran. Y cuando principió su sermón, el chorro de *meaos* que bajaba por esta calle abajo, se convirtió en una crecía, más grande que la que viene ahora, y duró el mismo tiempo de la *pedricación* del santo hombre. ¿Qué le *paece* a usted eso? ¡*Contre*! ¿Es que no fue milagro? Porque por mucho que meara aquella gente, nunca sería tanto... Es verdad que estaban allí las miles de *presonas* más *oprimías* que los granos de panizo en una panocha; pero, no era bastante, eso fue milagro de Dios *pa* premiar la fe de aquellos hombres. Sí, señor, la huerta, hasta el río, se abonó con orines, y del río *pa* allá con el tarquín de una a *mo* de *imundación* que vino sin llover y sin siquiera nublarse el

cielo. ¡Contre! Como no hubo orienes *pa to,* el Señor dio la otra gracia a lo que faltaba y así no quedó *nadie* descontento.

Mariano no había escuchado en su vida nada tan original y peregrino. Aunque no fuese más que por conocer a Rosendo y por oír su narración daba por hecha su visita a Lorca. Y en voz alta observó, afectando sinceridad y fe:

«¡Qué lástima que no se repita el milagro; ahora les vendría a ustedes muy bien otro. Es fácil conseguirlo; que ese padre Antonio de que usted habla, pronuncie un sermón de catorce horas y está hecho. Esté usted seguro de ello. Dios premia siempre esos esfuerzos».

El huertano interpretó en su verdadero significado la ironía de aquellas palabras y movido de santa indignación, igual que un elegido a quien escarnecen cuando hace la revelación de un misterio, recriminó a Quesada de esta forma respetuosa, pero dura:

«¡Parece mentira que usted se ría de ciertas cosas! Yo que conocía a su familia... Y son los libros los que pervierten a la *juventu,* ¡*Contre*! ¡Todos, todos, debieran ser, como dice el padre Antonio, *quemaos,* igual que se queman los cardos punchosos! ¡*Contre*! Por más que si Dios mandara un castigo del cielo que sirviera de ejemplo a los incrédulos...»

El ansia incendiaria de los inquisidores revivía en su pecho, al escepticismo de Mariano, como una llama agonizante en el ambiente quieto, se inflama y retuerce con el viento.

VIII

Seguía lloviendo, pero no tan copiosamente como algunos minutos antes. Y el labriego, a quien le resultaba ya insoportable la presencia del impío, pretextando que el agua, menos fuerte que cuando él se guareció en el árbol, no le impedía proseguir la marcha, cogió del suelo su cesta de ílores y, despidiéndose, reanudó el camino a la ciudad, pidiendo al cielo algún castigo que, después de tener en peligro a Quesada haciéndole comprender que era por obra divina, le convirtiese.

IX

Con su cesta de flores al brazo y salvando a saltitos los charcos que a cada paso encontraba, habría andado el devoto siete metros, cuando una chispa eléctrica lo abatió en el suelo, después de destrozar la rama del olmo.

Prodújose una detonación leve y seca.

Mariano permaneció sobrecogido algunos instantes, perturbado, sin querer dar crédito al siniestro.

Con un esfuerzo de voluntad, concentrando todas sus fuerzas, se precipitó a auxiliar al caído.

Yacía con la cabeza en un charco, y el cuerpo aún mórbido, descansando de espaldas, con los brazos extendidos y las manos abiertas. El sombrero estaba a poca distancia del cadáver.

Del cesto, volcado, había salido las flores desparramándose por el suelo, como si las hubiese puesto allí una mano piadosa, al paso de una imagen procesional.

Notó Quesada, a simple vista, que el labriego ya no existía, pero fue tan instantáneo su tránsito a la

muerte que, ante la indiscutible realidad, le costaba trabajo creer en la extinción de aquella vida, y, sin darse cuenta de que era inútil su empeño, le llamó repetidas veces. Y mientras le llamaba hacía inconscientemente esta reflexión: «Si el rayo, en vez de matar a él, me quita a mí la vida, este hombre hubiera calificado de milagro ejemplar la desgracia, y mi nombre perduraría como el de un condenado».

X

La gente de las viviendas próximas, que a la detonación habían salido a las puertas, al oír las voces de Quesada, corrieron al lugar del suceso. Hombres y mujeres acercáronse a Mariano, cariacontecidos y sobresaltados. Llegaron las mujeres con las faldas recogidas y protegiéndose de la lluvia con viejas y descoloridas sombrillas que para sol y agua les servían, sombrillas de varillaje indiscreto, y los hombres, con los sombreros chorreando agua.

Con la ayuda de los que habían llegado, levantó Quesada el cuerpo yacente, que no presentaba herida ni lesión.

Una mujer anciana, gorda y locuaz, exclamó al ver al muerto:

«¡Calla! *Pos* si es el tío Rosendo. El mejor hombre que ha *comío* pan».

—*Probetillo*: le ha *llegao* su hora—, declaró sentenciosamente un hombre serio y flaco.

—La persona más cristiana que había en la *güerta*—, barbotó lastimeramente una zagala pálida.

—Yo he podido convencerme de eso. Era un cristiano ejemplar—, abundó Mariano.

Y con la comunicabilidad propia del que ha sido

único testigo de un hecho trascendental e insólito que despierta interés, Quesada hizo un relato minucioso y veraz de lo ocurrido, y, como antecedente a ello, reprodujo el coloquio que sostuvo con el muerto, sin omitir el denuedo con que la víctima del rayo quería demostrar que la falta de creencias religiosas en las gentes actuales, era causa de la ruina de los pueblos, haciendo referencia del empeño que puso en convencerle de la exactitud del milagro de los orines, y revelando las manifestaciones de indignación del desdichado, al creer su relato objeto de mofa y de duda, por parte del oyente.

Al escuchar esa referencia fidedigna y autorizada de lo ocurrido, la mujer obesa prorrumpió sollozante:

«¡Este hombre ha muerto en gracia! ¡Dios se lo ha *llevao* a los tronos del cielo».

—¡Qué buen fin ha *tenío* el *probetico*! —gemecó una anciana, con aspecto de vidente.

—Esto ha *sío* un milagro ¡Si *tos* tuviéramos la suerte de este hombre *pa* morir... ¡Lo que es que los *pecaos nus* comen —afirmó el hombre flaco, arrodillándose para comenzar una oración.

XI

Al día siguiente no se hablaba en el pueblo, de otra cosa que del episodio milagroso.

En el Casino y en varios sitios públicos, Mariano escuchó el relato de esta forma, con pocas variantes: Durante la tormenta de la tarde anterior, el tío Rosendo Perán, se había guarecido bajo un árbol de la alameda, para protegerse del aguacero. Cuando impetraba de Dios misericordia y piedad para los campos y para los hombres, en súplica de que no callese del cielo una nube de piedra que arrasara los escasos

sementeros, ya espigados, mezquina cosecha del año, presentósele el demonio en forma de un caballero bien vestido, que comenzó a tentarlo a fin de que adjurase de la divina religión de Jesucristo. El santo hombre defendió su fe como un cristiano ejemplar y resistióse a las perversas seducciones del enemigo. Ante la insistencia abrumadora de Satanás, hizo con su diestra el signo de la cruz y, al ver este emblema celeste, desapareció el espíritu maligno. En aquel mismo instante, un rayo mató al justo, sin herirlo. Cuando llegaron las gentes al sitio trágico, vieron que en derredor del intacto cadáver habían florecido azucenas, rosas y lirios.

Pero en ninguna parte oyó Quesada que relacionasen su nombre con el trágico milagro de la alameda.[63]

[63] *La joroba de Juan Veintidiez* (1917), págs. 207-235.

Los superdioses y el abúlico

Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún

I

Recostada en la falda de una Sierra pasa su vida una aldeana. No aumenta ni mengua: siempre son las mismas sus viviendas, con el mismo color sus fachadas, con la misma altura sus polícromos tejados.

La Sierra es bermeja, con una corona de rocas violáceas en su cumbre. Desde ella se domina el mar; es el pico más elevado de todo el contorno. Entre las grietas de las rocas hacen sus nidos las águilas.

Más abajo del caserío hay unos cuantos bancales de huerta; más abajo discurre inmutable un arroyo.

II

Vas hoy, vas mañana.

Te subes arriba, a las rocas. Miras a levante, verás el mar; un mar que, como está tan lejano, no podrán percibir tus ojos si está tranquilo o si está furioso. Sólo una superficie azul columbrarán.

Sin saber por qué te emocionas.

Clavas tus pupilas en la gasa tejida por las aguas. Después respiras con una fuerza inverosímil, con una fuerza de atleta y exclamas, con el rostro oreado por la brisa: «¡Qué hermoso es el mar!»

Al rato, la aldea atrae hacia ella tu atención. Diriges tu mirar al hondo.

PIENSAS

Ahí vive gente, y, sin embargo, ¡qué silencio! Ni una risa, ni una voz, ni un suspiro.

Por el momento te da deseo de vivir allí.

Los cuadros de sembrados saltan lozanos de la tierra, de la misma tierra que a los pocos pasos más allá no cría.

Te sucede con los sembrados lo mismo que con el mar: estás tú tan elevado y ellos tan profundos, que te es imposible saber qué clase de hierbas germinan en sus áreas. Las manchas verdes nada más puedes saber que existen. Crees ver en ellas un lecho sublime y anhelas descansar sobre él.

De súbito, el hijo plateado del arroyo parece decirte: «Mírame a mí también».

Le obedeces.

PIENSAS

Yo tengo sed. ¡Si yo pudiera aproximar mis labios y beber!

Tu corazón arde en deseos. Tu pecho es una caldera, en donde hierve la aspiración. Como el soplo que tiene que apagar el fuego que lo alimenta no surge, sigue agitado.

III

Sacas el pañuelo, te lo pasas por la frente. El aliento del mar parece que quiere arrebatártelo. Tienes que sujetarte el sombrero, porque también corre el riesgo de ser arrastrado.

Escuchas un aleteo tremendo a tu espalda. Alzas los ojos. Un águila se eleva en el cielo.

Hasta ese momento no te has fijado en el cerúleo espacio.

Sigues con la vista el remontarse del ave. A medida que sube disminuye su tamaño, hasta parecerte como una paloma.

PIENSAS

¡Oh! ¡Si yo pudiera volar! Pero no puedo. Soy un hombre y los hombres no tenemos alas.

Te contemplas los brazos, te contemplas las piernas, todo tu hermoso cuerpo de rey de la creación, y te sientes ridículo, te enfureces sin saber por qué.

¡Sí! Porque eres un hombre y no eres un ave.

IV

Te sientas en una de las rocas; hirmas los codos en las rodillas y la frente sobre las manos.

Por muy escéptico que seas.

PIENSAS

Nunca he deseado ver deshacerse las olas del mar junto a mis pies como lo he anhelado esta tarde. Y, sin embargo, ha sido la vez que más retirado lo he visto. Jamás he ambicionado vivir en una aldea como esa. Muchas veces, viajando, he tenido que internarme en algunos de estos pobres caseríos, y al pasar por sus calles se me ha entristecido el corazón con sus miserias; ¡y esta tarde, desde este pico, me han parecido sublimes esas cuantas cabañas! Pues, ¿y el arroyo? Pues, ¿y esos cuantos bancales de huerta? ¿Qué tendrán estas rocas que desde ellas todo lo que se domina con los ojos cautiva? Hasta he renegado de ser hombre y me hubiera transformado en un águila.

V

Notas que la noche viese. Te lo está diciendo el Sol; el Sol, que tiene la mitad de su disco oculto tras una montaña de color de ámbar.

Te levantas; ya de pie, observas cómo se marcha el Sol. Sólo unos cuantos rayos muy débiles, como si fueran las pestañas de un ojo, asoma.

Se ha ido.

Tienes que empezar a descender de seguida, porque la noche va a dar suelta a sus tinieblas.

Buscas la senda más cómoda para bajar. Antes de ponerte en marcha, miras al mar. Sobre sus aguas flota un velo róseo, como una polvareda levantada por el Sol en su camino.

Miras también al arroyo, a la huerta, a todo.

Allá, en el horizonte, muy próximo al mar, se destaca un punto negro, como un agujero.

PIENSAS

¡Puede que sea el águila!

VI

Comienzas a bajar. Delante de ti ruedan las piedras a las que tú, con los pies, das impulso al andar; ellas hacen rodar a otras; éstas, a otras. Siempre las más grandes a las más pequeñas.

Como vas tan distraído con tus meditaciones, colocas uno de tus pies en terreno poco firme, te resbalas y tienes que hacer un gran esfuerzo para no caerte rodando al hondo. Te detienes algo sobresaltado junto a una mata de romero. El perfume de la mata silvestre te cautiva el olfato.

Por unos instantes todo tu ser queda preso; ¡preso del aliento de una mata del monte!

A los cuantos segundos dejan de percibir tus sentidos hasta el menor resto de ese aroma. Cortas

un tallo de la mata montesa, te lo aproximas a las narices, absorbes varias veces. Nada; como si fuera inodoro. Lo tiras y sigues descendiendo con cuidado.

Llegas a la falda del monte. A un sitio en donde no hay más abajo. Te encuentras en un barranco con una arenilla azulenca que convidas a tumbarse.

Te acuestas cuan largo eres. Estás rendido, entresudado.

Junto a donde tú te encuentras, una adelfa deja salir de entre sus ramas los trinos de un ruiseñor. El pájaro, con su canto, parece reconcentrar todo el dolor del universo, y las flores encarnadas del árbol semejan las gotas de su llanto, cristalizadas en sangre.

El aire del espacio comienza a teñirse de negro.

Tu corazón se agita de una manera insólita en ti.

PIENSAS

Nada fatídico me ha sucedido, y, sin embargo, estoy muy triste. ¿Por qué será? ¡Es que las cumbres de los montes son tronos de melancolía!

Entre tanto tú reflexionas por las sombras, que ya van siendo muy intensas y en dirección a donde tú estás echado, distingues avanzar unas manchas blancuzcas que, como si fuese peñones de alguna Sierra, se estuvieran variando de sitio.

El sonido de tu cencerro te hace comprender que esas visiones son las ovejas de un rebaño. Al rato oyes cantar a su pastor. Lo dejas que llegue casi a tu lado. Te decides a hablarle; le hablas:

TÚ

—¡Bueno hombre!

EL PASTOR (algo extrañado).

—A la paz humana. ¿Quién me habla? Y a quien me habla, ¿qué se le ofrece?

TÚ (incorporándote).

—De la paz soy. Estad tranquilo. Quien os habla es un caminante extraviado, y quisiera saber en qué paraje se encuentra.

El pastor se te acerca. Con sus ojos, que resplandecen en la penumbra de la noche como si fueran dos luceros, te contempla desde la cabeza a los pies. Los fulgores de sus pupilas producen en ti la afasia más absoluta.

Sientes una debilidad grande en las piernas y te vuelves a acostar.

EL PASTOR (tomando asiento a tu lado).

—¿Me preguntas qué parajes son éstos? Mira; este barranco se llama «La Sima del Querer». Esa Sierra que todas las albas la pinta el Sol bermeja, «La Sierra del Trabajo». Y su cima, que son unas rocas que también el Sol tiene el capricho de teñirlas todos los amaneceres del color de los balajes, «La Corona que jamás te pondrás». ¿Es que has subido acaso a ese pico? ¡No subas nunca allá arriba! ¡Oh! ¡Sí, has subido! No hay más que verte. Esta arena no se puede pisar sin haber estado antes en «La Corona». A no ser yo y mi rebaño, que nacimos aquí.

Las ovejas balan; las ovejas restriegan sus cabezas contra las piernas del pastor.

EL PASTOR (intentando levantarse).

—Ahí te quedas, con tu cuerpo queriendo taladrar ese suelo impulsado hasta el infinito por la gravedad de tu cansancio. (Vuelve a quedarse sentado). ¿Para qué has

subido? Haberte quedado en la aldea que hay asentada en la otra vertiente del monte. En esa aldea no existe tan potente el cansancio, porque no se trabaja. Es la mofa de todas las ciudades del mundo; la llaman «La aldea de la Abulia». Cuentan que una vez llevaron a uno de sus habitantes a la urbe de más actividad que hay en la Tierra, con el objeto de estimularlo y de que infiltrara energía a sus vecinos. ¿Sabes lo que hizo y dijo al ver y oír toda la vida de la gran ciudad? Se echó las manos sobre los ojos, tapándoselos, y gritó:

—¡Locos! ¡Locos! ¿Cuál es vuestro empeño? ¿Qué labor perseguís constituir? ¿La estatua de la vida? ¡Desgraciados! ¡Si la vida son los cinceles que tenéis en las manos para escupir la efigio de la muerte! No es vida lo que tenemos que esforzarnos por elaborar, puesto que muerte son todos nuestros resultados. La vida no se debe mirar como una meta sino como una escala. Pero, ¡oh, vosotros queréis hacer que las hogueras sean eternas! Y las hogueras no son hogueras, son cenizas. ¡Trabajad! ¡No descanséis ni de noche ni de día! ¡Acaparad dinero! ¡Atesorad ciencia! ¡Multiplicad la especie! ¡Dilatad las ciudades hasta hacer de todas una y que los edificios sean tan altos que sus cúpulas estén cubiertas de nieves perpetuas! ¡Saludaos en el espacio con las águilas! ¡Taladrad la Tierra del uno al otro confín! ¡Perdonadme que me ría, hermanos! Porque, aunque vosotros me despreciéis, hermano vuestro soy.

VII

¡Os lo adivino! ¡Os lo adivino! En vuestros cerebros están escritas en estos momentos las siguientes palabras: *Este infeliz se ha puesto loco por efecto de*

la sensación que le ha producido la magnificencia de nuestra obra. ¿De qué obra? ¡Los locos y los inconscientes sois vosotros! ¡Vosotros, que con el afán de construir un templo no hacéis más que levantar un monte de escombros! ¡Cada madre que pare un hijo ha encendido sobre sus entrañas una hoguera en holocausto a la muerte! ¡Llevadme, llevadme a mi aldea! ¡Llevadme pronto! ¡Aquí veo la imagen de la muerte gigantesca! ¿No la veis vosotros? ¡Miradla! ¡Estáis ciegos! ¡Cómo se nutre con vuestra sangre! ¡Locos! ¡Locos! ¿Para qué os arrancáis vuestros corazones, lanzándolos contra ella como impotentes proyectiles para destruirla? ¡No veis que en vez de herirla la alimentáis! ¡Locos! ¡Locos!

VIII

—¡Llevadme! ¡Llevadme a mi aldea! ¡Aborrezco el trabajo! ¡No! ¡No! ¡No llamadme gandul! ¡No llamadme cobarde! Abrazadme y gritad: *¡Buen hermano!* ¡El trabajo es la lucha y la lucha es el odio! En vuestros labios no se puede pronunciar la palabra amor. ¡Qué nube del cielo podrá arrojar de su seno un copo de nieve y un rayo abrazados!

¡Llevadme a mi aldea! ¡Llevadme pronto! ¡A mi aldea la muerta! ¡Con mis hermanos los muertos! ¡Sí! ¡Con ellos, con ellos! Con aquellos obreros, más positivos que vosotros. Vosotros queréis serenar la fatiga de vuestros pechos, corriendo. ¡Corred, que la espuma de sangre os va adornando los labios! ¡Y mientras tanto yo y mis hermanos, los de la aldea, sentados a la orilla del camino, os veremos pasar.

¡Corred! ¡Corred! ¡A ver quién llega antes! Pero ¡oh!, yo quisiera saber dónde vais. Decídmelo. ¡Os encogéis de hombros y dilatáis vuestros ojos! Los caminantes que desconocen dónde está la ciudad

adonde van y saben el camino, sublime privilegio tienen.

¡Llevadme a mi aldea! ¡A mi aldea la muerta! ¡Con mis hermanos los muertos! ¡Con aquellos, que tienen los rostros inmaculados, porque como no corren, no perciben en ellos el polvo que levantan los pies de los que van delante, ni tampoco envuelven, con el alzado por ellos, a los que van detrás! ¡Con aquellos que duermen las siestas eternas tumbadas a la orilla del arroyo!

¡Oh! ¡Allí, en mi aldea, no se notan tullidos! ¡Lo son todos! ¡No lo es ninguno! ¡Allí no hay débiles! ¡Allí no hay fuertes!

¡Llevadme! ¡Llevadme! ¡No quiero ser parte de la corriente de vuestra comunidad! ¡Vosotros avanzáis desbordándoos! ¡En vuestra superficie se levantan olas como mundos y simas como sus orígenes! ¿Sabéis por qué? ¡Porque el abuzamiento del río de la vida va hacia el Occidente y vosotros queréis desembocar en un mar en Oriente! ¡En el Oriente no hay ningún mar, sino una fontana!

IX

—¡Llevadme! ¡Cuán distinta es la vida que aquí se agita de la que yo he vivido, a la sombra de los árboles de mi aldea! ¡Sombra más dulce y más amorosa que la que producen los artesanos de los más suntuosos de vuestros palacios! ¡Aquellos son dignos de mí! ¡Son de tan rancia estirpe como la mía! ¡Estos son hechos por vosotros! ¡Me dan asco! ¿No notáis que huelen a hombre? ¡Apestan a vanidad y a sudor podrido! ¿Cómo es posible que descanséis sobre vuestro mismo cansancio? ¡Qué exóticos sois, que os enorgullecéis y os envidiáis con ello!

¡Cuán distinta es la vida que aquí se agita de la que ya he vivido, contemplando en un atardecer un cuadro real, pintado por la Naturaleza con la paleta del Sol sobre el lienzo del cielo! ¡Aquel cuadro tenía más vida y más verdad que todas las groserías que cuelgan de las paredes de vuestros Museos!

¿De qué masilla viscosa de vuestras paletas resplandecerá la luz como de la luz misma?

¡Oh! ¡No puedo mirar vuestros lienzos sin volver la cabeza pasmado!

¡No os sublevéis contra mí, pintores! ¡Qué culpa tengo yo de que mis ojos, en vez de admirar en ellos belleza, vean fantasmas!

¡A mis ojos les es imposible confundir la verdad con la mentira! ¡Como tampoco pueden mis labios arder febriles de amor con mis brazos abrazados a una estatua de mármol! ¡Al contrario, la estrello indignado, por haberme querido engañar, y maldigo al que le ha construido!

¡Yo amo tanto la verdad, que tengo que repudiar vuestros cuadros! ¡No sólo los rechazo, sino que me asustan! ¡Soy, en presencia de ellos, semejante al niño que le acercaran junto a la cuna un Mingote de trapos en lugar de su madre! ¡Oh qué crimen tan grande es eso; y, sin embargo, para ello no tenéis cárceles! ¿Qué soy yo, sino uno de esos pedazos de naturaleza acendrada? Y vosotros, ¿qué sois? ¡Unos ególatras!

¡Cuán distinta es la vida que aquí se agita de la que yo he vivido, oyendo los trinos de las aves canoras! ¡No, no! ¡Me es imposible daros mi corazón, músicos humanos! Es ya de aquellos pájaros, de aquellos trovadores del amor, de aquellos que cantan porque aman, de aquellos que son corazones con alas y con

patas. ¡Cuántas veces he deseado yo haberme transformado en uno de ellos, pero con mi misma alma, para haber sido amado!

X

—¿Para qué me habéis traído aquí? ¡Para que me asombre de vuestro trabajo y de vuestro arte! Asombrado me voy. Cuando llegue a mi aldea...

¿También me enseñáis vuestros libros? ¿Y qué decís en ellos? ¡Leédmelos, porque yo no entiendo esos signos?

¡Callad! ¡Callad!

¡Hasta dónde he llegado vuestro frenesí de creadores! ¡Habéis convertido las frentes en senos, y en vuestra locura creéis tenerlas preñadas! ¡Oh qué insensatos! ¡Notáis el parpadear de los ojos del alma y creéis que son fetos que, liados en los amnios, se agitan!

¡Vosotros ya no sois hombres: sois dioses! ¡No; sois aún más: *superdioses*!

¡No taladradme el cuerpo con vuestras miradas irónicas!

¡Sí, *superdioses*! ¡No es otra la fiebre que os calcina! ¡Queréis perfeccionar la imperfección del Creador!

XI

—¡Ay, hermanos! Deteneos un instante en vuestra labor. Lavaos las manos en la fuente de la serenidad. Frotaos después con ellas los ojos. Respirad con toda la fuerza que os permitan vuestros pulmones debilitados y expeled vuestra fiebre. ¡Contemplad vuestra obra! ¡Para que los brazos hagan, hay que cruzarlos sobre el pecho algunas veces y dejar a los ojos, mientras tanto, que contemplen perplejos la

labor! ¡El trabajo de siglos de los brazos hay que alumbrarlo con algunos relámpagos de los ojos!

¡Hermanos: Un instante de sosiego hace lo que le ha sido imposible a una eternidad de fatiga!

¡Artificios de la «Tierra»! ¿Con qué material trabajáis? ¡Con el de la «Tierra»! ¡No tenéis donde elegir material, no tenéis a dónde tirar los escombros! ¡Todo es de la «Tierra», todo va a la «Tierra»!

He ahí que os sobra tinte encarnado y tierra. ¿A dónde lo traéis?

¡O mi madre me parió sin ojos o no tenéis ni lo uno ni lo otro!

Si es que yo estoy privado de la vista, ponedme vosotros unos ojos. ¡Quien tiene poder para arreglar un mundo, qué no hará con un hombre! Quiero ver cómo lo huevos enseñan a remontarse más alto a las aves. Quiero ver cómo la crisálida humana le enseña a hacer al Creador.

Si hasta el Sol y la Luna pudiéramos llegar los hombres, ¿sabéis cuáles serían las primeras manos que se destrozarían, arrancando materia de esas dos canteras, la una de calor fecundo y la otra de luz amorosa? Las mías y las de mis hermanos de la aldea.

Pero antes de empezar nuestra obra esperaríamos la llegada de una noche muy negra. ¿Sabéis para qué? Para coger con nuestras manos toda esta «Tierra» y arrojarla en el abismo de la «Noche», a que se perdiera para siempre.

Pero no, nos es imposible; la impotencia es el don de los hombres. ¡Cómo poder llegar hasta los astros, si cuando intentas volar apenas si te levantas media vara del suelo! ¡Cómo deshacerse de toda esta miseria

terrestre, si todos los puñados de su masa, cuando los lanzas al espacio no desaparecen!

Todo es de la «Tierra», todo va a la «Tierra».

No trabajéis, hermanos, que la «Tierra», es lo que fue y será lo que es.

XII

El Pastor hace una pausa. Un recental bala a su lado. Y prosigue:

Los hombres de la gran ciudad le gritaron con desprecio: —¡Eres un ignorante enfermo; te despreciamos!

—Lo sé —contestó el abúlico—. Tengo la enfermedad de saber lo que soy y vosotros el delirio de *superdioses*. Seguid vosotros bailando por el mundo, disfrazados de *superdioses*, semejantes a esos monos que, vestidos de hombres, llevan los vagabundos por mi aldea, que yo voy a tumbarme a la orilla del arroyo y a decirle a Dios:

—Tú eres la fuerza ciega que crea. Eres la nube que en el espacio negro formas la tormenta. Yo, la luz; la conciencia; uno de los relámpagos que brotan del seno de la nube. ¡Sé que mis fulgores, imperfectos y mortales tan sólo sirven, para poner de relieve tu impotencia de libertad creadora, como los rayos enseñan las negruras de las nubes; que yo no soy como esos que los haces fugaces y maltrechos y creen ser semillas de donde nazcan soles! Y allí, tumbado, trabajar para morir.

XIII

El pastor corta su narración. El trino de un ruiseñor sale potente de una adelfa. Otro le contesta.

Todas las ovejas se han acostado y parecen dormir. Tú sigues privado de la palabra contemplando las estrellas del cielo.

EL PASTOR (acostándose).

—Esta noche haremos majada aquí, contigo.

El silencio es profundo. Los ruiseñores cantan como si quisiera evaporarse en sus trinos.

EL MACHO

Navegante del mar de la vida
¿te fatigas de tanto remar?
No remes;
¡que sin remar, tú marcharás!

HEMBRA

Navegante del mar de la vida
¿sabes tú dónde vas?
no lo sepas;
¡sin saberlo, tú llegarás!

MACHO

Marcharás sin tener que remar.

MACHO y HEMBRA

¡Sólo una playa hay donde arribar!
¡Las olas todas van adelante!
¡Jamás irán hacia atrás!

MACHO

Pobre minero
del barco velero,
¿qué viento lo mueve?

HEMBRA

Viento de dolor.

MACHO

¿Divisa la playa?

HEMBRA

No; la luz del rencor.

Las estrellas comienzan a palidecer y el cielo a tornarse más claro. Una Luna llena presenta la mitad de su disco tras los montes.

MACHO

Mira la madre de la noche, navegante;
mírala como va.
Va risueña, melancólica, radiante;
ya la ves asomar.

HEMBRA

Ya ha columbrado las crestas del monte;
de la tierra se va;
se va sola surcando el azul horizonte
como aguas de un mar.

MACHO y HEMBRA

Qué aguas tan dulces, tan serenas.
Son las aguas del mar de la Luna;
no tienen olas, no tienen penas;
son aguas muertas de una laguna.

MACHO (dirigiéndose a la Luna).

Eres barco de nácar,
del mar calmoso de cielo azul;
y la playa que te encierra,
son las Sierras,
de la «Tierra»,
que aprisiona al ruiseñor.

HEMBRA (dirigiéndose a la Luna).

Eres rosa de nácar

del jardín foso del cielo azul,
y tus pétalos de hielo
son los celos
y el desvelo
por quien llora el ruiseñor. (Una pausa).

HEMBRA (con acento muy triste).

Ruiseñor querido,
ruiseñor amado,
¿dónde está mi nido?

MACHO

No pongas los huevos,
madre del trinar;
no debes criar.

HEMBRA

No son huevos, son lágrimas de dolor
ruiseñor,
lo que quiere verter tu compañera
plañidera.
No es el nido del criar
y del vivir,
es la fosa del llorar
y del morir.
Trovador:
lo que espera tu coplera
no es cloquera,
no es ardor;
es helor,
es el fulgor
del arbor
de un amor,
que al columbrarlo me muera.

MACHO

Llora, que mientras tú lloras yo cavo.
Llora, que con lágrimas decoras el socavo.

HEMBRA

Nací ayer y quiero morir hoy.
De la vida soy,
mas de la muerte quisiera ser.

MACHO

Contra tu corazón me oprimes, vida,
alma dolorida,
materia inerte quisiera ser.

Un nublo cubre a la Luna, dejándole visible un trozo semejante al que muestra en su cuarto creciente; diríase que era el signo de un calderón escrito por la mano de Dios en la marcha del Universo.[64]

[64] *Mis mendigos* (1915), págs. 21-62.

El amor

Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún

I

Anochece.

Es en la plaza más importante de una capital de Estado.

Comienza a lucir los focos.

Los tranvías circulan en todas direcciones, vomitando y tragando criaturas, lanzando al espacio el sonido de sus fuertes timbres.

Los automóviles corren berreando, locos, como gigantescas hormigas que hubiesen perdido la senda de sus hormigueros. Con ellos se mezclan los coches, cuyos caballos van aporreando el asfalto: los unos, espantadizos; los otros, humildes, cansinos, como queriendo ser enterrados en toda la baraúnda de luz, movimiento y ruido.

Miles de seres humanos caminan por toda la plaza con movimientos de autómatas.

MUCHAS VOCES CONFUNDIDAS

—¡Para notas! ¡Eh! ¡Eh! ¡Para vales! ¡Aquí, aquí! ¡Con el loritín, con el loritán! ¡Soy un pobre ciego! ¡Lo que compran a veinticinco yo lo doy a diez! ¡*El Rayo*, *La Fe*, periódico católico! ¡Paff! ¡Paff! ¡*La Cultura*, periódico escrito por los mejores escritores!

***

II

Yo me encuentro junto a un escaparate de lujoso calzado, vacilante, sin saber qué camino tomar.

PIENSO (mirando un reloj que campea en la plaza).

—Es muy temprano para irme a comer. ¿Dónde iría yo?

UNA VOZ (de mujer, junto a mí).

—¡*La Cultura*, periódico escrito por los mejores escritores!

PIENSO

—Voy a comprarlo, y así mataré el tiempo entre tanto.

LA VENDEDORA (alargándome el periódico).

—Tome.

YO

—¿Cuánto?

ELLA

—Quince céntimos (corriendo hacia otro punto). ¡*La Cultura*, periódico escrito por los mejores escritores!

Me quedo contemplando el periódico escrito por los mejores escritores. Va ilustrado. La portada es una caricatura de colores chillones. Leo los epígrafes de los artículos. Después las firmas. Todas son de gran renombre.

PIENSO

—Debe ser interesante.

De repente noto que me lo arrebatan de las manos. Lo recojo del suelo.

PIENSO

—Algún transeúnte que le habrá dado con el brazo.

Sigo ojeando.

Me lo quitan otra vez. Miro al suelo y está en el mismo sitio que antes. Intento agarrarlo. Me es imposible. Un soplo, como una ola de viento, lo aparta de mis dedos en el instante en que voy a cogerlo.

Siento descansar el peso de una mano en mi espalda. Me incorporo. Un hombre, a quien yo no conozco, me sonríe con afabilidad de camarada.

EL DESCONOCIDO (sonriéndose).

—¿Tú sabes quién soy yo?

YO (encongiéndome de hombros).

—No tengo el gusto...

ÉL

—Quien te ha quitado ese papel he sido yo, y yo también quien ha soplado para apartarlo de sus manos (recoge el periódico, que está todavía en el suelo). Toma (dándome el periódico), guárdalo en el bolsillo.

Le obedezco como la arena al viento.

ÉL

—Vente conmigo a un lugar apartado. Adonde no haya tanto hombre. Y mejor adonde no haya ninguno. No puedo ver tanta criatura junta, con eso que llevan en la frente.

Todos los transeúntes muestran las siguientes palabras, escritas con un tinte que parece sangre: «Odio a todos mis hermanos. La aspiración suprema de mi vida es bañar mi cuerpo con la luz de envidia que hacia mí despidan los ojos de los demás».

III

EL DESCONOCIDO

—Comienza a caminar y allí te espero.

YO

—¿Dónde?

ÉL

—¡Dónde ha de ser! Donde no exista la vida; la crueldad, es mi rival. Yo soy el amor. ¿No ves cómo me están insultando todos esos gusanos? Echa andar, que yo dejaré una estela de mi sangre para que te sirva de guía.

Desaparece por entre la multitud.

IV

Con gran dificultad salgo de la gran plaza.
Llego al campo. Respiro a mis anchas.

PIENSO

—Desde menos vidas hay, más vida se aspira.

La población se ha quedado a mi espalda. Vuelvo la cabeza hacia ella. El aspecto que presenta toda envuelta en luz, es el de un monte de basura, del que brota un gas fosforescente.

Sigo andando campo adelante. Parece que llevo un hilo amarrado al corazón y que me tiran de él. Esto me sirve de guía.

La noche es obscura. En el cielo están borradas las estrellas. Allá, muy lejos, aúlla un perro con acento agorero.

Me detengo. Esparzo la mirada en todas direcciones. La población se ha quedado enterrada en las tinieblas. Para mí no existe la luz. Los aullidos del perro se han extinguido.

Todo es silencio y negrura.

UNA VOZ

—No sigas andando. Aquí, en este sitio, ya puedo conversar contigo.

PIENSO

—¡Será un sueño esto que a mí me pasa? Jamás experimenté un bienestar semejante al que siento en estos momentos. ¡De todo carezco y nada ansío! ¡Qué lugar más sublime!

V

LA VOZ

—Oye bien lo que voy a decirte: Has de saber que de entre todos los gusanos humanos, los que más me ultrajan son los que pertenecen a la especie de los *intelectuales*. Esos que creen y dicen que la manera que ellos tienen de nutrir sus cuerpos y sus espíritus es la más digna, la más elevada, la más meritoria.

En otros tiempos, la aristocracia de la sangre era una garra cruel que arañaba los corazones. Pero, ¡oh!, la aristocracia del talento es la plaga más repugnante que padece hoy la tierra.

Los escudos que campean en las portadas de algunas casas, indicando que los que dentro de ellas moran son lo más exquisito de las distintas razas de

hombres, son llagas que llevo en el corazón. Pero, ¡oh!, los hombres que pretenden que sus plumas sean picos demoledores de esos sellos de deshonra humana, cuando sólo se ejercitan en construir blasones cuyo emblema dice: «!Soy el más talentoso!»

¡Siempre la aspiración humana ha de ser una pirámide que tenga su vértice mortificándome a mí y su base descansando en la crueldad! ¿Cuándo será un largo manso, sin orillas, que se bese por todos sus lados con mi oído?

¡Nunca! ¡Nunca! Yo soy un embuste en la vida; soy algo peor, soy la mano que ciega mientras la otra clava el puñal.

El Destino te ha dado la pluma para que te alimentes en la vida, como al pájaro el pico. No seas cuervo ni buitre, no seas tampoco águila ni cóndor. No comas carne, como semillas.

Que tu pluma no sea como las de los otros (como por ejemplo los que escriben «La Cultura»), pico de ave carnívora que se recree en horadar la materia de que tú también estás formado, porque con ello te insultas a ti mismo. Deja la carne que nutra las semillas, que las semillas nutrirán la carne.

La Humanidad es miseria, y se obstina en comer miseria. El estiércol no aprovecha más que para una cosa útil: para nutrir semillas.

VI

—¿Para qué te he llamado yo aquí?

—¡Ah!, sí. Los llamo a todos, a todos los hombres, que preparan el brazo para esparcir sobre el estiércol humano la simiente del amor universal. Y les doy un grano de mi fruto. Jamás ha germinado ninguno. Se

han podrido en las manos de ellos antes de arrojarlos.

Con casi todos los que escriben *La Cultura* ha hablado como conmigo ahora.

¡Y fíjate que hedor exhala ese periódico! Sus páginas, que debieran se viveros de fraternidad y de amor, son una letrina. La envidia y el orgullo son su perfume.

¡Cómo pesa, sobre los corazones de quienes la escriben, el dinero y la fama que recogen otros por su trabajo! ¡Quisieran ganar todos los tesoros del mundo porque creen que su arte es más elevado!

—¿Quién lo ha dicho? ¿Quién los ha podido decir que lo que brota de los hombres tenga una escala de superioridad y que pertenezca lo de ellos a lo más alto?

—¡Nadie, nadie!

Toda la sangre que mana el corazón humano no es más que de una clase: ¡de hombre!

—¿Tú sabes lo que es un hombre? No te digo para no quitarte la ilusión de seguir siéndolo. Y te quiero para que me siembres.

Sólo te diré que es un preso cargado de cadenas. ¡El supone que es libre porque anda suelto! ¿Pero por dónde anda? Por la cárcel más inexpugnable que puede existir.

Las murallas se saltan, de las rejas de hierro se pueden romper los barrotes y de las puertas las cerraduras. Pero, ¡la Tierra es redonda, y por mucho que andes no puedes más que dar vueltas sin lograr jamás salir de ella!

¡Qué cadenas más terribles arrastráis por el mundo! ¿Es que te están mirando para verlas? No; si no te las

ves, no son de materia. ¡Oh! Si fueran de hierro las podrías cortar, por muy gruesos que tuviera sus eslabones.

Un águila es aún más libre que un hombre, porque puede remontarse del suelo...

—¿Dices que también puede el hombre volar con su pensamiento más que el águila con sus alas? Bueno; remóntate tú sobre la altura mayor que pueda alcanzar ella, tantas veces como pelos tengan entre todas sus plumas todas las aves de la Tierra, y desde tú gran elevación contémplala caminar por el espacio. Cuando columbre una presa, verás cómo se lanza sobre ella para devorarla. Es que la cadena del hambre que lleva amarrada a su buche lo tira fuertemente. ¡Pues de tu ser cuelgan tantas cadenas *de esas* como veces te has remontado sobre el águila!

Toma este grano (en el cielo brilla un lucero con una potencia inaudita), ¿te parece poca simiente un grano? No te lo creas. ¡Qué más podría desear los hombres que cayera sobre ellas tan puro como luce en el cielo! Con este solo grano, si germina cuando el sol del estío comience a sazonar la espiga, se podrá alfombrar toda la Tierra de fruto. Y en la segunda cosecha no cabrá el grano bajo la bóveda celeste.

Acaba de borrarse en el cielo el lucero.

LA VOZ

—En tu corazón y en tus manos llevas la simiente. Sé buen sembrador.

Cesa de sonar la voz que me habla. Yo la llamo. No responde. Se ha ido.

VII

Acabo de retornar a la gran plaza. Todo está idéntico a como me lo dejé. Miro el reloj que campea en uno de los edificios.

Son las siete y cinco.

Saco *La Cultura* del bolsillo; desdóblola y comienzo a ojearla. Detengo mi atención en un artículo, que censura de una manera poco humana el arte a que unos hombres se dedican. Un arte distinto al que cultivan los redactores de *La Cultura*, ejecutado por hombres que tienen derecho a emanciparse y a vivir.

Insulto con el pensamiento a los que de tal manera escriben.

LA VOZ (sin dejarme continuar pensando).

—¡Eres como todos! ¡También se te ha podrido a ti la semilla!

YO

—¿Cómo esparcir la simiente sin pisotear el bancal?

LA VOZ

He aquí el único arte y la única belleza a que debe aspirar el escritor, a que debe aspirar todo hombre: Guiar a sus hermanos por la senda que crea la verdadera, con reclamos de amor, besándoles en los corazones, no mordiéndoles. Imitad a las ovejas que van delante de los rebaños con el cencerro.

Padeceréis eternamente. La misión del hombre es la de sufrir, como la del fuego es la de quemar. Cuando las hogueras hielen, entonces habrá cesado de llorar.[65]

---

[65] *Mis mendigos* (1915), págs. 21-62.

Los ruiseñores de Cintra

Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún

Fue una noche en la que el altavoz del gabinete de Marta era la garganta de todos los ruiseñores del Hyde Park de Londres.

Trinaban los pájaros británicos.

Marta señalaba, con su ensortijado dedo, al aparato de radiotelefonía en un gesto de arrobada.

Yo vibraba embriagado; el soberbio gato gris de la casa, sobre un sillón, en una postura de acecho, parecía estar hipnotizado, y el portugués Ferreira chupaba y chupaba su egipcio en una expresión de menosprecio.

—¡Esto es divino! ¡Esto es divino! —repetía a cada instante, con acento apagado, la bella Marta.

—¡Cómo enardecen la pasión erótica! —decía yo muy cerca de la joven.

El portugués callaba; lanzaba humo, entornaba los párpados y la punta de su nariz se flexionaba sobre sus sonrientes labios, semejante al pico de un buitre que jugara con una lombriz.

El gato, con los ojos desencajados, mirando al altavoz, era como un cañón de dos bocas que fuera a disparar a un mismo tiempo un proyectil por cada una de ellas sobre Hyde Park.

—Seguidamente es el sitio del Mundo donde hay más ruiseñores —murmuró la joven.

—¡Es asombroso! —exclamé yo.

—¡No! —negó secamente el lusitano.

—¿Qué no es asombroso este concierto?

—Que no es el Hyde Park el sitio donde hay más ruiseñores del Mundo —me comentó.

—¡Tú siempre negándolo todo! ¡Tú siempre en posesión de un más! —dijo Marta.

—¡Claro! ¡Cómo no habéis estado en Portugal! ¡Allí es donde está el «más» de la Tierra!

—¡Pero, Ferreira, ya estás con tus hipérboles! —exclamó la joven.

—¡Con mis verdades!

—Con tus verdades portuguesas, que es como tú llamas a tus fantasías —observó ella.

—Vamos a ver: ¿en qué sitio de Portugal hay más ruiseñores que en el Hyde Park, de Londres? —le pregunté yo, codicioso de una de sus poéticas mentiras.

—¡En Cintra! ¡En la paradisiaca Cintra! ¡En la afrodisiaca Cintra que el solo humedecerse con sus aguas hace poro una vorágine de lujuria! ¡En la Cintra de las masas verdes... de las cascadas... de los lagos... de los cisnes verdes... rojos, azules, violeta... y de colores nunca percibidos por los hombres! Estando yo una primavera en Cintra, en un idilio con Raquel, la amante del millonario Epaminondas, el dueño de las mejores minas de brillantes del Congo...

Un salto repentino del gato le hizo enmudecer a Ferreira.

Los tres llevamos la mirada al felino. Este habíase colocado junto al altavoz, y quizá buscando a los pajaritos, le arañaba con insistencia.

—¿Qué ocurre? —pregunté, notando que el aparato había quedado silencioso.

—Esto pasa alguna vez en este concierto; es que en este momento los ruiseñores no cantan. Es uno de esos instantes de mutismo sublime en los que los pájaros divos preludian... —la joven calló de pronto.

El altavoz comenzó a gotear gorjeos entrecortados.

—Ahora veréis —dijo, entusiasmada, Marta.

Fueron poco a poco acelerándose los gorjeos, hasta unirse en un solo silbido de fuerza tan inve-rosímil, que parecía que la Luna había descargado un latigazo sobre el lomo de la Tierra.

—¿Qué os parece? ¿Qué vale el «do» de pecho de los cantares comparado con esto?

—¡Es maravilloso! —exclamé yo.

—¡Eso no vale nada! Los ruiseñores de Cintra mueren al modular esas notas que acabáis de oír ahora; los machos, asfixiados al lanzarlas y las hembras heridas al recibirlas. Recuerdo que un amanecer, estando yo en el idilio con Raquel, que os iba a contar cuando saltó el gato, vimos que los lagos estaban cuajados de dunas, de muchas dunas, y eran grandes masas de cadáveres de Romeos y Julietas alados, que habían sido asesinados por el amor, discurriendo por los regatos.

—¡Eres más digno de que te pongan micrófonos que el propio Hyde Park, de Londres! —exclamó la bella Marta.[66]

[66] *Ondas* (Madrid), nº 188, 19 de septiembre de 1929; pág. 25.

LUMPENPROLETARIADO

Joaquín Arderíus Sánchez-Fortún

Capítulo I

Martina... ¡Martína! —gritó Antonio Farnés desde su cama.

Se abrió la puerta de la habitación, a oscuras, y entró Martina.

—¿Qué hora es? —Preguntó, revolviéndose en el lecho.

—Las doce —contestó ella, dirigiéndose a la ventana.

—No abras, no quiero ver el día. Enciende la luz eléctrica.

—¡Qué caprichos tienes! —y dio la luz .

Era la estancia pobre. Sus paredes estaban cubiertas de un papel verde descolorido, llena de rajines.

Pocos y misérrimos muebles: dos camas de hierro, pintadas de negro, con desconchaduras; dos sillas de henea desvencijadas y una mesa con papeles y libros.

En la cama en que estaba acostado Antonio había prendas de vestir raídas, haciendo el servicio de mantas.

La otra cama estaba sin nadie, pero con huellas de haber sido abandonada recientemente.

—¿Hace frío? —interrogó él.

—Está helando.

Quedaron los dos pensativos.

Eran jóvenes. Ella, bella, pero famélica, vestida con una bata gris y calzada con alpargatas pardas.

La cabeza de él resaltaba de la cabecera, rapada, y la cara, cetrina, angulosa y descarnada. Se le adivinaba en el rostro una dolencia crónica, pero su espíritu, seguramente fuerte, se lo nimbaba de energía.

—¿Por dónde vamos a echar hoy? —preguntó ella de súbito, cruzando los brazos.

—Llévate el chaleco.

—Si sabes que no dan nada por él...

—Un par de pesetas sabes que siempre han dado.

—Hace mucho frío, Antonio, para que te quedes sin él. No me gusta que salgas tan desabrigado.

—Peor es el hambre. Todo lo aguanto, Martina, menos el hambre. ¡Es para lo único que no soy fuerte!

—¡Qué vida llevamos!

—¡Ya será alguna vez buena, mujer!

—Pero, ¿cuándo?

—Alguna vez, mujer. Ten resistencia. La solidaridad de los hombres va siendo ya muy fuerte. Ten resistencia.

—¿Más aún?

—¡Es necesario tener toda la que haga falta!

—No depende de la voluntad de una, Antonio. El sufrir corroe mucho los huesos, los deshace.

—Ven. ¡Eres buena compañera, Martina!

La joven se aproximó, y él le dio un beso en la mejilla.

—Anda, toma el chaleco y tráete alguna cosa para que comamos.

—¡Me da una rabia! —exclamó ella tomando el chaleco de una silla.

—Está duro este Madrid, Martina.

—Vámonos a Barcelona... o a París.

—Después.

—¿Cuándo?

—Cuando yo vea que es oportuno.

—Aquí no nos podemos ayudar con nada. En otros sitios se puede trabajar en algo. Carmen y yo podríamos ganar, también, nuestro jornal: ¡Acuérdate en Lyon! Este Madrid no es más que para los señoritos. Aquí se mueren los trabajadores.

—Sí, pero ahora hay que estar aquí, hay que aguardar aquí. Tú déjame, que yo sé lo que hago.

—¡Qué Madrid más canalla! Aquí no viven más que los sinvergüenzas.

—Es verdad, Martina. La organización de la vida de este Madrid, ¡y la del mundo entero!, está hecha para el medro de los sinvergüenzas. ¡Pero yo tengo mucha resistencia!

—Cada día soy más revolucionaria!

—No hay que ser ni más ni menos, sino serlo anteriormente. ¡Anda, saca el mantón y vete!

Ella tiró de un chal de entre las ropas de la cama vacía.

—¿Qué quiere que traiga?

—El dinero que te den repártelo entre la comida y la cena.

—Ya lo sé, ¿pero qué quieres que traiga?

—¡Lo que sea!

—¿Quieres judías?

—Me hacen daño, Martina.

—¡Esa es la cosa! Lo que nos puede sentar bien, vale caro.

—¿Hay pan duro?

—Un poco queda.

—Bueno: ahora al medio día haz sopas y unos gallos.

—¿Y a la noche?

—¿A la noche?

—¿Unas patatas guisadas?

—Bueno: unas patatas guisadas.

—¡Todos los días lo mismo!

—Menos el que no podemos comer nada.

Cuando ella cogió el picaporte para salir, él le recordó:

—¡Qué no se te olvide el bicarbonato!

Capítulo II

Antonio se quedó solo.

Alargó una mano, y de la silla que tenía al lado, cogió un libro.

Se puso a leer.

Hacía dos años que vivía en Madrid, en aquella misma habitación, que le había alquilado un matrimonio de coristas del teatro Real, en la calle del Escorial.

En época anterior, había vivido también en Madrid, pero desesperado por las crudezas económicas, habíase refugiado en Lyon, trabajando con Martina en una fábrica de cristal.

En estos dos últimos años que llevaban ya viviendo en Madrid, Martina y Antonio, todos los días, tenían escenas análogas a la precedente. Unas veces era el chaleco, otras alguna camisa, o algún libro. Alguna vez, ante la necesidad de un compromiso repentino, necesitó meterse en un urinario y despojarse de alguna prenda interior para empeñarla. Ellos mismos se sorprendían de ir tirando con aquella escasez de medios, meses y meses.

Ella ganaba algo algunas veces cosiendo, y él cobraba, de tarde en tarde, algún artículo en los periódicos proletarios de provincias. Por las noches llegaba Carmen, la hija con cuatro o cinco perras gordas que había recogido de propinas entre la clientela de la modista Fanny.

Capítulo III

Volvió Martina de empeñar el chaleco, y con lo que había comprado para comer.

Cuando Antonio terminó de comer, volviese a echar en la cama, vestido, para reposar una hora. No era un lujo de burgués. Su enfermedad le obligaba, fatalmente, a tener que hacer.

Carmen, masticando el último bocado, salió el taller.

Martina cogió el libro que antes había estado leyendo Antonio, y junto a los cristales de la ventana sentase y se puso a leerlo.

Habían apagado ya la luz eléctrica, y en la estancia entraba una claridad de un patio lóbrego, de crepúsculo.

Antonio permanecía en silencio y hacía esfuerzos para no pensar.

Martina leía, embebida en las páginas.

De pronto oyeron gritos en la habitación contigua. Una voz desgarrada de anciana rugía:

—¡Infame, infame! ¡Me vas a matar! ¡Asesino! ¡Ay, qué perdición; ay, qué perdición!

—enmudeció la voz unos segundos—. ¡Siéntate! ¡Siéntate! ¡Asesino! ¡Ay, ay! ¡Socorro, socorro, que me mata este canalla!

—Esta vieja está loca —dijo Martina.

Antonio, indiferente, miraba al techo.

Sintiéronse golpes. Algo arrastraban por la habitación, sacándolo al pasillo.

Abrieron la puerta de Antonio y Martina.

—¡Ahí tienen ustedes a este bandido! ¡Ahí lo tienen ustedes, sujétenlo mientras yo busco la policía! —y la señora Capuz empujó a su nieto Celestino al centro de la estancia.

Se levantó Martina.

Celestino tendría ocho años. Era robusto, cuadrado, mofletes rojos, ojos azules y pelo rubio.

A pesar de los golpes que acababa de recibir y los improperios de la vieja, permanecía insensible, idiotizado, con la mirada inexpresiva.

—¿No lo ven ustedes? —interrogó la abuela, desde el vano de la puerta—. ¡Qué pinta tiene el mozalbete!

¡Parece un presidiario! ¡Como su padre! ¿No lo ven ustedes? ¡No llora! ¡No llora el granuja! ¿Pero es que no vas a llorar, llamo a la policía! ¡Si has de llorar a la fuerza! —y se abalanzó sobre él, dándole puñetazos.

Martina cogió al rapaz y se lo arrancó de las manos a la vieja:

—¡Pero, señora! ¡Lo va usted a matar! ¡Lo tiene usted idiotizado de tanto porrazo!

—¡Eh, Martina, hija, no vaya usted a hacerle daño a mis entrañitas!, ¿eh? —exclamó la señora Capuz, recuperando su presa.

—¡Usted está loca, señora! —exclamó Antonio, sentándose en la cama.

—¿Loca? ¿Quién es usted para insultarme? ¿Por qué estoy yo loca? ¿Por qué estoy yo loca? ¡Me lo tendrá usted que probar en el Juzgado!

Antonio no contestó y cambió una mirada con Martina.

—Huesecitos míos, ¿te ha hecho daño Martina?

El chico, insensible, mudo e idiotizado, vestido con un traje de punto color cereza, parecía el anca desollada de una vaca, en las manos de la abuela.

—¡Tenga usted hijos para esto! ¡Qué padres! Él, Dios sabe por dónde andará, y ella, pendoneando. ¡Si no fuera por mí, por su abuelita! ¿Qué sería de mi hermano? ¡Manzanote, manzanote! —y fue a besuquear al chico.

El niño estaba dispuesto a residir todos los golpes que hubiese sido preciso, pero no permitía ni un solo beso de la vieja. Cruzó los brazos sobre la cabeza, y apoyado el mentón sobre el pecho, se tapó la cara.

—No he visto criatura que le gusten menos las caricias —dijo la señora Dapuz—. Anda, no te enfades, primor, no te beso.

—Dale un beso a la abuelita —dijo Martina, acariciándole la cabeza al chico.

Hasta ese instante Celestino había estado sin quejarse y sin pronunciar una sola palabra de protesta; pero a la invitación de Martina, saltó con una vozarrona metálica de altavoz de radiotelefonía:

—No, que me mancha la cara de chocolate. Antonio y Martina miraron a la señora Dapuz. Tenía el rostro cruzado de chafarrinones de chocolate.

—¿Es que llevo yo la cara sucia de chocolate? Espera, que me la voy a limpiar.

Se pasó por la cara la punta de una sábana de una cama.

—¡Je, je, je! —rió el manzanote, al ver que la señora Dapuz se había esparcido el chocolate, poniéndose un rostro de mulata.

—¿Ven ustedes qué alegría tiene? ¡Pues no ha comido en todo lo que va de días! No le gusta el chocolate a este hombrón, y no ha permitido tomar ni una sopita. Todo me lo he tenido que comer yo.

—¡No me das más que chocolate, y yo quiero filetes!

—¡Filetes, quien los pillara!

—¡Pues ve a esas tiendas que hay tantas vacas!

—Cuesta dinero, hijito, y no tenemos. Por eso tengo que hacer, a la fuerza, chocolate.

—¡Tú haces el chocolate, porque es lo que más te gusta!

—No, hijito; es que alimenta y está dulce. Además, tesoro mío, con una perrita gorda se compra. ¿Quieres unas sopitas de leche?

—No. Si no me das filetes, dame sopas de vino.

—¿Ven ustedes? No le gusta nada más que las cosas de los hombres.

—¡A ti también te gusta el vino, y eres mujer!

—Da fuerza, hijo, da fuerza. Pero gustarme, no te creas que me gusta mucho.

—¡Más que el chocolate! ¿Y cuándo te emborrachas?

—¡Emborracharme yo!... No digas eso, cariñito. Lo que me sucede es que me quedo dormidita y sueño.

—Bueno, anda, vente, que me des sopas de vino.

—¿Te las vas a comer tú solito? ¿No le vas a dar ninguna cucharadita a la abuelita?

—¡Con la cuchara mía, no! ¡Tú, si quieres, tomas otra! ¡Me das asco!

—Qué escrupuloso eres. Vente —y lo agarró de una mano.

Ya en la puerta, dijo la anciana, como recordando:

—¡Válgame! ¡Qué conflicto! ¡Esto es para morirse! ¡Qué conflicto! ¡Ahora que caigo; no tengo ni una perra chica! Y en la taberna no me fían. ¡Tengo allí una porra muy grande. Martina, ¿me presta usted quince céntimos?

La joven quedóse unos instantes perpleja, sin saber qué hacer, pero acabó por tomar los quince céntimos de la mesa, y se los dio.

—Luego se los devolveré. Tengo que entregar esta tarde unos calzoncillos en el almacén, y lo primero será pagarle a usted. Vamos, divino.

Desaparecieron la señora Dapuz y su nieto.

Capítulo IV

—¿Es para eso para lo que has empeñado mi chaleco? —interrogó furioso Antonio, al mismo tiempo que desaparecía la señora Dapuz y su nieto—. ¡Ni sobrándome el dinero quiero dar limosnas! ¡Limosnas! ¡Canallas los que las dan y los que las toman!

—Hombre, no podía decirle que no, teniendo el dinero sobre la mesa.

—¡Lo que no debías era habérselo dado! ¡Pero negárselo, sí!

—Qué egoísta eres, Antonio.

—¡Idiota!

—Ya estás insultándome, Antonio.

—No hagas imbecilidades. ¡No puedo soportar las imbecilidades!

—¡Porque le he dado a una pobre mujer quince céntimos! ¡Válgame, Antonio!

—¡Tienes el espíritu cristiano de una pequeña burguesa, imbécil!

—¡Parece mentira, Antonio, que te pongas así! ¡Un hombre como tú! ¡Da vergüenza!

—¿De qué da vergüenza?

—De muchas cosas, Antonio.

—¿Ya me estás echando en cara que no gano dinero?

—Yo no te echo en cara nada.

—¿Qué es lo que quieres?

—Bueno, nada, déjame. ¿No te vas?

—No.

—¡Tenerte aquí metido todo el día en casa!

—¡Yo te desprecio a ti, y no te hago caso!

—Los genios...

—¡Los genios! ¿Qué pasa con los genios?

—¡Pero si no vales para nada, hombre! ¿Qué te crees que eres?

Hubo unos momentos de silencio. De pronto dijo Antonio con voz trémula:

—Mira, Martina, somos libres. Lo mejor es que tú eches por tu camino y yo por el mío. Ni tú debes sufrir las consecuencias de la conducta que yo me he trazado seguir en la vida, ni yo, es justo...

—¡Qué cómodo! —saltó ella provocativa.

—Yo, para tu manera de apreciar las cosas, soy un vago que no sirve para nada. Y yo, por mi parte, a la persona que me estime así, no puedo tenerla por compañera.

—¡Pues tienes que tenerme a la fuerza!

—¿A la fuerza a mí?

—Ya sé que no hace más que lo que te da la gana. Eres un egoísta, que no va más que a tu capricho. ¡Es un crimen lo que estás haciendo con nosotras!

—No quiero cometer crímenes. Cada uno por su lado.

—Pues yo, por mi parte, no me voy por ningún lado. Tienes que soportarme a la fuerza. Lo que es necesario, es que seas hombre. Trabaja y saca la casa con decoro, y no nos mates de hambre. ¿No estábamos bien en Lyon? ¡Pero te has empeñado en las novelas y en la policía!

—¡He de ser lo que me dé a mí la gana, no lo que quiera la vida! ¡He de ser un trabajador, naturalmente, pero de lo que yo quiera!...

—Das risa, chico.

—¡Vete ahora misma!

—¿Qué me vaya?

—¡Vete ahora mismo, te digo!

—¡Vete tú!

—Arréglate y vete ahora mismo.

—¡Que me arregle! ¿Con qué? ¡Si me tienes en cueros!

—¿Qué te tengo en cueros? ¡Vístete, que edad tienes para poder ganar para vestirte!

—¡Qué vergüenza eres!

—¡Si no tomas ahora mismo la puerta, te echo yo a patadas!

—¡Anda, prueba, si eres hombre!

Antonio la cogió fuertemente de un brazo.

—¡Que me haces daño, salvaje, y ya sabes que no lo consiento! ¡Te tiro a la cabeza lo primero que agarre!

—¡Qué canallas nos hace la miseria, Martina! —y soltándola se fue a sentarse a la cama.

—¡A ti será a quien te hace canalla; a mí, no! —dijo ella entre sollozos—. ¡Chulo! ¡Sí, eres un chulo! ¡No te faltaba más que pegarme! ¡Palos y hambre! ¡No te faltaba más que pegarme! ¡Palos y hambre! ¡Palos y hambre!

—¿Ves? Ya puedes decirme todo lo que te dé la gana. Ya, mi pensamiento, manda en mis pasiones. ¡Le he de ganar siempre al canalla éste que me engendra dentro la miseria que llevamos!

—¡Te aguantas porque me tienes miedo!

—Sí, mujer, te tengo miedo.

Martina había cesado de llorar, y junto a la mesa estaba pálida y nerviosa.

Antonio se acostó, y quedóse mirando al techo.

Estuvo unos minutos en silencio.

De repente preguntó Martina con ironía:

—¿Te vas a dormir?

—Que neuroasténica te ha puesto el hambre, Martina. No te quedarás tranquila mientras no armemos un escándalo. Mientras no llores y grites.

—Pero, si es verdad. Lo que quieres es quedarte durmiendo y que yo te lo haga todo.

—Sí, eso, precisamente.

—¡Claro! Pero si lo que tú quieres es que yo trabaje, o haga... lo que sea, para que traiga dinero.

—¡Cómo juega la miseria contigo! ¡Conmigo, no! ¡Le puedo! ¡Me das lástima!

—¿Lástima? —y le tiró un libro a la cabeza.

Le dio en la frente.

Antonio se levantó flemático, rascándose una mejilla. Dijo:

—Nuestra miseria me manda que te coja del cuello y te ahogue. ¡Pero yo no quiero! ¡Y como no quiero, no lo hago! ¡Yo no hago más que lo que a mí me da la gana! ¡No me da la gana hacerle caso a la miseria! ¡La miseria me la dan los burgueses y yo me cago en los burgueses! ¡Los he de asesinar en rebaño! ¡Yo no le hago caso a la miseria! ¿Ves cómo no le hago caso a nuestra miseria? Ella quiere que te ahogue y yo no quiero ahogarte. ¡Y yo gano!

Martina estaba jadeante y pálida. Los músculos se le marcaban en el rostro:

—Más vale que no me toques, porque te mataría.

—Bueno, me voy. Hasta luego. ¡Y conste que me voy ganándole a la miseria que me dan los burgueses!

Antonio tomó su abrigo para ponérselo.

—Yo también me voy —dijo ella.

—¿A dónde?

—A donde me dé la gana.

—La miseria me dice, ahora, que te deje que te vayas. Pero yo no quiero que te vayas. No seas tonta, y quédate en casa.

—¡Qué me he de quedar! Me voy, pero ahora es de verdad, para no volver. ¡Ya estoy harta de aguantar tanto!

—Pero no es de aguantarme a mí. A mí no me aguantas nada malo. A quien estamos aguantando, tú y yo, es a esta sociedad de bandidos que mata de hambre a los hombres útiles a la vida. Mira, Martina,

más que luchar para comer y vestirnos, necesitamos luchar contra las panzas, preñadas de hambre nuestra, de los burgueses. La tierra no hay que cavarlas todavía, porque lo que se siegue será para el amo. Las azadas hoy, para machacar cabezas de bandidos, y las hoces, para segarles los cuellos. Y la tierra, quieta, que no críe, que se barbechée bien para cuando sea nuestra. ¡Es aún temprano para España el trabajo de producción; hoy, lo que es necesario hacer, son buenas trochas para salir cuanto antes a ese mundo nuevo que nos está esperando al proletariado!

Ella no dijo nada, y tomó de un rincón unos zapatos viejos. Púsose a calzar.

Antonio, con el abrigo en la mano, se quedó mirándola. Ella echóse el mantón por los hombros, se dispuso a salir.

Antonio cerró la puerta con la llave y se la guardó en un bolsillo.

La joven no podía más. Asfixiada de contener el llanto, estalló en sollozos y se dejó caer sobre una cama.

Antonio fue a acariciarla. Ella lo rechazó con violencia, diciéndole:

—¡Siempre lo mismo! ¡Siempre lo mismo! Me estrujas y luego viene con mimos.

—¡Yo no te estrujo! Son ellos, los bandidos. Eres muy rencorosa, Martina.

—Sí que lo soy.

—Somos buenos compañeros los dos, y no queremos. Anda, dame un beso que me vaya.

—¡No! ¡Que te araño! —exclamó sollozando.

—Bueno, desahógate los nervios.

—Pero si no tenemos ninguno de los dos culpa.

—No, ya lo sé, pero te aborrezco. ¡No me hables! No quiero verte mientras no se me pase esto. Ahora déjame sola, Antonio, déjame sola —y siguió sollozando con la cabeza entre la almohada—. Qué sociedad más canalla, que sociedad más canalla.

Antonio se puso el sombrero y el gabán. —Hasta luego, Martina— y desapareció.

Capítulo V

Bajó las escaleras Antonio, remiso. Cuando se vio en la calle, anochecía.

Estaba nublado.

Hacía frío.

Empezaban a encender los mecheros públicos.

Se dirigió hacia la calle del Pez. Caminaba despacio, meditabundo, con el cuello del gabán subido y las manos en los bolsillos.

Al desembocar a la calle de la Puebla sintió que le daban en un hombro.

—¡Hola, Margarita! ¿Dónde vas por aquí?

—¿Lo sé yo acaso? Callejeando aburrida, chico. Y tú, ¿adónde vas?

—¡Phs!

Siguieron andando por la calle de la Puebla.

La joven que le había salido al encuentro a Antonio, aproximadamente tendría veinticinco años. Sus ropas eran miserables, casi de las que se les dan a los

traperos por inservibles, pero de géneros que habían sido ricos, y hechas por alguna modista de categoría.

Su porte era raro. Alta. Parecía una aristócrata mendiga.

Fueron un gran trayecto en silencio.

De súbito preguntó Margarita:

—¿Cómo es que has salido hoy tan tarde de casa?

—¿Tarde? —contestó él extrañado.

—Siempre sales más temprano, ¿no?

—¿Y tú qué sabes? y, además, ¿quién te ha dicho que salgo ahora de casa?

Ella no contestó y frunció las cejas, pensativa.

El guardó también silencio, y se puso a reflexionar sobre la pregunta de Margarita.

—Hace mucho frío, ¿verdad? —advirtió de súbito ella.

—¡Irresistible!

—Vámonos a algún sitio. Tengo que hablarte.

—Vamos a tu casa.

—¿A mi casa? ¡je, je, je! ¡ A mí casa! ¡Qué gracia tienes!

—¿Te han echado?

—A en medio de la calle.

—Pues a un café no podemos ir. Yo no tengo ni un céntimo.

—Pues vamos a Teléfonos o a Correos, que allí hay calefacción. Nos sentamos en un banco y charlamos. Yo, a las nueve, iré a salirle al encuentro a Roberto, a ver si le saco algo.

—Bueno, vamos mejor a Correos.

—Cuando llegaron a Cibeles, eran las seis y media.

El hall de Correos estaba casi solitario. Los funcionarios charlaban y reían, formando grupos tras los tabiques de cristal de sus negociados. Se veían algún ordenanza cruzar bostezando.

Antonio y Margarita se sentaron en un banco.

Ella exclamó:

—¡Estoy rendida, muerta! ¡Cuántas cosas desde que me separé de ti ayer tarde! ¿Y esta noche? Si no veo a Roberto... ¡Es horrible, chico!

Antonio se quedó mirándole una muñeca que llevaba liada con un pañuelo manchado de sangre.

—¿Qué es esto?

—¿Esto? —interrogó ella con flema.

—¿Te has caído?

—He estado acechándote, esperando a que salieses de casa, ¿sabes? —se puso ella a hablar sin contestar a la pregunta de él—. ¿Cómo has salido hoy tan tarde? He estado lo menos hora y media aguardándote. No sabes lo que me pasó anoche, ¿eh? Cuando te dejé me fui a casa. ¿Qué hora sería cuando nos separamos? Las nueve o cosa así, ¿no?

—No me acuerdo.

—Sí, las nueve. Recuerdo bien que eran las nueve. Pues cuando llegué a casa...

—Espera, Margarita —murmuró él de súbito, atajándola—. Me tiene nervioso ese tío, ese ordenanza. ¿No observas cómo nos mira? Estoy viendo que se nos va a acercar y nos va a echar. Así, habiendo tan poca gente, se llama mucho la atención y se despiertan

sospechas raras. Vamos a Teléfonos, que allí siempre hay más gente y parece que se aguarda una conferencia.

—No, hombre, que yo estoy muy cansada. No me puedo mantener en pie, me caigo, verás cómo no nos dice nada.

—Vámonos, sí, que si se acerca ese tío yo no me aguanto y vamos a dar un escándalo.

Salieron. Dirigiéronse a Teléfonos.

Cuando llegaron apuntó Margarita:

—Mira, allí tenemos sitio.

—¿Ves? Aquí tenemos mejor. Aquí parece que estamos aguardando una conferencia.

Se sentaron.

—Chico, lo de anoche fue una cosa horrible.

—Habla bajo, que a nadie le importa.

—Cuando llegué a casa, me encontré que la patrona le había alquilado mi habitación a un vendedor de juguetes de la Puerta del Sol. Hacía unos días que me estaba ya anunciando que me iba a echar. Le debo más de tres meses. Eso es verdad. ¡Pero es una tía perra! ¡No hay derecho a poner a una mujer en mitad de la calle a media noche! Y aquí me tienes; a las once de la noche, con todos los portales cerrados, sin un céntimo ni dónde meterme. Estuve callejeando un rato, muerta de frío. Serían las dos de la madrugada, ya con mareos de hambre y con un odio horrible a todo, pensé: «Voy a ponerme en una esquina, hecha una buscona, a ver si saco algunas perras.» Quería recoger para meterme en un café y tomar algo. Y te digo la verdad, me puse en una esquina, como lo había pensado. Pasó un obrero. Le

dije dos tonterías, y se paró. Me dijo que me llevaría a su casa, pues vivía solo. Llegamos a su casa, una casa de por ahí, de una de esas calles que dan al Lavapiés. Entramos a su cuarto. Oí toser en una habitación. «¿No has dicho que estabas sólo en tu casa? ¿Quién hay ahí» —le pregunté medio asustada. Él, agarrándome una mano, me dijo «Ven y lo verás.» En su gesto, y en todo lo que me rodeaba, yo presentía un misterio. «Pero, ¿adónde me llevas?» —le pregunté aturdida, temblando, bajo una influencia rara. Yo no comprendía nada de aquello. Me dejé llevar a donde él quiso. Entramos a una habitación. Estaba a oscuras, y él dio la luz. En un camastro estaba una mujer acostada, joven y muy guapa. Ella se nos quedó mirando con un gesto horrible. Estuvimos los tres en silencio, pero jadeantes. ¡Qué momentos, Antonio! En mi vida me he sentido más aturdida. Se me caía todo encima. Él me preguntó: «¿Qué te pasa?» Le supliqué nerviosa: «Ábreme la puerta, que me vaya.» La mujer balbuceó, incorporándose: «¡Eres un mal hombre, Andrés! ¿Qué locura intentas hacer? ¿A qué has traído aquí a esta joven?» El gritó imperativamente: «¡A callar!» Con una gran violencia yo le dije: «Ábreme la puerta, que no tengo nada que hacer aquí. Me has engañado. Yo no sé qué clase de relaciones existen entre vosotros, ni qué cuestión media, ni me importa, pero lo que quiero es irme. ¡Así es que, ábreme la puerta, ahora mismo!» «¡Yo se lo voy a decir a usted» —comenzó a decir ella. Pero él sacó del bolsillo una pistola, y apuntándole le ordenó colérico, pero con voz apagada: «Tú te callas. Si hablas una palabra te disparo en el acto.» Enmudeció y volvió a dejar caer la cabeza sobre las almohadas. Fue a volverse para darnos la espalda y no vernos, pero él le impuso estar de cara a nosotros.

«Tú eres una idiota», me dijo: «¿tú qué tienes que ver con esa?». He hizo además para mimarme. «¡Quieto, quieto! Si me tocas, gritó y llamó a los vecinos.» Me apuntó con la pistola, diciéndome: «Desnúdate. Y tú, Amalia, levántate, siéntate en esa butaca y deja que se acueste ésta en tu sitio.» Estaba loco. Le temblaba todo el cuerpo. Los ojos se le salían de las órbitas. Ella no se movió, estaba pasmada, con los ojos inmóviles. «¿No hacéis lo que os digo?», preguntó furioso. «¡No!», le grité. Se guardó la pistola en el bolsillo, y me cogió de la muñeca. «Si no te acuestas a donde esa está, te corto el cuello.» Yo di un grito. Él me soltó en el acto. Mi muñeca estaba ensangrentada. En un segundo la muñeca se puso roja, goteando sangre al suelo. El también tenía sangre en su mano. ¿Tú recuerdas de esa pulsera que yo llevaba de cristal azul? Pues hecha pedacitos me la metió toda en la carne, hasta el hueso. Tengo la muñeca despedazada. Veremos a ver si se me infecta. ¡Pero, chico! —exclamó de pronto, mirando al reloj de Teléfonos—. Van a dar las nueve y Roberto se me va a escapar, y me pierde. Anda, vámonos para fuera.

Y se levantó.

Capítulo VI

Ya en la calle de Alcalá le preguntó Antonio:

—Pero, ¿no me sigues contando?

—Ahora no puedo perder tiempo. Me voy corriendo a echarle mano a ese. Tú espérame en la boca del «Metro» de Santo Domingo.

Antonio tomó por la Puerta del Sol. Se detuvo a

mirar los libros en el escaparate de Fe, a ver si había alguna novela suya expuesta. Llevaba tres publicadas.

No vio ninguna. Eran de combate social, y los burgueses, que son los únicos que disponen del duro, no se lo gastaban en comprarse silicios. Y los obreros, sin pan no iban a ir a las librerías a por ellos, con las bocas apestando de hambre y los ojos ciegos por el analfabetismo.

Los escaparates estaban llenos de novelas eróticas, de novelas de aventuras y de viajes; novelas, en fin, escritas por inteligencias mediocres, de comerciantes de telas o judía, y de espíritus abyectos de juguetes burgués.

Leyó algunos títulos de aquellas letrinas literarias.

Para hacer tiempo se puso a dar unas vueltas por la Puerta del Sol.

Cuando llegó a la boca del «Metro» de Santo Domingo, ya estaba Margarita esperando.

—¿Cómo es que has tardado tanto, chico?

—No creí que te desocuparas tan pronto.

—Mira: no le he podido sacar nada más que dos duros. ¿En dónde podría meterme a dormir esta noche? —y se puso a pensar.

—Con dos duros, en cualquier parte.

—Bueno, vamos a cenar.

—¿Cómo a cenar?

—¡A cenar, claro! Anda, vamos.

—¿Pero te vas a gastar el dinero en que cenemos? ¡No seas idiota! Anda, come tú algo por ahí, y busca donde meterte esta noche, que yo me marcho a casa.

—Vamos a un bar de esos y tomamos unos bocadillos.

En el mostrador, de pie, se comieron unos bocadillos y se tomaron un café con leche.

Ella pidió que le envolviesen dos bocadillos más, para llevárselos.

En la calle preguntó Margarita:

—¿En dónde me meteré yo a dormir esta noche?

—En cualquier sitio. Lo que debe preocuparte es lo que has de hacer para poder dormir bajo techo en los días sucesivos. Esta noche ya lo tienes solucionado.

—Pasado mañana viene Alí de Barcelona. No tengo miedo; él me colocará en cualquier negocio de los suyos. ¿A que no sabes en dónde me voy a meter esta noche? Creo que en la plaza del Carmen hay una pensión que alquilan habitaciones para dormir. Vente, le preguntaremos al sereno el número de la casa.

Cuando llevaban unos minutos andando, ella saltó de súbito:

—¡Ah!... Te voy a acabar de contar mi aventura de anoche —quedóse unos segundos rememorando—. El tío, al ver que yo tenía herida la muñeca, se asustó. Fue a buscar no sé qué cosa, para liármela. Me ofreció un trapo para limpiarme. Pero yo le rechacé, amenazándole gritar si no me sacaba en el acto a la calle. A pesar de lo loco y lo colérico que estaba, se advertía que era un hombre cobarde. «¡No grites, no grites!... Perdóname, mujer, no ha sido mi intención hacerte daño. Espera, ahora mismo te voy a sacar a la calle», me dijo temblando. «¡Todo es el hambre, todo es el hambre!», exclamó la mujer, que

estaba en la cama. Él le gritó para que callase: «Déjame que hable, Andrés», suplicó ella. Él era cobarde y temblaba. De pronto reaccionó y se fue hacia ella, preguntándole: «¿Para qué me has engañado? ¡Di! ¡Los hombres me explotan y tú me engañas! ¿Por qué me has engañado?» «Los hombres, si te explotan, pero yo no te he engañado.» «¡Sí, me has engañado!» «Era imposible aguantar más hambre, y me daba angustia también verte por esas calle pidiendo limosna! ¡Malo es dar el cuerpo por dinero, pero peor es que un hombre con tu juventud pida limosna por esas esquinas!» «¡Te voy a matar!» «¡El daño que te hace el patrono lo quieres pagar conmigo! Si tú estuvieses trabajando, nada malo nos pasaría. ¡Pero con tres meses que llevas parado¡ ¿Quién resiste? No teníamos más remedio, para no morirnos de hambre, que salir a dos caminos; o que tú robaras, o que yo vendiera mi cuerpo. ¿Ves tú? Más me hubiese gustado que hubieras quitado por ahí cualquier cosa, que hubieses pedido limosna. ¡Pero limosna no he podido ver que pidas!» Yo estaba nerviosa de verme allí, y deseaba salir. «Sácame ahora mismo», le dije, cogiéndolo por una manga. Abrió la puerta y salimos.

—¡Qué cosa te pasan, Margarita!

—¿Te crees que es mentira? ¡Pues mira la muñeca!

—No te digo que sea mentira, pero es una cosa novelesca.

—El tío la había sorprendido con uno, por la tarde, y quería vengarse llevando allí a otra mujer.

—¡Qué bestia! ¡Cuándo se acabarán estos ejemplares de fieras pasionales!

—Ahora verás. Cuando me vi en la calle, traté de dejármelo en seguida. ¡Me daba asco estar a su lado!

Pero me suplicó servilmente que le consintiera que me acompañara un rato. «Estoy loco, estoy loco», me decía. «Si esta tarde hubiese tenido valor, lo hubiese matado a los dos, y todo hubiera terminado. ¡En la cárcel, pero tranquilo! Así, de esta forma, ¡me he quedado loco! Los celos no me dejan vivir... ¡Esto es horrible, horrible!» Enmudeció, y de pronto, me dijo: «Tú eres mujer. Vamos a ver: ¿una mujer puede faltarle a su marido y seguir queriéndole? ¡Si yo supiera que me quería, todo quedaba perdonado! Pero, ¿y si me odia, y no es por hambre por lo que ha hecho eso, sino porque es su querido? Tú, que conocerás mejor el alma de las mujeres dime: ¿a pesar de tener un querido, puede quererme a mí?» Había que contestarle algo, y yo le contesté: «No entiendo de almas. ¡No me entiendo ni siquiera la mía!» Estuvo unos segundos callado, y de repente exclamó: «¡He sido cobarde y no me he atrevido a asesinarlos! Él también ha tenido miedo.» Se paró en medio de la calle, enmudeció, metióse las manos en los bolsillos del pantalón, y quedóse pensativo. Se puso a mirarme, con los ojos desencajados, y me preguntó: «¿Sabes para qué te he llevado a casa? Para hacerle en su presencia lo mismo que ella, me había hecho a mí. ¿Por qué no has querido? Di. ¡Después de todo, has hecho bien! ¡Me alegro! ¡Bah! ¡Si no me quiere, me da lo mismo! ¿Ves? Ya me he quedado tranquilo. ¿Qué he de hacer si ella no me quiere? ¿Es que le gusta otro? ¡Pues que sea de otro!» Se separó de mí sin decir nada más, desapareciendo por una boca calle. Pero al poco sentí pasos precipitados detrás de mí. Volví la cabeza y era él. Venía como loco, desencajado, suplicándome: «Anda, vente, y acuéstate conmigo, delante de ella.» Le dije que me dejase en paz, y que se fuera ligero. Le amenacé con decírselo

a un guardia, si me seguía molestando. «La voy a matar. Adiós. Mañana leerás en los periódicos un crimen, y nos verás a ella y a mí retratados», balbuceó. «Vete, me das asco, cobarde, imbécil. Lo que necesitas ser, es un obrero rebelde contra la clase que te explota», le dije. Y lo perdí de vista.

Fueron andando un rato en silencio.

Cuando llegaron a la plaza del Carmen dijo Margarita.

—Le voy a preguntar al sereno por la casa que te he dicho. Tú, ¿adónde vas ahora?

—A casa.

—Antonio. la pobreza nos va a comer.

—Lo que estás haciendo es una idiotez. Vas a dar lugar a que desaparezca y no me vuelvas a ver más. Tú estás cayendo en algo parecido a lo de ese hombre que me has contado. Otra cosa, pero, en fin, una idiotez también.

Ella se puso pensativa y silenciosa, lo miró a él.

—Por más que te obstines, tú eres una burguesa. No puedes separarte de esa vida. ¿Qué fin persigues? Tú no puedes encajarte en esta vida que yo llevo. Un día te vas a quedar muerta en mitad de la calle, de tanta hambre. Estás loca. ¿Qué esperanzas tienes, con qué piensas solucionar tu vida? Tú no sirves más que para buscarte tu vida de querida de un burgués. Lo que has hecho siempre.

—No. He de ser una trabajadora. He de buscar una colocalión. Verás cómo Alí me coloca .

—Pero, ¿en qué?

—Pues... de mecanógrafa.

—¿Pero sabes escribir a máquina?

—No.

—Entonces...

—No es tan difícil aprender a escribir a máquina. En cuantos días me puedo poner al corriente.

—No seas tonta, mujer. ¡En cuatro días!... ¿Cómo te va a enseñar? ¿Tienes máquina?

—¡Ah! Eso con una de las de Alí, allí, en su oficina.

—No digas absurdos.

—Bueno, pues si no es de mecanógrafa verás cómo me coloca de agente para vender chirimbolos de esos que él tiene.

—Vamos, no seas tonta. Tú no tienes espíritu de trabajadora. Lo que necesitas hacer es reconciliarte con Roberto y seguir con él. No sirves para otra cosa.

—¡Nunca! —exclamó indignada—. ¡Qué asco!

—Pues te morirás de hambre.

—¡Pues me moriré de hambre!

—O... tendrás...

—¡O tendrás que hacerme una puta! ¿No?

—¡A ver!

—¡Me repugnas, chico! Después que me tienes en la miseria, que me has arruinado, ahora, cuando me ves hecha una mendiga, quieres huir de mí. ¡Tú eres un sinvergüenza, un canalla! ¡Tú me has engañado, granuja!

—¿Qué te he engañado yo? ¿En qué te he engañado yo?

—¡Qué no tienes talento y resulta que eres un imbécil!

—¡Bueno, eso es otra cosa! Eso no es que yo te he engañado. Eso es que tú te has equivocado, que has tenido mal ojo.

—¡Ah, desde luego, me ha salido mal la combinación! Las cosas claras, chico. ¿Qué te has estado creyendo? ¿Qué todo lo que yo he hecho ha sido por amor, porque yo estaba enamorada de ti? ¡Ay, qué gracia! ¡Ja, ja, ja! ¿Enamorada yo de ti? ¿De ti? ¡Ni que te lo creas! ¡Sé yo ya muchas cosas para enamorarme de nadie!

—Pero, ¿a qué viene todo eso? Yo no te he buscado hoy, ni nunca. Ya sabes que te dije desde el primer momento que yo no podía ayudarte ni con un céntimo. Ni he solicitado tu cariño tampoco, pues tú sabes que no ando buscando monopolios de cariño.

—¡Ah, pero yo creía que triunfarías pronto y te sobraría el dinero! ¡Me has engañado, canalla! ¡He creído que tus libros darían más dinero que las tiendas de comestible de Roberto! ¡Y tus libros lo que dan es una mierda!

—Te ha salido mal negocio, chica.

—¡Porque eres un canalla!

—Está bien. Ya que estás desengañada, lo mejor es que no nos volvamos a ver más. Nos conviene a los dos.

—¡A mí!

Callaron unos segundos.

Antonio fue el primero en hablar:

—¿No vas a acostarte?

—¡Cuando me dé la gana!

—¡Ah, bueno! Estate ahí el tiempo que quieras.

Yo me voy a casa —y comenzó, a andar.

—¿A casa? ¡Eso quisieras tú! Adónde vas a ir ahora mismo es a la comisaría, porque le voy a avisar a la policía!

Antonio se volvió, interrogándole:

—¿Qué estás diciendo?

—Si no quieres que te saque la policia de la cama, no te vayas a tu casa.

—¿Qué tengo yo que ver con la policía ahora?...

—¡Lo que has hecho conmigo, y que eres comunista! —y Margarita hizo como para ponerse a andar.

Él la agarró de un brazo.

—Si no me sueltas, grito y llamo al sereno. ¡Suelta, suelta!...

—Dime adónde vas.

—A decirle a la policía quién eres. A decirle que me has engañado, que he perdido mi pisito, mi dinero, mi renta, todo, todo. ¡Y que eres comunista!

—Tú has perdido todo, porque has querido. Y, además, todo te lo has gastado en ti.

—¡Qué sinvergüenza! ¡Qué manera de agradecérmelo! ¡Pero si eres un canalla!

—¿Qué es lo que tengo que agradecerte?

—Todo lo que he hecho por ti, sinvergüenza.

—¿Por mí?

—¡A ver! Acuérdate cómo estaba yo cuando te conocí y cómo me encuentro ahora.

—Por tu ambición, porque creerías que te daría yo más dinero que el otro.

—¡Vete ahora mismo, canalla! ¡Vete ahora mismo, que te muerdo y te araño! ¡Ah, qué tipo más odioso! ¡Vete, vete, que me das lástima, chico! ¡El hambre que tienes que pasar! ¡A mí no me busques más! ¡No me busques más, ¿sabes? ¡Eres el genio de la miseria! ¡Lo que miras lo empobreces, chico! ¡Me miraste a mí y me arruinaste! ¡No quiero verte más! ¡Adiós! ¡Hasta que me salgas a una esquina de esas a pedirme una limosna! ¡Porque muy pronto pedirás limosna por las calles! ¡Adiós!

Echó a andar y desapareció por una bocacalle.

Él se quedó mudo y pensativo.

—¡Lo que es menester es que no se me vuelva a presentar más.

Capítulo VII

Las calles estaban solitarias.

Era más de la una.

Antonio, ya después de perder de vista a Margarita, cruzó la Gran Vía. Por la calle de Valverde salió a la de la Puebla. Al final de la calle le salió una buscona, diciendo:

—¿Tienes un pitillo?

—¡No fuma!

Antonio volvió la cabeza y vio a Margarita a su lado. Era la que había contestado.

La prostituta hizo un gesto despectivo y cruzó a la acera de enfrente.

—¿Estás loca? —preguntó Antonio.

—¡Quizá! —contestó ella.

Estuvieron unos segundos mirándose en silencio.

—¿Qué quieres? —preguntó por fin él.

—Nada.

—Bueno, abur.

—¡Antonio! —y lo retuvo por un brazo.

—¡Qué hace mucho frío para estar así en medio de la calle, mujer! ¡Estoy helado!

Margarita, con un gesto de tristeza, lo soltó y quedóse mirando al suelo.

—Nada. Soy idiota. Vete —balbuceó ella melancólica.

—¿Qué quieres? —preguntó él.

—Es verdad. Hace mucho frío para estar en mitad de la calle parados.

—Yo no tengo ningún frío, hombre —dijo con voz trémula.

—Serás de piedra.

—¿De piedra? —murmuró la joven, agarrándole la mano.

—¿Qué quieres? —interrogó él con dulzura.

—¿Yo? ¡Nada! —exclamó grosera, soltándole la mano—. Vete ahora mismo. ¡Si no te vas, te escupo! ¡Con que sientes frío! ¡Vaya un sinvergüenza! ¡Tienes frío a mi lado!

—¡Estás loca! —exclamó, alejándose.

Margarita sacó el pañuelo y lo mordió con coraje.

La calle estaba solitaria. Sola, Margarita, estaba en ella, junto al quicio de un portal.De vez en cuando

una sombra asomaba por alguna esquina: fantasmas del tráfico carnal.

Se oyeron pasos y Margarita se puso alerta.

Era un hombre enfundado en un gabán.

Cuando pasó junto a la joven se quedó mirándola.

¿Vienes? —le preguntó ella mimosa.

Un diálogo breve, y la pareja se dirigió en silencio hacia un prostíbulo de la calle de Tudescos.

Margarita iba meditabunda.

El hombre fue a asirle un brazo, pero ella, al sentir el contacto de la mano, lo rechazó furiosa, gritándole:

—¿Qué es eso de agarrarme a mí? ¿Qué quiere usted aquí, a mi lado? ¡Váyase y no me moleste más, que le doy una bofetada!

El retrocedió unos pasos, confuso.

Pensó si estaría ante una loca, una borracha o una mujer que urdía una cábala.

Fue a hablar, pero ella lo atajó, diciendo:

—Bueno, bien. No me diga nada, porque no lo he de oír. Hágase cuenta que no ha mediado entre nosotros ninguna palabra, y siga el camino que llevaba.

El recobró la serenidad y sacó un pitillo.

—¿Qué hace aún aquí parado? Bueno, es usted dueño de hacer lo que quiera: de quedarse ahí parado, de echar hacia allá, o hacia ese otro sitio, o hacia donde le plazca; pero no se acerque a mí, porque le rompo la cara de una bofetada, ¿eh?

Y Margarita echó a andar, seguida de la mirada del desconocido.

ISBN-13: 978-84-617-8621-3